

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

La doctrina de Dios

El ser infinito, Dios, se describe solamente con palabras que hablan acerca de lo infinito: Sus dominios son *inmensurables*, su sabiduría es *insondable*, sus riquezas son *inescrutables*, sus caminos son *inescudriñables* y su grandeza *sobrepasa toda comparación*. No podemos comprender a Dios; sólo podemos exclamar como el salmista: “Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”.

Este Dios único y eterno se ha revelado al hombre. Y es sólo por medio de la revelación de este Dios infinito que el hombre finito puede entender el propósito del universo y de su propia existencia. El incrédulo, que no conoce a Dios, y que, por tanto, se enorgullece de sus teorías, está enredado en su propia ignorancia, misticismo y superstición. El Hijo de Dios es el único que puede entender al Dios viviente y sus obras maravillosas.

Hay muchas evidencias que demuestran que existe un ser supremo. La creación muestra claramente que hay un ser infinito que todo lo sabe y todo lo puede. Él es sobrenatural, sobrehumano, sin principio y sin fin; es un Creador muy amoroso que no tiene las limitaciones que tienen las criaturas que él mismo creó. La existencia de la naturaleza es un milagro que demuestra que en realidad existe un Hacedor de milagros. El hombre puede entender el origen de todo esto sólo por medio de lo que ha dicho el que creó todas las cosas y tiene todo poder. A este ser le llamamos “Dios”.

Capítulo 1

Dios, su ser y sus atributos

“Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre” (Salmo 34.3).

El alma del adorador se llena de reverencia al encontrarse en la presencia del ser infinito llamado *Dios*. Él es altísimo y santo, poderoso y glorioso, incomparable y admirable en todas sus obras grandiosas. Él es perfecto en sabiduría y amor, e infinito en poder. El ser humano nunca comprenderá su grandeza. Sin embargo, Dios es tan amigable y está tan cercano a nosotros que la persona más humilde puede tenerlo como un compañero diario y su amigo más íntimo. Al conocerlo íntimamente le adoramos, le alabamos y reconocemos su derecho a decirnos: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmo 46.10).

El conocimiento de Dios

Nuestro primer conocimiento de Dios viene de la declaración que aparece en Génesis 1.1: “En el principio creó Dios...” Esto se refiere al tiempo cuando Dios creó todas las cosas. Pero este no fue el principio de él, pues Dios es sin principio y sin fin.

Dios es un ser real tal y como lo es el hombre. Nosotros podemos afirmar esto porque sabemos que el hombre fue creado a la imagen de Dios. Dios tiene una personalidad así como la tiene el hombre.

Dios se manifiesta a sus hijos en varias maneras: en la Biblia, en la naturaleza y en la obra de Dios en los corazones de sus hijos. Y Jesucristo, el Verbo hecho carne, es *Dios con nosotros*. Además, existen pruebas de la existencia de un Dios supremo en la naturaleza, en la conciencia del hombre y en las leyendas transmitidas de generación en generación desde las civilizaciones antiguas. Siendo así, nadie puede poner excusa de no conocer a Dios. (Lea Romanos 1.20–32.)

Nombres de Dios

Dios se manifiesta por medio de varios nombres. Los dos nombres más comunes en las escrituras hebreas son *Elohim* (generalmente traducido “Dios”) y *Jehová*. El nombre *Elohim* denota su posición como Creador y expresa la idea de poder, dominio y autoridad suprema. El nombre *Jehová* significa “él que es”. Dios dio este nombre a su pueblo escogido y en su relación con ellos siguió revelando el significado del mismo. Él se manifestó como el sanador (Éxodo 15.26) y *Jehová-salom*, o sea, el

que es paz (Jueces 6.24). En verdad él se manifestó como el que es todo lo que a mi pueblo me hace falta (lea Salmo 62.5–8).

Según los historiadores cuando el nombre *Jehová* fue dado entre los judíos, ellos se sintieron tan impresionados por su santidad que lo usaban con muy poca frecuencia por lo que su pronunciación fue olvidada. En la actualidad los que temen a Dios siempre pronuncian cualquiera de sus nombres con reverencia y adoración. Tomar el nombre de Dios en vano es completamente desconocido en los labios del verdadero hijo de Dios.

En la Biblia encontramos otros nombres de Dios que expresan una acción o característica de Dios. Veamos algunos de ellos: “Dios omnipotente” (Éxodo 6.3); “Altísimo” (Números 24.16); “Dios viviente” (Deuteronomio 5.26); “Dios del cielo” (Esdras 5.11); “Santo” (Job 6.10); “Dios de los ejércitos” (Salmo 80.7); “Santo de Israel” (Isaías 1.4.); “Jehová de los ejércitos” (Jeremías 9.15); “Rey de reyes” (Mateo 6.15); “Señor de los ejércitos” (Romanos 9.29); “Padre de las luces” (Santiago 1.17); “Señor de Señores” (Apocalipsis 17.14). Al estudiar los nombres de la Deidad vemos una descripción de su grandeza y santidad.

Evidencias de la existencia de Dios

Para la persona que quiere recibir la verdad, y medita en ella, las evidencias de la existencia de Dios son muchas. Aquí les presentamos algunas:

1. La naturaleza habla de un principio

La hoja de un árbol brota de la rama, la rama del tronco, el tronco de la raíz y la raíz de la semilla. Entonces, ¿de dónde procede la semilla? La misma procede de otra planta. Cuando buscamos el origen de la semilla al final llegamos a la primera semilla y nos preguntamos: *¿De dónde vino la primera semilla?* De la misma manera, cuando nos fijamos en los cielos estrellados, la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, surge la pregunta inevitable: *¿Quién lo hizo? ¿Qué originó la materia, la vida, las especies y el hombre?* Indudablemente tuvo que haber un Creador. Este Creador es Dios. Él es sin principio y sin fin, y por el aliento de su boca y su poder infinito creó todas las cosas visibles e invisibles. Es más razonable creer esto que creer que todas estas cosas existen por mera casualidad. “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1.20).

2. La naturaleza habla de un Creador todopoderoso y sabio

Existen muchas preguntas acerca de la naturaleza que ningún ateo jamás ha podido contestar. Por ejemplo, hay una ley natural que hace

que los cuerpos se dilaten por el calor y se contraigan por el frío. Una excepción a esta ley se puede observar en el agua. Cuando el agua se congela, se dilata. De modo que el hielo se forma en la superficie de las aguas en lugar de sumergirse al fondo. De esta forma los ríos y lagos no llegan a ser una masa sólida de hielo que no podría derretirse en un solo verano. ¿Quién diseñó esta excepción? ¿Será capricho de la naturaleza? ¿Cómo uno puede explicarse por qué la tierra abunda de provisiones para los hombres y los animales? ¿Quién nos ha podido explicar alguna vez el origen de órganos tan delicados como el cerebro, la circulación, el sentido de la vista, del oído, del olfato y del gusto? Y ¿qué de sus propias localizaciones en el cuerpo y la manera en que se relacionan unos con otros? Esto no se pudiera explicar a menos que reconozcamos la existencia de un Diseñador omnisciente, quien los formó según su entendimiento infinito. Hay muchas otras preguntas que incluso el hombre más educado y sabio no ha podido contestar razonablemente sin suponer la existencia de un ser supremo.

3. La creencia en un ser supremo es universal

A cualquier parte de este mundo donde vaya un misionero, aun a las tierras más lejanas y paganas, se encontrará con personas que reconocen la existencia de un ser supremo. ¿Qué son los ídolos sino falsificaciones del Dios vivo? Los mahometanos, los indostanos, los budistas y muchos otros que adoran en varias formas son todos adoradores de algún ser que consideran sobrehumano. Para todos es conocido que aun los ateos en tiempos de conflictos y peligros invocan el nombre de Dios. Aquel hombre que introdujo su argumento diciendo: “Doy gracias a Dios que soy ateo” es sólo un ejemplo.

Volviendo nuevamente a Romanos 1.20, vemos que la causa de esto radica en que Dios ha fijado la verdad de su existencia en las mentes y las conciencias de todo ser humano. Existe algo en lo más profundo de nuestros corazones a lo cual Dios apela y muchas veces logra alcanzar en nosotros. Es por ello que Dios toca al corazón del impío para convencerlo de su condición y salvarlo.

4. El hecho irrefutable de que el autor de la Biblia es sobrehumano

En nuestro capítulo sobre la Biblia hemos tratado este tema de una forma más extensa.

5. La experiencia personal del pueblo de Dios

La experiencia incluye cosas tales como el disfrute pleno de vidas limpias de pecado, las transformaciones en la personalidad, el gozo del Señor en el alma y las oraciones contestadas. El hijo de Dios que ha experimentado estas cosas puede citar acontecimientos de su propia vida y decir positivamente: “Yo estoy convencido de que Dios existe”.

Usted no tiene que desanimarse si no conoce todos los elementos y evidencias que demuestran la existencia de Dios. Simplemente por medio de las evidencias de la salvación, efectuada en su alma por el Dios verdadero, usted puede demostrarles a los incrédulos que Dios sí existe.

Este ser maravilloso, cuya influencia se ve en todas partes y en todos los aspectos de sus obras, llega a ser más precioso para nosotros cuando estudiamos sus atributos en su palabra.

Los atributos de Dios

1. Dios es eterno

Este atributo lo vemos en expresiones tales como: “el eterno Dios” (Deuteronomio 33.27); “Jehová Dios eterno” (Génesis 21.33); “desde la eternidad y hasta la eternidad” (Salmo 103.17); y, “por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11.15). Además, vemos esto en Génesis 1.1 donde Dios se muestra como un ser activo y creativo “en el principio”. Dios no es gobernado por el tiempo como sus criaturas.

2. Dios es inmutable

“Yo Jehová no cambio” (Malaquías 3.6) es la declaración hecha de su propia boca. Aunque Dios cambia sus métodos conforme a las diferentes situaciones que se presentan, y en varias ocasiones ha entrado en pactos nuevos con los hombres, él mismo nunca ha cambiado. Su verdad existe “por todas las generaciones” (Salmo 100.5). (Lea Santiago 1.17.) “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hechos 13.8). “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Salmo 119.89).

3. Dios es omnipotente

Es decir, Dios es todopoderoso. El mismo Dios que en el principio dijo las palabras y fueron creados los cielos y la tierra ahora extiende su brazo fuerte y hace temblar la tierra por medio de huracanes, terremotos y volcanes. Este mismo Dios enviará desde los cielos a su Hijo, y un nuevo orden aparecerá (2 Pedro 3.10–13). La majestad y la grandeza de su poder son anunciadas elocuentemente por boca del profeta (Isaías 40.12–17). (Lea Génesis 17.1; Apocalipsis 19.6.) El mismo Dios que creó los cielos y la tierra es quien sostiene todas las cosas en la palma de su mano y hasta las naciones más poderosas son nada en comparación con su poder.

4. Dios es omnisciente

Para Dios no hay límite en sabiduría y conocimiento porque él sabe todas las cosas. “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los

malos y a los buenos” (Proverbios 15.3). Dios sabía, incluso desde antes de la creación del mundo, que el hombre iba a pecar. Por eso él concibió el plan divino de la salvación y preparó un reino para la gloria eterna de su pueblo. La Biblia está llena de evidencias que demuestran que su Autor sabe todas las cosas: el pasado, el presente y el futuro (1 Reyes 8.39; Ezequiel 11.5; Mateo 10.30).

5. Dios es omnipresente

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí” (Salmo 139.7–11). Teniendo en cuenta que los ojos de Dios están en todas partes, que nada se puede esconder de su vista y que él sabe aun los pensamientos más íntimos y las intenciones del corazón (Hebreos 4.12), debemos adorar a Dios en todo tiempo con santa devoción y nunca guardar el mal en nuestros corazones. (Lea 2 Crónicas 6.18.)

6. Dios es justo

“Los juicios de Jehová son verdad, todos justos” (Salmo 19.9). “Justo eres tú, oh Jehová, y rectos tus juicios” (Salmo 119.137). Nadie debe temer que no va a recibir justicia de parte de Dios porque él es perfecto en justicia, así como lo es en sus misericordias. Su palabra enseña su justicia y la misma está presente en todas sus obras.

7. Dios es fiel

“Fiel es Dios” (1 Corintios 10.13). Éste es sólo uno de los pasajes bíblicos que afirma la fidelidad de Dios. Él ha hecho miles de promesas y nunca ha dejado de cumplirlas. Sus pactos con el hombre pecaminoso son una evidencia incuestionable de la fidelidad de Dios. Damos gracias a Dios que en cualquier tiempo podemos acercarnos a él con confianza y sentirnos seguros de que “[su] palabra es verdad” (Juan 17.17).

8. Dios es incompresible

Los hombres más sabios, más cultos, más eruditos y los más hábiles se enfrentan a muchas situaciones en la vida en las que tienen que confesar: “Yo no sé”. Zofar, por ejemplo, hizo una pregunta muy apropiada cuando preguntó: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios?” (Job 11.7). Nos rodean muchos misterios que la mente humana no puede comprender. Muchos hombres que han pasado toda su vida escudriñando la palabra de Dios han confesado que apenas han empezado. No es difícil llegar a conocer a Dios. Sin embargo, es imposible que el hombre alcance el límite del conocimiento acerca de

todo lo que Dios es, dice o hace. El apóstol Pablo, quien quizá escudriñó las cosas de Dios más que cualquier otro hombre, aun después que fue “arrebataado hasta el tercer cielo” y oyó cosas “que no le es dado al hombre expresar”, dio este testimonio: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11.33).

9. Dios es sencillo

A pesar de todo lo que se puede decir acerca de la incomprendibilidad de Dios, la sencillez es una de sus características más sobresalientes. Esto se ve en todas las obras de sus manos. Aunque ningún ser humano puede saber todo acerca de él, cada ser racional puede llegar a conocer algo; lo suficiente para animarlo a continuar estudiando la Biblia, trabajando y regocijándose al aprender más de la verdad divina. La Biblia es un modelo de pensamientos sencillos y profundos, y las personas que son una viva imagen de Dios son reconocidas por su sencillez y humildad.

10. Dios es benigno

Las evidencias de la benignidad de Dios están en todas partes. Es “su benignidad” (Romanos 2.4) la que nos guía al arrepentimiento. Es su benignidad lo que hizo posible que el hombre caído pudiera ser restaurado al favor divino. En muchas maneras, la paciencia y la bondad de Dios confirman las palabras del salmista: “Bueno es Jehová para con todos” (Salmo 145.9).

11. Dios es misericordioso

La benignidad y la misericordia de Dios son inseparables. “La misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad” (Salmo 103.17). Este versículo muestra que no hay límite para la bondad de Dios. Y lo que los hombres consideran como “tardanza” por parte de él, no es otra cosa que la manifestación de su paciencia “para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca” (2 Pedro 3.9). Su misericordia, como sus demás atributos, es perfecta; sin límites ni defecto.

12. Dios es imparcial

La imparcialidad y la misericordia de Dios concuerdan en una bella armonía. Cuando el joven rico le preguntó a Jesús acerca del camino de la vida, Jesús le mostró claramente lo que lo condenaba. Y así mismo él lo hace con todos nosotros. Además, podemos apreciar la imparcialidad y la misericordia de Dios cuando él sacó del huerto al hombre pecaminoso. El hombre no podía comer del árbol de la vida y vivir eternamente en su estado pecaminoso. Los pecadores que desprecian la misericordia de Dios con el tiempo tendrán que hacerle frente a la

justicia de Dios en la eternidad. Dios es Autor de leyes justas, las cuales se aplican igualmente a todo ser humano, porque “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10.34).

13. Dios es amor

“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4.8). El amor de Dios para con la humanidad caída es tan grande que dio a su Hijo unigénito para rescatarnos de la perdición (Juan 3.16). El apóstol Pablo dice: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5.8). ¡Qué amor tan sin igual y precioso! La historia completa de la relación de Dios con los hombres caídos se resume en tres palabras: “Dios es amor”.

Pensamos tanto en el amor de Dios que algunas veces se nos olvida que una manifestación de su amor es el odio con que él aborrece lo malo. Él *aborrece* lo malo con la misma intensidad que *ama* lo bueno. Él se manifiesta como un Dios celoso, que visita “la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que [lo] aborrecen” (Éxodo 20.5). En Proverbios 6.16–19 notamos siete cosas específicas que el Señor aborrece. Él aborrece todos los malos caminos y todas las formas de iniquidad. Para poder *amar* apasionadamente todo lo que es bueno, justo y santo se tiene que *aborrecer* ardientemente la iniquidad.

14. Dios es santo

El serafín que se le apareció a Isaías dio voces, diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Isaías 6.3). Diecinueve veces este mismo profeta se refiere al Dios de los cielos y de la tierra como “el Santo”. Cuando tenemos en cuenta su justicia, amor, pureza, fidelidad, bondad, gracia y gloria maravillosa, esto nos prepara para recibir su amonestación: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1.16). La santidad de Dios debe ser buscada y procurada por todos sus hijos.

Aquí concluimos, no por haber nombrado todos los atributos de Dios, sino porque hemos nombrado lo suficiente para recordarnos de su grandeza infinita, su bondad, su poder y su gloria majestuosa. Bendito, para siempre bendito, sea su santo nombre.

Ninguna de las criaturas de Dios puede poseer los atributos de Dios que pertenecen a su infinitud, como su omnipotencia, omnipresencia y omnisciencia. Dios es el único que las posee. Sin embargo, los atributos morales, como la santidad, la benignidad, la justicia y la pureza él los ha encargado a todo su pueblo para que por medio de los mismos nosotros podamos resplandecer a la imagen de Dios. De modo que para

sus hijos uno de los pensamientos más consoladores es que en el futuro seremos “como él es”.

Dios, sus obras

“Jehová de los ejércitos, solo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra” (Isaías 37.16).

Dondequiera que usted mire, sea en los cielos o en la tierra, usted verá las maravillosas obras de Dios. El rey David, al contemplar la gloria de Dios en la naturaleza, cantó:

Los cielos cuentan la gloria de Dios,
Y el firmamento anuncia la obra de sus manos.

Un día emite palabra a otro día,
Y una noche a otra noche declara sabiduría.

No hay lenguaje, ni palabras,
Ni es oída su voz.

Por toda la tierra salió su voz,
Y hasta el extremo del mundo sus palabras (Salmo 19.1–4).

Observamos la gloria infinita de Dios en sus maravillosas obras a nuestro alrededor. Los cielos y la tierra proclaman la gloria de Dios. Esta gloria nos habla al mismo tiempo de las glorias venideras que serán aun más grandes. A él le adoramos por su poder incomparable, su gracia maravillosa, su amor tierno y su compasión hacia nosotros que somos criaturas indignas hechas de polvo. Miramos hacia los dominios insondables del Altísimo, y en nuestra imperfección procuramos estudiar las obras de Dios. Para hacer más fácil este estudio lo hemos dividido en dos partes: (A) LA CREACIÓN y (B) EL SEÑORÍO DIVINO.

A. LA CREACIÓN

Nuestro estudio comienza en el “principio” de Génesis 1.1. En lo que se refiere al tiempo anterior a la creación, Dios no le ha revelado nada al hombre excepto unas pocas palabras como en Juan 17.5 y Efesios 1.4. La frase “En el principio” señala el principio de todas las cosas que existen en nuestro universo. Aquí es donde Dios abre su primer capítulo de revelaciones y dice “creó Dios”, y es precisamente aquí donde el ateo con su filosofía humana empieza con “podríamos suponer que...”. Pero el hijo humilde de Dios cree el hecho sencillo que fue entonces cuando “Dios creó los cielos y la tierra”.

La semana de la creación

Génesis describe de la siguiente forma la obra de Dios durante la semana de la creación:

El primer día: La luz, el día y la noche

Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día (Génesis 1.3–5).

El segundo día: Los cielos

Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión y fue así. Y llamó Dios a la expansión Cielos. Y fue la tarde y la mañana el día segundo (Génesis 1.6–8).

El tercer día: La tierra, el mar y las plantas

Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que de fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día tercero (Génesis 1.9–13).

El cuarto día: El sol, la luna y las estrellas

Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día cuarto (Génesis 1.14–19).

El quinto día: Los animales marinos y las aves

Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes

monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra. Y fue la tarde y la mañana el día quinto (Génesis 1.20–23).

El sexto día: Los animales de la tierra y el hombre

Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno. Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. (...) Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto (Génesis 1.24–31).

El séptimo día: El reposo

Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo (Génesis 2.2).

Verdades acerca de la creación

1. Dios hace grandes hazañas con facilidad

Dios creó por medio de la palabra de su boca. Por ejemplo:

Y dijo Dios: sea la luz; y fue la luz.

Dijo también Dios: (...) Descúbrase lo seco. Y fue así.

Dios, con sólo hablar, creó los cielos y la tierra y ordenó la naturaleza. Es cierto que el hombre simplemente al oprimir un botón puede poner en movimiento grandes fábricas industriales; pero Dios hizo todo el mundo sin tener que esforzarse. Debemos acordarnos de este poder maravilloso e incomparable, no solamente al estudiar la creación, sino también al estudiar cómo él gobierna el universo.

2. Dios lleva a cabo toda su obra en perfección

Dios nunca tuvo que probar o desarrollar sus ideas. Lo que él hace, sirve. Tan perfecta fue la obra de Dios en la creación que los hombres han hecho un dios de este sistema ordenado y han tratado de probar con ello que no hay Dios.

3. Dios creó las distintas especies

Dios ordenó que los animales y las plantas que él mismo creó debieran reproducirse *según su especie* o *según su género*. No hay ninguna evidencia en este mundo que demuestre que alguna especie superior se ha desarrollado de una especie inferior.

4. Dios creó al hombre a su imagen

Dios creó al hombre del polvo de la tierra a su propia imagen. Esta verdad no armoniza con la teoría antibíblica de la evolución, la cual declara que el hombre se desarrolló de los animales inferiores en el transcurso de millones de años. La Biblia y la teoría de la evolución están en polos opuestos.

5. Dios le dio una posición exaltada al hombre

El hombre, como Dios lo creó, era único en la creación. Fue un ser viviente, llevó la imagen de su Creador y pudo comunicarse con él. Adán fue tan inteligente que pudo dar nombres a todos los animales que Dios había creado y tuvo dominio sobre toda la tierra. Dios creó la naturaleza para servir al hombre.

6. La creación manifiesta la sabiduría de Dios

Cada planta y cada animal cumplieron con el propósito que Dios le asignó. El reino animal fue puesto al cuidado del hombre. Dios ordenó todo y a cada una de sus criaturas les proveyó todo lo necesario. Él dio provisiones en abundancia para el contentamiento y bienestar de los hombres y los animales. Y para que los hombres entendieran de la manera que él lo había creado todo entonces aparece la explicación en los primeros dos capítulos de Génesis. Todo lo que Dios había hecho era “bueno en gran manera”.

Teoría del desarrollo progresivo

El elemento prominente en esta teoría es la evolución. La misma tiene varias modificaciones, desde el ateísmo absoluto hasta el intento de armonizar la evolución con la Biblia. Todas las modificaciones entran en conflicto cuando son confrontadas con la verdadera creación descrita en la Biblia. Veamos:

- Es difícil acomodar lo que pasó en los seis días específicos de la creación con la teoría de que los seis días fueron épocas geológicas que duraron millones de años. Es aun más difícil acomodar la idea de una progresión gradual con la declaración bíblica que Dios “formó al hombre del polvo de la tierra” y “creó Dios al hombre a su imagen”. Con esto vemos que el hombre no evolucionó de un microbio o de un mono, como muchos pretenden hacernos creer. (Lea Hebreos 11.3.) El hijo de Dios,

aunque no tenga educación, comprende cómo fueron hechos los cielos y la tierra porque cree en lo que dice en Génesis.

- Los que defienden la teoría de la evolución tienen que confesar que sus creencias se basan en teorías que no se pueden comprobar. No se ha hallado el supuesto “eslabón perdido” entre el hombre y los animales. Todos los esfuerzos por comprobar que había una generación espontánea (es decir, que la vida apareció por sí misma donde no había existido), han fracasado grandemente. No hay evidencia en los fósiles que demuestre que una especie inferior se haya transformado en una especie superior. Mientras que la evolución carece de argumentos en tantas maneras, la Biblia se mantiene fiel y verdadera con el paso del tiempo. Lo que en una generación se considera ser una verdad científica, muchas veces en la generación siguiente se comprueba que es falsa. La teoría de la evolución de una especie a la otra no concuerda con las escrituras ni con lo que se observa hoy en la naturaleza.

- Nosotros nos negamos a llamar *evolución* a los mejoramientos que el hombre ha realizado en las especies. Es cierto que en muchos casos ha habido adelantos maravillosos, pero estos adelantos resultan de la sabiduría de Dios dada a los hombres y no por la naturaleza misma. La naturaleza, sin la intervención del hombre, regresa al estado original. El hombre ha transformado el durazno de ser una fruta pequeña y amarga a una fruta sabrosa y azucarada como la conocemos hoy. Pero aún así continúa siendo un durazno. El cerdo se ha desarrollado a un animal grande y gordo, en algunos casos pesando hasta media tonelada. Sin embargo, aun así continúa siendo un cerdo. El caballo más gordo y robusto de nuestros días, comparado con los más flacos y pequeños de la antigüedad, constituye otro ejemplo del desarrollo de las especies. No obstante, sigue siendo un caballo. Pero cuando el hombre no contribuye a la reproducción de las especies en el transcurso de unas pocas generaciones las mismas regresan a su estado natural.

- Los que se oponen a la milagrosa creación bíblica se enfrentan a un milagro aun más inexplicable: el origen de la materia de la nada. Si negamos que ésta fue creada por Dios no nos queda otra cosa que suponer que empezó por mera casualidad. El origen de la vida también es un milagro. Si negamos que la vida fue creada por Dios, no tenemos otro recurso más que concluir que las cosas comenzaron a vivir por medio de su propio poder. ¿Por qué los hombres se niegan a creer que los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay fueron hechas por el poder y el acto creativo de un Dios infinito? ¿Por qué apoyan la teoría del progreso gradual desde la nada hasta el estado presente del universo cuando ni una sola teoría sobre este punto ha sido comprobada? ¿Acaso pudiera ser que ellos quieran evitar una responsabilidad personal ante un Dios creador?

- Por último, nos negamos a creer en la teoría de la evolución que ahora es enseñada en la mayoría de los colegios, universidades y

seminarios porque la misma nace del ateísmo. Los que apoyan la evolución niegan la palabra de Dios y a Dios mismo. Cuando el hombre adquiere una perspectiva falsa de Génesis 1–2 entonces él obtiene una perspectiva falsa de la Biblia en su conjunto. Todos los hombres de fe que proponen transmitir la fe a las generaciones futuras deben prestar especial atención a este punto.

Dios, nuestro único testigo seguro

Tal vez usted se ha hecho la siguiente pregunta: “Si es cierto que los que se oponen a la Biblia se basan en teorías no comprobadas, ¿por qué hay tantas evidencias que parecen apoyarlas?” A esto contestamos: Ellos obtienen verdades parciales de estas evidencias y así las apariencias engañan. Ellos consideran las evidencias desde una perspectiva antibíblica. Aquí les presentamos algunas ilustraciones:

Por ejemplo, en las piedras de unas montañas a muchos kilómetros de distancia de un río o del mar son encontrados los fósiles de algunos peces. ¿Cómo llegaron hasta allí? Los que creen en el desarrollo lento de la evolución plantean que los cambios drásticos que tuvieron lugar durante millones de años provocaron este fenómeno. Por otra parte, cuando uno que cree la Biblia observa tal evidencia entonces inmediatamente piensa en los grandes cambios que resultaron del diluvio mundial en el tiempo de Noé. Y así concluye que la evidencia no prueba que pasó más tiempo que el que indica la Biblia.

También hubo un tiempo en que casi todos los científicos creían que el mundo era plano. En aquel tiempo era una tontería creer que la tierra fuera redonda. Ellos razonaron así: “Si el mundo fuera redondo los hombres se caerían”. Los científicos en aquel tiempo opinaban que las evidencias demostraban que el mundo era plano. Su conclusión se contradecía con lo que aparece en Isaías 40.22 que habla del “círculo de la tierra”. Por lo tanto, ellos estaban errados.

La Biblia es siempre la verdad. No cede a las teorías que la contradicen. En lugar de dudar acerca de las verdades de la Biblia lo que debemos hacer es confiar en Dios. Él es el único testigo competente de las cosas que sucedieron aun antes que hubiera seres humanos para hacer sus observaciones. Nos gusta alabar el nombre del Señor y decir como el salmista: “Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (Salmo 90.2).

La pregunta que no nos corresponde hacernos es: ¿Será cierto todo lo que dice la Biblia?

Por el contrario, la misma debiera ser: ¿Acaso somos fieles a su palabra aunque otros la contradigan?

B. SEÑORÍO DIVINO

La creación del mundo fue sólo el principio de la obra de Dios para el bienestar de sus criaturas. La historia de la creación es sólo una introducción al poder y la sabiduría del Creador.

Dios no solamente creó los cielos y la tierra, sino que también *sostiene* el universo en la palma de su mano. Él gobierna sobre todas las cosas según su sabiduría y voluntad divina, es quien dicta el destino de los hombres y las naciones y quien también mueve los cielos y la tierra a favor de sus criaturas y para el bienestar de ellas.

El gobernador supremo del universo

Dios es el gobernador supremo del universo. “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Proverbios 15.3). Ni siquiera un pájaro cae al suelo sin que él lo vea, y Dios hasta cuenta los cabellos de nuestra cabeza. Dios les ha concedido poder a los hombres, a los ángeles y aun al propio diablo que “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5.8). Pero Dios ha puesto un límite en el poder de todas sus criaturas. Nosotros no podemos cruzar ese límite. Muchos creen que el hombre tiene capacidades sin límite y que sólo tiene que desarrollarlas. Pero la fragilidad del hombre y su total dependencia de Dios son tan manifiestas que no es necesario discutirlos. Podríamos pensar que el diablo es el “dios de este siglo” y señor de todos sus dominios. Sin embargo, él está sujeto a las limitaciones que Dios le ha puesto. Esto lo podemos apreciar en el primer capítulo de Job. El Creador reina sobre toda su creación. Él es quien creó todas las cosas, y todas sus criaturas están sujetas a su santa voluntad. Él es Señor de todos (Hechos 10.36).

El administrador de todo

Dios es el administrador de todo. La mano fuerte de Dios está presente en cada acontecimiento a través de los siglos.

1. Él manda a sus ángeles

Él los manda como “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” (Hebreos 1.14). Cristo, refiriéndose a los “pequeños” (Mateo 18.10), dice que “sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”. El salmista igualmente nos informa que “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34.7). En el fin, Dios enviará sus ángeles como segadores “y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo” (Mateo 13.39, 41). Ellos serán importantes mensajeros y ministros de Dios en el gran juicio venidero.

2. Él predomina en las debilidades del hombre

La gracia de Dios nunca se presentó al hombre con tanta claridad que cuando él impidió los esfuerzos de Satanás al proveer un Redentor para el rescate del hombre caído. El apóstol Pablo oró tres veces al Señor para que le quitara el aguijón en su carne, pero recibió la respuesta amorosa del Señor, “bástate mi gracia”, asegurándole que su oración le fue contestada con más sabiduría de lo que él había pensado. La promesa que “el Señor al que ama, disciplina”, nos recuerda que Dios, con un amor paternal, corrige a sus hijos. Esto concuerda con la seguridad de la promesa que “Dios (...) no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir” (1 Corintios 10.13) y que su otra promesa, “no te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13.5) es segura y firme para siempre.

3. Él gobierna a las naciones

Tanto las naciones como los individuos están sujetos al poder de Dios. La historia de las naciones prueba que Dios juzga la iniquidad de cualquier nación a su debido tiempo. Él castigó a Egipto, a Babilonia y hasta a su propio pueblo Israel por sus pecados. El poder de Dios sobre las naciones se manifestó cuando sacó a Israel de la esclavitud de Egipto, cuando los entregó en manos del enemigo, cuando destruyó el ejército de Senaquerib, cuando arruinó el reino de Belsasar, cuando derrotó al ejército siríaco en manos de Eliseo y en muchas otras ocasiones. Aun en la actualidad la mano de Dios se puede ver en los asuntos de las naciones. Tanto las naciones como muchas personas a menudo no se someten a la voluntad de Dios. Es por ello que a algunos les parece que Dios no puede hacer nada, sino dejar que el diablo se aproveche de la situación. Pero con el paso del tiempo esto no probará la debilidad de Dios, sino su paciencia. El señorío de Dios se hace evidente en los castigos y en el poder de arruinar a toda una nación. Porque en el fin, “todas las naciones” (Mateo 25.32) llegarán al juicio, y la época presente terminará. En todas estas cosas el señorío y la mano gobernante de Dios están claramente visibles (Génesis 6; 11.1–9; 18.17–19.29; Éxodo 3.7–17; Josué 2.24; Jueces 2.11–23; 1 Samuel 15.1–23; 2 Reyes 17–19; Daniel 5).

4. Él gobierna los elementos

Dios gobierna la lluvia, la temperatura, el viento y las tormentas. Él contesta las oraciones de su pueblo en cuanto a estas cosas. Por ejemplo, Elías oró y la lluvia cesó. Oró otra vez y llovió en abundancia (1 Reyes 18; Santiago 5.17–18). Cuando Samuel oró hubo truenos en el tiempo de la mies y el pueblo tuvo miedo por esta manifestación del poder de Dios. En nuestros tiempos ha habido casos de gobernantes que atendiendo a las peticiones de los ciudadanos, han nombrado un día especial de oración dedicado a la lluvia. Varias veces ha llovido inmediatamente después de haber elevado estas fervientes peticiones a Dios. Sin embargo, algunas personas, aunque no dudan del poder de Dios, insisten en que los cambios del tiempo son gobernados por leyes

fijas de la naturaleza misma. Pero, ¿quién estableció estas leyes fijas? ¿Acaso no puede el gobernador del universo, así como cualquier otro legislador terrenal, suspender, cambiar o aun revocar cualquier ley dentro de su poder? Debemos agradecer al Señor sea cual sea el estado del tiempo, porque sus leyes son perfectas y porque él ordena todas las cosas con sabiduría y para nuestro bien.

5. Él preserva su creación

Dios es el preservador de toda su creación. Esto se hace evidente en la declaración que aparece en Nehemías 9.6: “Tú solo eres Jehová; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas, y los ejércitos de los cielos te adoran”. En las escrituras, Dios se muestra como el preservador de los fieles (Salmos 31.23; 97.10; 145.20; Proverbios 2.8). Además, él se muestra como el preservador de los hombres y de las bestias (Salmo 36.6). Los que confían en el Señor no tienen nada que temer. Él sostiene todas las cosas con su poder infinito y es leal a los suyos. Este poder y fidelidad se manifiestan por medio del Hijo, como se expresa en Hebreos 1.3: “El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”.

6. En sus manos está el destino de todas sus criaturas

El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras (Mateo 16.27).

Dios es quien está sentado en su trono en la gloria, contemplando los pensamientos más íntimos y las intenciones de cada corazón humano. Cada ser humano algún día tendrá que comparecer ante él y dar cuenta de su mayordomía mientras estaba en el cuerpo (Hebreos 4.12; 2 Corintios 5.10).

Las leyes de Dios

Dios no gobierna arbitrariamente. Él gobierna con misericordia y justicia por medio de leyes que surgen de su propia naturaleza divina. Todas las cosas serán juzgadas según estas leyes. Todos somos gobernados aquí y también seremos juzgados por medio de las leyes de Dios. Jesús explicó, “la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Juan 12.48). La justicia exacta y perfecta, y la misericordia, son posibles porque “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10.34).

Nuestro bienestar espiritual depende de si obedecemos o profanamos las leyes de Dios. “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”

(Gálatas 6.7). Si ahora guardamos las leyes de Dios entonces nos aseguramos que estaremos a su lado en la eternidad (Mateo 7.21–27).

Muchas naciones de la tierra han basado sus leyes en las leyes justas de Dios. La relación que existe entre las leyes de las naciones y las de Dios sugiere la idea que cuando el hombre busca la verdadera justicia entonces se remite a las leyes justas de Dios. La sabiduría de Dios se muestra en el hecho de que las naciones son más prósperas en la medida que éstas se acercan al modelo divino en sus leyes y en la administración de las mismas.

Lo que llamamos “las leyes de la naturaleza” son tan sólo las leyes que Dios ha creado para que gobiernen en esta creación. En cuanto a las leyes naturales, nosotros debemos considerar que Dios tiene poder, como cualquier legislador, de poner en vigor, suspender, modificar o revocar estas leyes. Cuando él suspende o modifica el funcionamiento de tales leyes (como a menudo hace para contestar nuestras oraciones) entonces a esto es a lo que llamamos un milagro. Ejemplos: El detenimiento del sol y la luna en los días de Josué; la sequía y la lluvia en los días de Elías; y la resurrección de Lázaro después que éste había estado muerto por cuatro días.

¿Acaso debemos asombrarnos de tales manifestaciones del poder de Dios? El mismo Dios que creó todas las cosas tiene poder para hacer con ellas lo que a él le plazca.

La trinidad

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28.19).

La palabra “*trinidad*” no aparece en la Biblia. Pero la doctrina de un Dios trino se ve claramente en la Biblia.

Hay dos cosas acerca de Dios que creemos con igual énfasis:

1. Hay un solo Dios.
2. Hay una *trinidad* de personalidades donde cada uno de los que la forman es Dios.

Estas dos realidades juntas justifican el título:

El Dios trino

1. Dios es uno

“Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es” (Marcos 12.29). Se escucha la voz de este mismo Dios en este versículo: “Mirad a mí, y sed

salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más” (Isaías 45.22). Si hay algo claro en estas dos declaraciones es que hay solamente un Dios; no tres dioses, ni muchos dioses, sino *un Dios*. La teoría de la pluralidad de dioses pertenece a la idolatría. La doctrina de la trinidad se tuerce cuando abandonamos la idea de la unidad de Dios. Hay solamente *un Dios* y fuera de él no hay ningún otro. “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo 4.10).

2. Dios se manifiesta en tres personas

Sin embargo, este único Dios se manifiesta como tres personas distintas. En el bautismo de Jesús en el Río Jordán (Mateo 3) se nos presenta el Hijo, bautizado en el río; el Espíritu Santo, apareciendo en la forma corporal de una paloma; y el Padre, que dice desde el cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

La trinidad se hace evidente en lo que nuestro Señor dice: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas” (Juan 14.26).

Otra vez, la trinidad puede apreciarse en el mandamiento de bautizar “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

La Biblia nos enseña que cada una de estas tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es Dios. El unitario y el trinitario radical se niegan a reconocer que el Hijo y el Espíritu Santo son Dios mismo.

3. El Padre es Dios

Jesús reconoce que el Padre es Dios cuando él dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3.16). Pedro también reconoce que Dios es el Padre cuando dice: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer” (1 Pedro 1.3). Pablo igualmente le da el mismo reconocimiento, diciendo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación” (2 Corintios 1.3). Cada una de estas declaraciones dan al Padre la distinción de ser el Dios verdadero.

4. El Hijo es Dios

Isaías escribió: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado (...); y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9.6). Pablo, hablando del reconocimiento que el Padre dio a su Hijo, dice: “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo” (Hebreos 1.8). Lea también Juan 20.28, Romanos 9.5 y Tito 2.13. Estos versículos se refieren a Jesucristo como “Dios”. Además, otros pasajes bíblicos otorgan atributos divinos a Jesús.

5. El Espíritu Santo es Dios

Cuando Cristo mandó a los apóstoles a bautizar “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”, él reconoció al Espíritu Santo como uno de igual importancia a él mismo y al Padre. Otro ejemplo de esto se encuentra en la manera en que Pedro habló a Ananías. Pedro preguntó a Ananías: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?” Y casi inmediatamente declaró: “no has mentido a los hombres, sino a Dios” (Hechos 5.3–4). De esta forma él dio a entender claramente que Dios y el Espíritu Santo son el mismo ser.

Las realidades que están relacionadas al carácter y la obra de cada una de las personas de la trinidad las explicaremos en los tres capítulos que aparecen a continuación.

La incomprendibilidad de la trinidad

Con relación a la incomprendibilidad de la trinidad hicimos una traducción de un texto escrito por el hermano J. S. Hartzler (*Bible Doctrine*, pp. 45–46) en el cual aparece lo siguiente:

A veces se disputa sobre el hecho de si es una contradicción decir “tres en uno y uno en tres”. Se dice que tal cosa no puede ser. Desde el punto de vista humano, puede que esto sea cierto, pero Dios no está sometido a las mismas leyes que él ha dado para gobernar a sus criaturas. Esto lo vemos reflejado en las innumerables cosas que Dios hace por sus criaturas, las cuales el hombre no puede hacer. Después de la resurrección de Cristo, él hizo cosas que a sus discípulos les fue imposible hacer, aunque para él fue algo bastante fácil (Lucas 24.31, 36, 51). De manera que por el hecho de que el hombre no comprenda la trinidad no demuestra que la misma sea una doctrina falsa. Si los caminos de Dios son “inescrutables” queda muy claro que su existencia también lo es....

¡Tú, bendito Dios! ¡Tú, Santa trinidad! Tú, que eres el Creador y Preservador de todas las cosas, el Rey de reyes y Señor de señores, el gobernador del cielo y de la tierra, el tres en uno y el uno en tres; que todo el mundo tema delante de ti, contemplando la “bondad y la severidad de Dios” (Romanos 11.22) aun en esta vida y que todos ofrezcan la gratitud de sus corazones como el sacrificio más aceptable a ti, Padre santo, Hijo santo, Espíritu Santo, Señor Dios Todopoderoso.

CAPÍTULO 4

Dios el padre

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3.1).

Cuando decimos “Dios”, generalmente nos referimos a él en el sentido que incluye las tres personas de la Deidad. Ahora bien, cuando decimos “el Todopoderoso” o “el Altísimo” nos referimos principalmente a Dios el Padre.

Dios el Padre se nos manifiesta con más claridad en el Nuevo Testamento que en el Antiguo Testamento por el hecho de haber enviado a su Hijo al mundo. Jesús habló de su Padre y nos mostró a su Padre. Él y el Espíritu Santo glorifican al Padre. Así la prominencia dada a ellos en el Nuevo Testamento atrae nuestra atención hacia el Padre.

El carácter y la obra del Padre

Quizá en ningún otro lugar en la Biblia podemos ver tan claramente el carácter y la obra del Padre como en el Padrenuestro (Mateo 6.9–13). Por ello, estudiemos esta oración para considerar el significado de lo que dijo el Hijo acerca del Padre.

“Padre nuestro”: La relación entre un padre natural y su descendencia nos sirve de ejemplo en cuanto a la relación de nuestro Padre celestial con nosotros. La historia del padre que esperaba tiernamente al hijo pródigo y al fin le dio la bienvenida acogiéndolo nuevamente al seno de su familia o la historia de las lamentaciones de David al morir su amado pero extraviado hijo, Absalón, nos dan una idea del amor infinito e indeciblemente tierno que nuestro Padre en los cielos tiene por nosotros.

Solamente los que han nacido de nuevo y han sido adoptados en la familia de Dios pueden invocar a Dios como *“nuestro Padre”*. Por supuesto, Dios es Padre de todos en el sentido natural porque él nos creó. Pero la humanidad caída lo ha rechazado. Por esto la esperanza de una salvación universal es falsa, pues no todos los humanos se arrepienten de sus pecados. Lea 2 Timoteo 3.13 y Lucas 18.8. Jesús dijo: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Juan 8.44). Tenemos que *renacer* antes que podamos tener a Dios como nuestro Padre espiritual.

“En los cielos”: Asociamos al nombre del Hijo con la tierra de Israel (porque allí anduvo él mientras estuvo físicamente en la tierra) y creamos por fe que el Espíritu Santo mora en los corazones de los creyentes en todas partes del mundo. Pero creemos que el Padre está en los cielos. Esa es su morada eterna. Fue desde esta morada que él habló en numerosas ocasiones a los patriarcas y a los profetas, y luego a su Hijo. Y cuando dirigimos nuestras peticiones a Dios sentimos reverencia porque asociamos al Padre con su hogar eterno. “Padre nuestro” siempre se asocia con “en los cielos”.

“Tu reino”: De este modo, el Hijo reconoce que el reino eterno pertenece al Padre. Ciertamente, el Hijo se representa a sí mismo como un noble que recibirá para sí un reino (Lucas 19.12–27), pero es el Padre quien le da a él este reino. Cuando nos acercamos al Padre sentimos que estamos en la presencia de un Rey grande, potente y eternamente glorioso.

“Tu voluntad”: La voluntad de Dios es suprema en el cielo, y debemos reconocerla de igual manera en la tierra. Mientras nuestro Salvador se encontraba en el Huerto de Getsemaní y mostraba su aflicción por medio de aquella oración hacia su Padre podemos ver que él limitó sus peticiones con “pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26.39). Si le damos al Padre el debido reconocimiento entonces estableceremos su voluntad como algo supremo en nuestras mentes, nuestras vidas y en nuestro servicio cristiano. El verdadero hijo de Dios no hace su propia voluntad, sino la del Padre.

“No nos metas en tentación”: El Padre nos guía por medio de Jesucristo y el Espíritu Santo. Mientras nuestra oración sincera a nuestro Padre sea que él nos guíe por caminos seguros entonces él nos guardará de todo peligro espiritual y no nos meterá en tentación.

“Perdónanos”: Todo pecado se comete contra él. De él buscamos el perdón.

“Libranos”: Dios está dispuesto y es capaz no sólo de guiarnos con seguridad, sino también de librarnos del mal. Reconociendo cuán vulnerables somos en este mundo vano y hostil, lleno de trampas, engaños y tentadoras seducciones, nuestros corazones se elevan hacia Dios con gratitud y alabanza cuando pensamos en él como el gran Libertador de nuestras almas.

“Porque tuyo”: “...es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos.” Por tanto, oramos al Padre, en el nombre del Hijo, y por medio del Espíritu Santo.

La obra del Padre

Todo lo que Dios hace como el Todopoderoso, el Soberano, etc., se atribuye a Dios el Padre. De esta forma, la mayor parte de las cosas mencionadas en los capítulos anteriores pertenecen a la obra de Dios el Padre. Además de estas cosas añadiremos otras más que le son atribuidas a él en una manera especial.

1. Él es el gran Arquitecto del universo

Ciertamente, Hebreos 1 describe a Dios (el Padre) como tal: “Dios (...) nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1.1-3). Él es el Monarca absoluto en todo el universo.

2. Él envió a su Hijo al mundo

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3.16-17). Jesús les preguntó a los judíos: “¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?” (Juan 10.36).

3. Él le dio su aprobación al Hijo y a lo que éste hizo

El Padre reconoció a su Hijo dos veces: La primera vez en su bautismo (Mateo 3.17) y la otra en el monte de la transfiguración (Mateo 17.5). Dios el Padre dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

4. Él envió al Espíritu Santo al mundo

Jesús dijo: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre” (Juan 14.26). El Espíritu Santo vino, según había sido prometido, en el día de Pentecostés. (Lea Hechos 2.)

5. Él es nuestro Salvador

Este título también se atribuye al Hijo (Mateo 1.21; 2 Pedro 3.18). En realidad, no hay salvación en la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no tengan parte. Pero nosotros a veces miramos tanto a *Cristo* como nuestro Salvador que se nos olvida que el Padre, así como el Hijo, es el Salvador del alma. Cristo dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6.44). Muchas veces el Nuevo Testamento habla de como la salvación es de Dios sin mencionar

específicamente al Hijo. Pablo presenta la obra del Padre y del Hijo cuando él dice que “la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6.23). La misma idea se expone en Juan 3.17; Romanos 8.30–32; Efesios 1.1–5; 2.5–10; 1 Tesalonicenses 5.9 y 1 Timoteo 2.3–4. Pablo dice: “porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen” (1 Timoteo 4.10). Al dar pleno reconocimiento al poder salvador del Dios trino, decimos como Pedro: “...guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación” (1 Pedro 1.5).

6. Él tiene parte en la santificación de los creyentes

Judas dirige su epístola a los “santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo” (Judas 1). Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo cada uno desempeña un papel distinto en esta obra. El Hijo oró al Padre a favor de sus discípulos: “Santificalos en tu verdad” (Juan 17.17).

7. Él contesta las oraciones de su pueblo

“Para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Juan 15.16). Son muchas las promesas de Dios de escuchar y contestar las oraciones que sus santos le ofrecen en el nombre de Jesús.

Los atributos del Padre

Los atributos de Dios el Padre son los mismos que fueron mencionados en el primer capítulo como los atributos de Dios. Todas estas cosas nos revelan al Padre: su poder infinito como el Gobernador supremo del universo; su sabiduría, su bondad y misericordia en su relación con los hombres pecadores; su amor maravilloso al enviar al mundo pecaminoso a su Hijo unigénito como Salvador y Redentor; su previsión al enviar al Espíritu Santo al mundo para convencer al mundo de pecado y para guiar a su pueblo a toda la verdad; su cuidado y protección sobre sus criaturas, proveyendo con paciencia para todas sus necesidades; su “bondad y severidad” que se demuestran perfectas en la justicia así como también en la misericordia; su aptitud y voluntad de escuchar y contestar cada petición de fe; su constancia en la verdad que dura por todas las generaciones; su palabra inmutable y su amor. El Padre merece toda nuestra confianza y alabanza, demanda nuestra obediencia y conmueve nuestros corazones con el reconocimiento de su abundante gracia, su grandeza infinita y su gloria eterna.

Dios el Hijo

“Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino” (Hebreos 1.8).

La naturaleza y la obra del Hijo de Dios se observan claramente en la introducción al evangelio de Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (...) Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (...) Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1.1–14). Esta escritura nos muestra que el Verbo, que era Dios, fue hecho carne, es decir, hombre. Así el Hijo de Dios es también Hijo del hombre.

Hijo de Dios e Hijo del Hombre

Cristo fue el Hijo del Hombre; nació de una virgen. También era Hijo de Dios; fue concebido por el Espíritu Santo. A los doce años ya él estaba en los “negocios de [su] Padre [Dios]” (Lucas 2.49) y a la vez estaba sujeto a José y María (Lucas 2.51). El *Hijo de Dios* llegó a ser el *Hijo del Hombre* “para que el mundo [fuera] salvo por él” (Juan 3.17).

1. El Hijo del Hombre

La humanidad del Hijo es evidente:

- Él era hijo de una madre humana (Mateo 1.18; 2.11)
- Él creció como otros niños (Lucas 2.40)
- Él tuvo un cuerpo humano y comió, bebió y durmió (Lucas 24.39)
- Él fue reconocido como judío (Juan 4.9)
- Él fue tentado exactamente como lo somos nosotros (Hebreos 4.15)

Jesús era un hombre perfecto en dos sentidos:

1. Él tuvo un cuerpo completamente humano. “No [había] parecer en él, ni hermosura” (Isaías 53.2). Las personas que lo conocieron lo reconocieron como hombre.

2. Él fue tentado como cualquier otro ser humano, sin embargo, permaneció “sin pecado”. Él fue el único ser humano que soportó esta prueba a la perfección.

2. El Hijo de Dios

La deidad del Hijo es evidente:

- Él era el Hijo del Dios viviente, siendo concebido por el Espíritu Santo (Mateo 1.18)

- Nació de una virgen (Isaías 7.14)
- Tuvo un poder sobrenatural. Sanó muchas enfermedades incurables, calmó tormentas y hasta resucitó a los muertos.
- La Biblia le otorga muchos nombres que sólo pertenecen a la Deidad.

En las escrituras muchas veces se reconoce a Cristo como el Hijo de Dios. Su divinidad es claramente reconocida por:

- **El ángel:** “El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1.35).
- **Juan el Bautista:** “Éste es el Hijo de Dios” (Juan 1.34).
- **Natanael:** “Tú eres el Hijo de Dios” (Juan 1.49).
- **Los demonios:** “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios?” (Mateo 8.29).
- **Los discípulos:** “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mateo 14.33).
- **Pedro:** “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16.16).
- **El Padre:** “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17.5).
- **El centurión:** “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (Mateo 27.54).
- **El eunuco etíope:** “Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios” (Hechos 8.37).
- **Pablo:** “Predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios” (Hechos 9.20).
- **Cristo mismo:** “El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego (...) dice esto” (Apocalipsis 2.18).

¿Por qué vino el Hijo de Dios a este mundo?

Cristo vino al mundo

1. Como nuestro Salvador

Cristo “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” y a salvar “a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1.21). Vino “para redimirnos de toda iniquidad” (Tito 2.14). Por eso lo conocemos como “el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen” (1 Timoteo 4.10). Puesto

que él dio “su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.28), con gozo lo reconocemos como “nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3.18).

2. Como nuestro ejemplo

Cristo hizo más que salvarnos. Él nos mostró cómo vivir y también nos mostró cómo morir. Una vez él les dijo a sus discípulos: “Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13.15). Pedro nos dice que Cristo nos dejó el ejemplo para que “[sigamos] sus pisadas” (1 Pedro 2.21). Cristo fue “tentado en todo según nuestra semejanza”, pero se mantuvo sin pecado, dándonos un ejemplo práctico de cómo vencer al tentador (Mateo 4.1–11). Él nos dio el ejemplo perfecto para vivir una vida sin mancha, una vida haciendo el bien a los demás, una vida de oración, de abnegación, humillándose y compadeciéndose de los demás mientras él mismo sufría teniendo una comunión diaria con el Padre y obedeciendo perfectamente la voluntad de su Padre. Cristo se mostró como nuestro ejemplo perfecto en éstas y en muchas otras cosas. Aun los pastores, que por supuesto deben ser ejemplos al rebaño, no deben olvidarse de decir como Pablo: “Sed imitadores de mí, *así como yo de Cristo*” (1 Corintios 11.1).

3. Como nuestro profeta del Nuevo Testamento

Moisés profetizó que “profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí” (Hechos 7.37). Moisés jugó un papel semejante al de Cristo. Moisés era líder y salvador de su pueblo; Dios lo escogió para dar la ley y ser mediador entre Dios y el pueblo. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1.1–2). Cuando a Juan, el precursor de Cristo, le preguntaron: “¿Eres tú el profeta?” (Juan 1.21), él respondió inmediatamente: “No”. La madre de Cristo dijo: “Haced todo lo que os dijere” (Juan 2.5). El Padre dijo desde los cielos: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17.5). El escritor inspirado dijo: “Mirad que no desechéis al que habla” (Hebreos 12.25). El mensaje de este profeta del Nuevo Testamento no es meramente un mensaje de autoridad, sino que también es un mensaje “lleno de gracia y de verdad”.

4. Como nuestro Señor

Cristo declaró su señorío con estas palabras: “Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy” (Juan 13.13). Después de predicar el Sermón del Monte, la gente “se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad” (Mateo 7.28–29). Su declaración, “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28.8), muestra que recibió su autoridad de Dios Padre. El señorío de Cristo se manifiesta en que selló el pacto de la salvación eterna con su

propia sangre, estableció la iglesia y es la cabeza de ella, tiene las llaves de la muerte y del Hades, ascendió majestuosamente a la gloria y mandó al Espíritu Santo.

5. Como nuestro Mediador

Después de su resurrección Jesús ascendió a la gloria, a la diestra de Dios. Cuando mataban a Esteban, él vio a Cristo allí a la diestra de Dios (Hechos 7.56). Cristo conoce nuestras pruebas y debilidades e intercede por nosotros (Hebreos 7.25). Él es nuestro representante y abogado delante del trono de Dios. Tenemos la consolación que “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2.1).

6. Como nuestro Rey

El hecho de que el Mesías iba a ser rey fue escrito tan claramente en las profecías del Antiguo Testamento que cuando Cristo vino a la tierra los magos vinieron del oriente, diciendo: “¿Dónde está *el rey* de los judíos, que ha nacido?” (Mateo 2.2). Cuando Pilato le preguntó a Cristo, “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, Cristo le respondió: “Tú lo dices” (Mateo 27.11). Su respuesta equivale a decir: “Sí, lo soy”. De esta manera él afirmó su majestad que fue predicha por el profeta: “Y Jehová será rey sobre toda la tierra” (Zacarías 14.9). Cristo se refirió muchas veces a su reino.

7. Como nuestro novio

Jesús vino a la tierra a preparar una novia digna para sí mismo. Él volvió al cielo y está allí preparando moradas en las cuales habitará eternamente con su esposa, la iglesia. Mientras tanto, su iglesia está preparándose para ir con él cuando venga. Los que no estén preparados enfrentarán su juicio (lea 2 Tesalonicenses 1.7–9). ¡Que viva el Rey eterno, nuestro Salvador y Señor, nuestro Rescate y Redentor, nuestro Hermano mayor, por cuyo sacrificio, sufrimiento e intercesión tenemos el privilegio, sin precio, de reinar con él “por los siglos de los siglos”! (Apocalipsis 22.5).

Los atributos y las obras del Hijo

Los atributos del Hijo son los mismos que los atributos de Dios Padre que mencionamos en el capítulo 1. El hecho de que el Hijo existió antes de nacer de María se confirma en Juan 1.1. Y él mismo declaró: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8.58). Él es omnipotente (Mateo 28.18; Hebreos 2.8); sabe todas las cosas (Juan 16.30; Colosenses 2.3); está presente en todas partes (Salmo 139.7–12) y es inmutable (Hebreos 13.8). En realidad, “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2.9). Estas características del Hijo nos ayudan a entender sus obras.

1. Él tuvo parte en la creación

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1.3).

2. Él trae vida y luz al mundo

“Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (Juan 5.21). “En Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (1 Corintios 4.15).

Cristo, la “luz (...) del mundo” (Juan 9.5), concede esta característica a sus discípulos, diciendo: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5.14). (Lea Juan 1.1–9.)

3. Él es el Autor de nuestra salvación eterna

“Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5.9).

4. Él edifica a la iglesia

“Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16.18).

De esta forma, él es la cabeza (Colosenses 1.18); la puerta (Juan 10.9); la principal piedra del ángulo (Efesios 2.20); el fundamento (1 Corintios 3.11) y el buen pastor (Juan 10.11). Él hace que la iglesia crezca y sea segura, constante y digna de la recompensa de Dios el Padre.

5. Él sustenta todas las cosas

“El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1.3).

El universo no puede sostenerse por sí mismo. El poder de Cristo sujeta todas las cosas.

6. Él perdona los pecados

“Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados” (Lucas 7.48).

En el gran corazón perdonador de Cristo hay poder y un deseo constante de perdonar los pecados. De su corazón sale un llamado que nos suplica que sigamos sus pasos en cuanto a perdonar.

7. Él santifica al creyente

“Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9.13–14). “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. (...) Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10.10, 14).

8. Él nos reconcilia con Dios

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2.24). “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5.11).

9. Él es nuestro abogado ante el trono de Dios

“Y si alguno hubiera pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2.1).

(Lea también Hebreos 7.25.)

10. Él juzgará al mundo en justicia

“Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17.31). “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo” (2 Corintios 5.10). “Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1.7–8).

11. Él vendrá a llevar a su pueblo para que esté con él para siempre

Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él (...) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Tesalonicenses 4.14–17).

La doctrina del hombre

Dios creó al hombre a su imagen y le dio la capacidad de razonar y de escoger a quien servir. Si escoge servir a Dios entonces las virtudes de Dios se perfeccionan en él. Si escoge servir al diablo entonces llega a ser más perverso y diabólico.

El hombre tiene una doble naturaleza, pues él es carne y espíritu. Por una parte, él es semejante a Dios; y por otra, es como los animales. El hombre tiene una voluntad al igual que Dios. Él también tiene un espíritu que goza de compañerismo espiritual y posee un alma que tiene una existencia eterna. Sin embargo, así como el cuerpo de los animales se enferma y muere también el cuerpo del hombre.

Cuando comparamos al hombre con Dios nos damos cuenta que el hombre es inferior a Dios en todo. Podemos expresar la diferencia de la siguiente manera: *El hombre es finito; Dios es infinito*. Aunque una persona se convierta al Señor siendo muy joven y le siga fielmente durante toda su vida esto no quiere decir que alcanzará la perfección de Dios en esta vida. No importa cuanto haya crecido espiritualmente, todavía puede seguir creciendo.

Cuando comparamos al hombre con los animales entonces vemos que él es superior a ellos en inteligencia, dominio y poder. Su capacidad, sea para el bien o para el mal, sobrepasa la de ellos. Mientras que los animales son gobernados por el instinto, el hombre puede razonar, lo cual le proporciona una esfera muy superior. Cuando un animal muere sólo queda un montón de estructuras óseas que vuelve al polvo. Cuando muere una persona su cuerpo vuelve al polvo mientras que el alma continúa existiendo para siempre. No obstante, cuando el hombre se somete al dominio de la carne entonces él cae en una profundidad de depravación desconocida aun entre los animales.

De modo que, la pregunta práctica con la cual nos enfrentamos a menudo es: ¿Nos arrastraremos como los animales en el polvo o moraremos, como Dios, en lugares celestiales?

CAPÍTULO 7

El hombre

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1.27).

El salmista, meditando sobre la bondad y la misericordia de Dios, consideró la gran diferencia existente entre el Dios infinito y el hombre finito. Entonces exclamó diciendo: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?” (Salmo 8.4).

¿Qué es el hombre?

1. El hombre es una imagen finita del Dios infinito

Después que Dios creó todas las plantas y todos los animales todavía no existía una criatura que llevara su propia imagen. Por tanto, Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (Génesis 1.26). El hombre, al igual que su Creador cuya imagen él lleva, es un ser compuesto. Cuando Dios dijo, “hagamos”, él se refirió a la trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El hombre también es trino, pues tiene “espíritu, alma y cuerpo” (1 Tesalonicenses 5.23). Dios le dio al hombre una mente que lo capacita para dominar la tierra. Todos los atributos morales de Dios (véase el capítulo 1), los cuales Dios posee a la perfección, los dio al hombre hasta cierto punto. El hombre, aunque lleva la imagen de Dios, nunca puede ser igual a él porque Dios es perfecto e infinito en todo, mientras que el hombre es imperfecto y finito.

2. El hombre es distinto a las demás criaturas de la creación

Dios creó el mundo a fin de proveer un hogar para el hombre (Isaías 45.18). Dios le dio poder al hombre para enseñorearse de todos los animales y las plantas, y con el objetivo de que los utilice para sus necesidades físicas. Solamente el hombre posee un espíritu y puede comunicarse con su Creador. Dios va a rescatar solamente al hombre de esta tierra para vivir con él en la eternidad.

3. El hombre caído es la criatura más vil de la tierra

Las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar están cumpliendo el propósito de Dios. Sólo el hombre ha traicionado a su Creador. En lugar de llevar la imagen de Dios, el hombre, por medio del pecado, llega a pensar y a comportarse peor que los animales. El hombre, en su estado caído, rechaza a Dios, blasfema de él, lo aborrece

y se deleita en lo que Dios prohíbe. Debido a su desobediencia, el hombre se convierte en un hijo del diablo. (Lea Jeremías 17.9; Romanos 1.18–2.2.)

4. El hombre es el objeto del amor divino

Cuando pensamos en el estado depravado del hombre caído, y luego en lo que Dios ha hecho y está haciendo para su bien, nos maravillamos con el salmista, diciendo: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?” En esto se manifiestan la gracia, la bondad maravillosa y la infalible sabiduría de Dios. El hombre, aunque es depravado, posee un alma que Dios quiere salvar. Dios proveyó esta salvación al enviar a su Hijo al mundo. El amor del padre al hijo pródigo (Lucas 15) al velar y anhelar el regreso de su hijo rebelde es una pequeña ilustración del amor del Padre celestial hacia sus criaturas caídas. Él entregó a su Hijo unigénito como un sacrificio para lograr la redención y la restauración del hombre. Aquellos que son sensibles a esa gracia maravillosa verdaderamente pueden decir: “Le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4.19). (Lea también Juan 3.16–17; Romanos 5.1–8; 1 Juan 3.)

5. El hombre es el siervo de Dios

En el principio Dios puso al hombre “en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” (Génesis 2.15). Aunque hay muchos hombres infieles que son siervos voluntarios del pecado, y no de Dios, hasta cierto punto todos los hombres son siervos de Dios. Los justos son siervos de Dios de forma voluntaria. En cambio, los injustos se convierten en siervos involuntarios de Dios cuando a él le agrada usarlos para cumplir sus planes. Existen varios ejemplos en la Biblia que demuestran lo anteriormente expuesto: Faraón, a quien Dios levantó para cumplir su promesa a los hijos de Israel; Nabucodonosor, a quien Dios usó para castigar al pueblo rebelde de Israel; Ciro, a quien Dios usó como su siervo para restaurar a Judá a la tierra prometida; y los hombres que tuvieron parte en la crucifixión de Cristo “por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2.23). Todos estos hombres fueron siervos involuntarios de Dios. Ya sea voluntaria e involuntariamente, constante e inconstantemente, todo hombre es siervo de Dios. Sin embargo, el hombre impío que sirve involuntariamente no tiene recompensa. Lea Hechos 1.18–25 en cuanto al fin de Judas. Con relación a los obedientes, lea Romanos 6.16.

El dominio del hombre

Dios le dio al hombre el dominio sobre toda la tierra cuando dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1.28). Este mandamiento obliga al hombre a:

- **“Fructificad y multiplicaos”**: Desde el principio ha sido el plan perfecto de Dios que los humanos se casen y críen hijos. El hombre no tenía que pecar para cumplir este mandamiento. Dios instituyó el matrimonio con el objetivo que los hijos pudieran ser criados bajo la protección y la bendición de un hogar piadoso.
- **“Llenad la tierra, y sojuzgadla”**: Es evidente que en la tierra había algún trabajo que hacer y algún territorio que ocupar. Recuerde que solamente existía una familia y un solo huerto donde habitar. ¡Cuán hermoso habría sido si todo el género humano hubiera permanecido fiel a Dios! Entonces toda la tierra con el tiempo hubiera sido un maravilloso paraíso de Dios; un lugar donde el hombre hubiera vivido en perfecta felicidad y todo hubiera estado sujeto a él. Pero como Satanás engañó al hombre esta sujeción nunca se ha llevado a cabo completamente.
- **“Señoread en los peces (...), en las aves (...), y en todas las bestias”**: Dios entregó a los animales al dominio del hombre. Adán les puso nombre a todos. El dominio trae consigo la responsabilidad de la mayordomía. Dios quiere que el hombre haga uso de la creación para suplir sus necesidades físicas, pero no quiere que él abuse de la misma. La idea que el hombre debe tratar a los animales de igual a igual contradice este mandamiento.
- Por tanto, Dios hizo provisiones para la felicidad y el bienestar del hombre en la creación. “Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1.31). Así fue hasta el día en que el tentador engañó al hombre, y éste pecó. La vida del hombre cambió completamente al no permanecer fiel al plan de Dios para su vida.

Un diseño histórico del hombre

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay (...) de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación” (Hechos 17.24, 26).

Muchos hombres tratan de explicar la historia del hombre en la tierra, partiendo de una célula que se transformó a través de los años hasta llegar a ser el hombre que conocemos hoy. Pero Dios nos ha dado una información más directa y confiable en las sagradas escrituras. El Creador mismo le reveló a Moisés, el dador de la ley, que “en el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Él le reveló a Moisés cuál era la historia del hombre desde el tiempo de la creación de Adán hasta el tiempo en que vivía. Moisés escribió estas cosas en un libro, el cual conocemos hoy como el libro de Génesis. Génesis es el único registro confiable de la historia del hombre.

El hombre, tal y como Dios lo creó

La Biblia describe la creación del hombre de la siguiente forma:

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Génesis 1.26–27).

Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. (...) Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él. (...) Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne (Génesis 2.7, 18, 21–24).

Aquí se emplea un lenguaje sencillo y fácil de entender. De los primeros capítulos de Génesis obtenemos los siguientes datos en cuanto al estado del hombre tal y como Dios lo creó:

- **Él llevó la imagen de Dios** (véase el capítulo 7 de este libro).
- **Él era inteligente**, pues hablaba con Dios y era capaz de darles nombres a todos los animales.
- **Él era puro y santo**, y fue hecho a la imagen de Dios, sin pecado, en comunión con su Creador.
- **Él era digno de confianza**; pues le fue dada la responsabilidad de cuidar el huerto y dominar toda la tierra.
- **Él recibió “el aliento de vida” por el soplo de Dios.** Esto implica que: (1) La vida en él reflejaba la vida de Dios. (2) Él no estaba sujeto a la muerte. La amonestación: “el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2.17), no significaba nada si en ese tiempo la muerte ya reinaba en su cuerpo y alma. De hecho, comprendemos que la muerte descrita aquí se refería tanto a la muerte espiritual como también a la física. (Compare Génesis 3.22–24 con Romanos 5.12–19.) Hasta entonces, el hombre era un alma viviente con la capacidad de vivir eternamente.

Esta es una descripción preciosa del hombre en su perfección cuando éste vivía en el hermoso paraíso terrenal de Dios.

La caída del hombre

Pero Satanás entró al hogar feliz del hombre. Adán y Eva cayeron en desobediencia y el hombre perdió su primer estado. La historia de su vergonzosa caída se relata aquí:

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto (Génesis 3.1-8).

La caída del hombre cambió la naturaleza del género humano. Pero Dios previó este evento e hizo provisiones para redimir al hombre de su estado caído (1 Pedro 1.20). La historia bíblica de la caída del hombre no armoniza con la teoría de la evolución. El hombre ahora es más depravado que nunca en lugar de ser más inteligente y refinado.

La familia de Adán

Después de esto, la historia de la familia de Adán se refiere al hombre caído en lugar de referirse a la historia del hombre en el paraíso de Dios. Adán, como el resto de la humanidad, estaba sujeto a enfermedad, dolor y muerte. Sabemos los nombres de tres de los hijos de Adán: Caín, Abel y Set. Se infiere que Adán tuvo más hijos cuando leemos el versículo donde dice que Adán “engendró hijos e hijas” (Génesis 5.4). La carga del pecado recayó sobre Adán y su familia. Caín, el primogénito, llegó a ser homicida. Abel fue asesinado y Dios dio a Adán otro hijo: Set.

“¿Dónde consiguió Caín su esposa?” El incrédulo se hace esta pregunta. La esposa de Caín era su hermana o su sobrina. El hecho de que Caín era fugitivo y vagabundo, echado fuera de la presencia del resto de la familia, no quiere decir que otros de la familia también eran pecadores que pudieron correr la misma suerte de Caín en su andar pecaminoso.

La edad del género humano

La edad aproximada del hombre la sabemos por dos genealogías que se encuentran en los capítulos 5 y 11 de Génesis. La primera ofrece la

cantidad de años desde la creación de Adán hasta el nacimiento de Noé y la segunda dice cuántos años más tenía Adán que Abram. Desde aquel tiempo hasta nuestros días hay suficiente historia contemporánea entre las diferentes naciones por medio de las cuales podemos calcular el tiempo aproximado desde la creación del hombre. Se calcula que el tiempo desde la creación de Adán hasta el nacimiento de Cristo es de aproximadamente 4.004 años. Existe cierta variación en los cálculos de diferentes personas, pero no la suficiente como para impedir llegar a la conclusión que si Adán viviera hoy él tendría alrededor de 6.000 años.

El diluvio

Al pasar los siglos la maldad del género humano aumentó. Entre los descendientes de Caín encontramos al padre de los edificadores de la primera ciudad (Enoc), al padre de los que criaban ganado (Jabal) y al gran herrero (Tubal-caín). Con el paso del tiempo, las condiciones que prevalecieron trajeron el juicio del Todopoderoso. “Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra” (Génesis 6.6). ¿Qué había pasado? Entre otras cosas, hubo casamientos entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres. Y como les nacieron gigantes a estos matrimonios impíos y “varones de renombre”, al fin Dios vio que “la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”, entonces él dijo: “Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado” (Génesis 6.5, 7).

Pero Noé halló gracia ante los ojos del Señor y por medio de él Dios preservó el género humano. Dios le ordenó a Noé edificar un arca en el cual pudieran entrar los justos entre los hombres y un número limitado de toda especie animal. Allí hallarían refugio mientras la tierra fuera destruida por un gran diluvio.

Noé hizo lo que Dios le ordenó. Pero solamente hubo ocho almas que entraron al arca el día señalado: Noé y su esposa, sus tres hijos y sus esposas. Dios cerró la puerta de la misma. Las fuentes del abismo se reventaron y se abrieron las compuertas del cielo arriba. Llovió intensamente por cuarenta días y cuarenta noches hasta que la faz de la tierra fue cubierta con agua. Toda la gente que estaba fuera del arca pereció. Después del diluvio el arca reposó sobre los montes de Ararat. Entonces fue cuando Noé y su familia salieron. Habían estado dentro del arca durante más de un año.

El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches. En este mismo día entraron Noé, y Sem, Cam y Jafet hijos de Noé, la mujer de Noé, y las tres mujeres de sus hijos, con él en el arca; ellos, y todos los animales silvestres según sus especies, y todos los animales domesticados según

sus especies, y todo reptil que se arrastra sobre la tierra según su especie, y toda ave según su especie, y todo pájaro de toda especie. Vinieron, pues, con Noé al arca, de dos en dos de toda carne en que había espíritu de vida. Y los que vinieron, macho y hembra de toda carne vinieron, como le había mandado Dios; y Jehová le cerró la puerta. Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra; y las aguas crecieron, y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra. Y subieron las aguas y crecieron en gran manera sobre la tierra; y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas. Y las aguas subieron mucho sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos. Quince codos más altos subieron las aguas, después que fueron cubiertos los montes. Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre. Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra murió. Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca (Génesis 7.11–23).

Por el lenguaje claro que se emplea en la Biblia es evidente que el diluvio fue universal y cubrió toda la tierra. La escritura no admite ninguna otra interpretación.

También hay evidencias extra-bíblicas que demuestran que hubo un diluvio universal:

- Las naciones del Oriente tienen un relato tradicional acerca de un diluvio que han sabido transmitir de generación en generación y que finalmente vino a formar parte de su literatura. Algunas de las tribus indígenas en América también tienen una leyenda semejante.
- Existen lugares muy distantes del mar donde se han descubierto muchos fósiles de plantas y animales acuáticos. Esto demuestra que en un tiempo esos lugares estuvieron debajo del agua.

La dispersión del hombre a causa de la confusión de las lenguas

Noé edificó un altar e hizo un sacrificio para adorar a Dios al salir del arca. Pero no pasó mucho tiempo después del diluvio que se dio a conocer que aunque Noé halló gracia ante los ojos de Dios, él, sin embargo, era hijo de Adán. El diluvio no quitó la naturaleza pecaminosa que se transmite de generación en generación (lea Génesis 9.20–27).

Al multiplicarse el hombre, su maldad se manifestó más y más. Una vez más vayamos a las escrituras para facilitar nuestra narración:

Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la

tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad (Génesis 11.1–8).

Nadie sabe el lugar exacto donde se comenzó a construir la torre de Babel. Pero según la tradición judía fue en Babilonia, una ciudad en Sinar.

A partir de ese tiempo la historia del hombre se compone de la historia de muchas naciones. No existen muchos escritos acerca de la historia de las naciones durante los primeros cien años después de la dispersión. Pero se sabe lo suficiente para concluir que la mayor parte de los descendientes de Sem se quedaron en Asia, los descendientes de Jafet llegaron a ser las naciones principales de Europa y los descendientes de Cam llegaron a ser el pueblo predominante de África.

El pacto de Dios con Abraham

Aunque el hombre fue confundido en sus designios y dispersado sobre la faz de toda la tierra él no se arrepintió de sus caminos pecaminosos. Más bien, la maldad del hombre siguió incrementándose. Entonces Dios reveló su plan para el hombre pecaminoso. Él llamó a Abraham, un ciudadano de Ur de los Caldeos, para convertirlo en cabeza de una nación escogida. El criterio de Dios acerca de su siervo Abraham fue: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Génesis 18.19).

En la parte oriental del Mar Mediterráneo había una porción de tierra escogida que estaba habitada por los descendientes de Canaán, los hijos de Cam. Esta tierra, conocida entonces como la tierra de Canaán y ahora como Palestina, Dios se la prometió a Abraham, diciendo: “Y haré de ti una nación grande (...) A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 12.2, 7).

Dios confirmó esta promesa varias veces. La parte más preciosa del pacto fue la promesa de la venida de Cristo, a la cual Dios se refirió cuando le dijo a Abraham: “En tu simiente serán benditas todas las

naciones de la tierra” (Génesis 22.18; Hechos 3.25). Abraham obedeció la voz de Dios, pero durante su vida no vio cumplidas todas las promesas de Dios. Él moraba en tiendas y aunque Dios lo prosperaba materialmente Abraham no dejó de creer en las promesas de Dios por medio de la fe. Abraham creyó fielmente y hoy conocemos a Abraham como “el padre de los fieles”.

Cuando Abraham murió él no tenía muchos descendientes. Pero en los días de su nieto, Jacob, la familia estaba compuesta de setenta personas. Ellos emigraron a Egipto. Estando en Egipto, Dios cambió el nombre de Jacob por el de Israel. Allí Israel se convirtió en una nación muy grande. Primeramente experimentaron la prosperidad bajo la dirección de José, pero después la esclavitud bajo la opresión de un nuevo rey (Éxodo 1–12). Después de muchos años de esclavitud, los hijos de Israel, bajo la dirección de Moisés, fueron librados de Egipto y comenzaron su viaje hacia la tierra prometida (Éxodo 12.41).

La ley

Aquel peregrinar del pueblo de Israel se mantuvo durante 40 años. Mientras Israel viajaba, Dios se le apareció a Moisés en el Monte Sinaí y le entregó la ley. Los israelitas recibieron los diez mandamientos que fueron escritos con el dedo de Dios sobre dos tablas de piedra (Éxodo 31.18). Dios también les dio la ley levítica. Esta ley fue válida como la ley de Dios para su pueblo durante el resto de la época del Antiguo Testamento. Su vigencia duró hasta Cristo, porque él se convirtió en el cumplimiento de la ley.

La cúspide del poder de la nación de Israel fue lograda en los días de David y Salomón. Después el reino fue dividido entre el reino del norte y el reino del sur. Luego cayó el reino del norte y después el reino del sur. El pueblo fue llevado cautivo. Pero la ley todavía estaba en vigencia: el sacerdocio continuó, la adoración nacional de los judíos se mantuvo, algunos prosélitos fueron ganados de otros pueblos... Cuando llegó el tiempo de Cristo la adoración en las sinagogas ya había sido establecida en muchas ciudades en Palestina así como también en otros países.

Durante este tiempo florecieron otras naciones. Caldea, Asiria, Egipto, Persia, Fenicia, Grecia y Roma; cada una prosperó grandemente en su día y cada una cayó al ser conquistada por sus enemigos. Su propio estado pecaminoso fue siempre la causa de su caída. En el tiempo de Cristo, Palestina estaba bajo el dominio de los romanos. Aproximadamente cuarenta años después de la crucifixión del Señor Jesucristo, Jerusalén fue completamente destruida por Tito, el emperador romano. Desde aquel tiempo los judíos fueron extranjeros entre las naciones por más de 1.800 años.

El cristianismo

La fecha “2004 A.D.” quiere decir que hace 2.004 años que el anticipado Mesías apareció en la tierra. El cetro de favor divino pasó de Judá a Cristo, de la ley del judaísmo a la ley del evangelio, que es el cristianismo. De allí en adelante la historia de Dios y su pueblo está contenida en la historia de la iglesia cristiana. Juan el Bautista, precursor de Cristo, fue el siervo de Dios que introdujo la transición del antiguo al nuevo pacto. Luego, apareció Jesucristo el Mesías. Él escogió a sus discípulos, estableció su iglesia, selló el nuevo pacto con su sangre, resucitó del sepulcro, ascendió a la gloria, envió al Espíritu Santo y dio poder a la iglesia para servir a su pueblo. En pocos siglos el cristianismo se convirtió en una influencia poderosa en el mundo. Y Dios ha preservado su influencia hasta el día de hoy.

Aunque en la actualidad muchas de las naciones son ricas y poderosas todavía ellas siguen las pisadas de las naciones antiguas en cuanto a la maldad y el pecado. En nuestros días hay una decadencia moral que ha conducido a la mayoría de las naciones al borde de la ruina, mientras se oye de “guerras y rumores de guerras” por todos lados. Como en los días de Noé, abundan casamientos entre creyentes e incrédulos. Las profecías y las señales descritas en Mateo 24 y en otras escrituras se están cumpliendo.

En medio de todo esto la iglesia tiene un mensaje: el mensaje de la salvación, el evangelio de Jesucristo, el cual debe ser predicado a todas las naciones.

El hombre redimido

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley” (Gálatas 3.13).

El estudio del hombre incluye tres puntos: (1) el estado del hombre cuando Dios lo creó; (2) el estado del hombre en pecado y (3) el estado del hombre redimido. Ya hemos estudiado los dos primeros, ahora vamos a estudiar brevemente el tercero.

Cuando Dios le mostró a Adán los resultados del pecado también le prometió el Redentor. (Lea Génesis 3.15.) En este capítulo sólo le echaremos un vistazo al hombre en su estado redimido. El tema de la redención se considerará más a fondo en el capítulo 25.

El hombre redimido, igual que el hombre en su estado original, goza de comunión con Dios. Pero hay una diferencia entre el hombre redimido y Adán antes de la caída: El hombre redimido se enfrenta con las debilidades de la carne que Adán no tuvo antes de su caída. Él seguirá con debilidades hasta que muera, hasta que Dios llame a sí mismo su alma redimida.

Al comparar al hombre redimido con el incrédulo nos damos cuenta que ambos tienen algo en común: Ambos tienen debilidades humanas y

tienen una naturaleza pecaminosa. La carne domina al hombre natural, mientras que el hombre redimido domina a la carne. Aquél anda “conforme a la carne”; éste “conforme al Espíritu” (Romanos 8.1). Aquél está muerto espiritualmente; éste vive espiritualmente. Aquél es vencido por el mal; éste vence el mal con el bien (Romanos 12.21). Aquél está en el camino ancho de la perdición; éste en el camino angosto de la vida eterna.

El hombre redimido como Dios lo rehace:

1. Es un hijo de Dios

En su estado caído, el hombre era “hijo del diablo” (Hechos 13.10; Juan 8.44). Sin embargo, habiendo resucitado de la muerte a la vida y habiendo salido de las tinieblas a la luz, el hombre redimido ha renacido y pertenece a la familia de Dios.

2. Tiene que luchar contra el pecado, la enfermedad, el dolor y la muerte

Los resultados del pecado todavía se manifiestan por las debilidades de la carne, aunque el alma sea salva. Por tanto, hay una lucha en nuestro cuerpo. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne” (Gálatas 5.17). Además, debemos luchar constantemente. Pablo dice: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9.27). Este cuerpo vil, cuando no está sujeto a la voluntad de Dios, es lo que ha corrompido al mundo. Aun cuando está sujeto a Dios, el hombre redimido tiene que pagar en parte la paga del pecado, sufriendo dolores y finalmente la muerte. El cuerpo es nuestra herencia de Adán y el hombre no se puede librar de él hasta que vuelva al polvo (Romanos 8.1–14; Eclesiastés 12.1–7).

3. Tiene entrada al Padre

Esta entrada no la tiene el pecador. Verdaderamente existe una invitación llena de misericordia: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra” (Isaías 45.22). Pero “el que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (Proverbios 28.9). La condición es: “Oíd, y vivirá vuestra alma” (Isaías 55.3). A cualquier hora del día los hijos de Dios tienen entrada al Padre, quien con tierna misericordia y bondad oye sus oraciones y las contesta conforme a su sabiduría infalible. Ciertamente el hijo de Dios puede decir: “Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1.3).

4. Tiene un abogado celestial

“Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2.1). Él conoce nuestra debilidad e intercede por nosotros al Padre cuando somos tentados (Hebreos 4.15–16). Cuando tenemos a Cristo como nuestro Abogado, no hay nada que temer.

5. Es templo del Espíritu Santo

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros” (1 Corintios 6.19). La Biblia se refiere varias veces a los hijos de Dios, ya sea de manera individual o colectiva, como “el templo de Dios”. Ser la morada del Dios Altísimo es el deseo más sublime del cristiano mientras esté aquí en la tierra. Nuestro deber es mantener nuestro corazón en una condición recta para tener la presencia permanente de este huésped celestial.

6. Es coheredero con Cristo

La Biblia dice que los hijos de Dios son “herederos de Dios” (Romanos 8.17); “herederos de la salvación” (Hebreos 1.14); “herederos de la promesa” (Hebreos 6.17); “heredero de la justicia que viene por la fe” (Hebreos 11.7) y “herederos del reino” (Santiago 2.5). Pablo lo resume todo cuando dice que los hijos de Dios son “coherederos con Cristo” (Romanos 8.17).

7. Tiene esperanza para el futuro

Luego que los dos varones con vestiduras blancas dijeron que Jesús vendría otra vez (Hechos 1.11), los discípulos recordaron que su Señor les había dicho que esperaran en Jerusalén hasta recibir poder. Entonces volvieron a esa ciudad y perseveraron constantemente en oración y adoración hasta que vino el Espíritu Santo. Su fe y su esperanza fueron recompensadas. Asimismo será recompensado cada uno que, velando constantemente y sirviendo fielmente al Señor, espera la promesa de la segunda venida del Señor en su gloria. De manera que esperemos su venida, cuando el anhelo ardiente de la creación será cumplido. “Sin esperanza y sin Dios en el mundo” no se escribió acerca de los hijos de Dios. ¡Todo lo contrario! La esperanza de la venida del Señor y de la gloria y el gozo sin fin debe conmover el alma del creyente. Él tiene gozo en su corazón porque sabe que esta promesa es verdadera: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”.

8. Recibirá su redención eterna y completa

El hijo de Dios espera gozosamente su redención eterna. Pero las debilidades de la carne le recuerdan siempre que mientras esté aquí en la tierra no solamente es heredero de la gloria, sino que también es hijo de tristeza. Pablo expresó el sentimiento de muchos soldados de Cristo cuando dijo: “Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo

gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Corintios 5.4). No se trata de que no estemos satisfechos o que no queramos permanecer en este cuerpo hasta que nuestra misión sea cumplida, sino que la esperanza de una gloria más completa y rica, donde no se conocen debilidades humanas, lágrimas y dolores nos impulsa a exclamar como lo hizo Juan: “Amén; sí, ven, Señor Jesús”. Otra vez Pablo expresa nuestros sentimientos: “También nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8.23). Esta redención se perfeccionará en la resurrección cuando Cristo vuelva por los suyos y cuando, con cuerpos glorificados, nos encontraremos con él en el aire (1 Tesalonicenses 4.16–18).

CAPÍTULO 11

La muerte

“Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9.27).

“Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15.54–55).

Hemos decidido dejar para el final este tema en el estudio del hombre mortal, ya que la muerte es la puerta entre el tiempo y la eternidad.

¿Qué es la muerte?

1. La muerte es una separación

La muerte física o natural es una separación del alma y del cuerpo. (Lea Génesis 25.8; Eclesiastés 12.7.) La muerte espiritual es cuando el alma se aparta de Dios en esta vida (Efesios 2.1, 12; 1 Timoteo 5.6). La muerte segunda es la separación eterna del alma de su Dios. El alma condenada estará en el lago de fuego con el diablo y sus ángeles (Apocalipsis 2.11; 21.8).

2. La muerte es la paga del pecado

Dios plantó el árbol de la ciencia del bien y del mal en medio del Huerto de Edén y amonestó a Adán, diciendo: “el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2.17). Después que Adán hubo pecado

entonces oyó esta sentencia: “Polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3.19). Dios ha establecido que “el alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18.4). Pablo destacó este hecho cuando dijo: “La muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5.12). El pecado separa al hombre de Dios y produce la muerte.

3. La muerte es un enemigo la cual, por la resurrección de Jesús, se ha convertido en una bendición

Aquí hablamos únicamente de la muerte física. Fue un acto misericordioso de Dios sacar al hombre del Huerto de Edén para que no comiera del árbol de la vida y así vivir para siempre en su estado pecaminoso. Aunque la muerte es “el postrer enemigo que será destruido” (1 Corintios 15.26), por la muerte y la resurrección de Cristo sentimos que el aguijón ha sido quitado de nosotros. Por medio de él la muerte es la puerta por la cual pasamos de este mundo pecaminoso a la vida gloriosa del mundo venidero. Al ver la muerte por todos lados recordamos siempre la debilidad del hombre y la importancia de estar listos para este llamado de Dios.

4. La muerte no es el fin de la vida

Después que la hija de Jairo había muerto, Cristo dijo: “No está muerta, sino que duerme” (Lucas 8.52). ¡Sí, ella estaba muerta! Sin embargo, fue sólo un sueño. En este caso, ella durmió sólo hasta que el Señor la tocó. Pero si a ella se le hubiera permitido dormir hasta la resurrección entonces el sueño no hubiera sido diferente de lo que fue en aquel momento. Después de que se le informó a Cristo que debía ir donde estaba Lázaro, él le dijo a los discípulos: “Nuestro amigo Lázaro duerme” (Juan 11.11). Pero luego lo explicó, diciendo: “Lázaro ha muerto”. Cuando la muerte toca al cuerpo, éste duerme hasta el tiempo de la resurrección. Entonces se levantará al llamado del Señor. El hecho de que la muerte es un dormir temporal se ve claramente en el mensaje de Pablo a los tesalonicenses. (Lea 1 Tesalonicenses 4.13–15.)

Lo que la muerte no es

1. No es “el dormir del alma”

La idea de que el alma y el cuerpo van al sepulcro juntos no encuentra su apoyo en las escrituras. Dios dice que en la muerte “el polvo [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12.7). Cuando el mendigo Lázaro murió “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham” (Lucas 16.22). El hombre rico, aunque fue enterrado, abrió sus ojos, “estando en tormentos”. Pablo consoló a los tesalonicenses, diciendo: “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron *en él*” (1 Tesalonicenses 4.14). ¿Cómo podría él traer consigo las almas de los muertos si no estuvieran con él?

2. No es la destrucción completa del alma

La teoría de la destrucción del alma tiene su base en la creencia que el alma no puede existir separada del cuerpo. Algunos dicen: “La muerte significa muerte y nada más”. Por una parte tienen razón, pero cuando plantean que hay únicamente una sola clase de muerte van en contra de las escrituras. “Polvo eres, y al polvo volverás” no se dijo del alma. ¿Qué quería decir Pablo cuando escribió a los efesios: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos” (Efesios 2.1) o cuando escribió a Timoteo: “Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Timoteo 5.6)? ¿Por qué le habría dicho Cristo al malhechor en la cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”, si no hubiera una vida más allá del sepulcro? No, la muerte no es la destrucción del alma. Al hecho de dejar de vivir naturalmente lo llamamos muerte física. En cambio, cuando dejamos de vivir espiritualmente esto es lo que conocemos como la muerte espiritual. Los justos así como también los impíos existirán eternamente después de la muerte física (Mateo 25.46).

El aguijón de la muerte

El justo no teme al aguijón de la muerte porque sabe que sus pecados son perdonados. La muerte física del justo liberta al espíritu para que vuelva a Dios. El cuerpo vuelve al polvo para esperar el llamado de Dios en el día de la resurrección.

Hay que recordar que la muerte física traerá libertad gloriosa únicamente a los salvos en Cristo. A los injustos les espera el castigo eterno, mas los justos se consuelan con la promesa de la vida eterna.

El hijo de Dios, mirando más allá del río de la muerte, se consuela con este pensamiento: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Corintios 5.1). Para el hijo de Dios la muerte significa la libertad del alma. “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? (...) Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15.55–57). Cuando nuestros amados que mueren en el Señor son puestos en el sepulcro, nuestros tristes corazones se consuelan con la esperanza de que nos encontraremos nuevamente en el hogar celestial donde la muerte no entrará jamás.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Las provisiones de Dios para el hombre

Los siguientes capítulos en este libro tratan ocho de las provisiones abundantes de Dios para la seguridad, la felicidad y el bienestar del alma humana.

Después de la caída vergonzosa del hombre en el Huerto de Edén, Dios, por su gracia, restauró al hombre al favor divino, haciendo provisiones para nuestra redención al darnos a su Hijo unigénito.

Dios nos ha revelado la verdad acerca del pasado, del presente y del futuro, los cuales nunca hubiéramos entendido por nosotros mismos.

Dios instituyó el hogar. Es en el hogar donde los hijos, durante el período de sus vidas en que forman sus hábitos, pueden ser amparados, instruidos para servir y enseñados para hacerle frente a los problemas de la vida.

El Señor ha establecido la iglesia donde el pueblo de Dios puede gozarse de la comunión el uno con el otro. Como pueblo de Dios podemos fortalecernos en la fe, servirnos los unos a los otros y unir nuestros esfuerzos a fin de ganar a los perdidos para Dios.

Dios ha establecido el gobierno civil para mantener el orden civil de la sociedad, mientras que los hijos de Dios, como extranjeros y peregrinos, se dirigen hacia una ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios.

Dios ha apartado un día, conocido en nuestros tiempos como “el día del Señor”, en el cual podemos descansar de los trabajos y cuidados terrenales, y entregarnos a la adoración de Dios y al fortalecimiento del hombre interior.

Además de todas estas bendiciones Dios nos provee el ministerio de los ángeles. Ellos son los mensajeros espirituales de Dios a los “herederos de la salvación”. Los ángeles tienen una relación estrecha con el hombre en esta vida y por la eternidad.

“Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmo 107.8).

CAPÍTULO 12

La gracia

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5.8–9).

La historia del género humano, apartado de Dios, puede resumirse en una sola palabra: fracaso. Pero la maravillosa gracia de Dios opera en el alma del hombre arrepentido para que pueda ser reconciliado con Dios por la eternidad. Veamos la historia de los fracasos del hombre junto con el trato misericordioso de Dios con él.

En el Edén

“He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones” (Eclesiastés 7.29).

1. El fracaso original del hombre

El hombre estaba en el paraíso hermoso de Dios y brillaba a la imagen de su Creador. Estaba libre del dominio del pecado y de la muerte. Poseía la tierra y estaba alegre en un mundo sin pecado, gozando de la comunión diaria con Dios.

Pero el hombre pecó. Perdió su inocencia y trató de esconderse de la presencia de Dios. Por desobediencia, el hombre perdió su posición en la familia de Dios y se hizo hijo del diablo.

2. La gracia de Dios

Pero Dios fue misericordioso. Él le comunicó al hombre el significado de su caída vergonzosa juntamente con la promesa bondadosa de un Redentor. Por supuesto, el Edén fue arruinado; pero Dios ya tenía preparado otro paraíso glorioso, “el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25.34). Este paraíso glorioso es la morada eterna del hombre con Cristo. La abundancia de la gracia de Dios se manifiesta al restaurar al hombre caído al favor y a la santidad de Dios.

Dios le concedió al hombre la oportunidad de comenzar de nuevo por medio de su gracia.

La familia de Adán

1. El fracaso del hombre

A Adán y a Eva les nació un hijo. El corazón de aquella madre palpitó con gran gozo mientras ella exclamó: “Por voluntad de Jehová he adquirido varón” (Génesis 4. 1). Pero este varón llegó a ser un asesino. Caín mató a Abel porque su corazón estaba lleno de envidia y enojo debido a que el sacrificio de Abel fue aceptado mientras que el suyo fue rechazado. Aunque Caín fue expulsado de delante de los hombres esta advertencia no les sirvió a ellos por mucho tiempo. Con el transcurso del tiempo la maldad de los hombres aumentó tanto que la justicia de Dios no se hizo esperar. El juicio de Dios cayó sobre el género humano en la forma de un diluvio mundial.

2. La gracia de Dios

Pero Dios fue misericordioso. Viendo que Noé era justo, Dios preservó al género humano por medio de él. También preservó una simiente del ganado, las bestias, las aves y de todo reptil. Todos fueron protegidos en el arca durante el gran diluvio que Dios mandó para raer el pecado de la faz de la tierra (Génesis 7).

Fue por medio de Noé que se le concedió al hombre la oportunidad de empezar de nuevo.

La familia de Noé

1. El fracaso del hombre

Sin embargo, una vez más el hombre demostró cuán vil era. Al poco tiempo después del diluvio los hombres nuevamente llegaron a ser muy pecaminosos. En su orgullo intentaron edificar una torre que llegara hasta el cielo.

2. La gracia de Dios

Pero Dios fue misericordioso. El juicio de Dios cayó sobre ellos mientras edificaban la torre de Babel y la gente fue dispersada por toda la tierra. Aunque esto frustró los esfuerzos de los hombres, no obstante la corriente de maldad se detuvo sólo brevemente. Luego Dios llamó a Abram de entre sus parientes y sus amigos (Génesis 12) para llegar a ser “padre de muchedumbre de gentes” (Génesis 17.4). Abram obtuvo esta promesa: “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12.3). Abraham obedeció.

Fue por medio de Abraham que se le concedió al hombre la oportunidad de empezar de nuevo.

La familia de Abraham

1. El fracaso del hombre

Pero Abraham, aunque era justo y favorecido por Dios, era humano. Al seguir el curso de sus descendientes por Palestina, Egipto, el desierto y otra vez en Palestina vemos que llegaron a ser una nación poderosa. Pero Israel se olvidó de Dios. El pecado arruinó la nación hasta que por fin Dios la entregó en manos de sus enemigos.

2. La gracia de Dios

Pero Dios fue misericordioso. A él no se le había olvidado la promesa que en la simiente de Abraham serían benditas todas las naciones de la tierra. A su tiempo la simiente de Abraham, el Redentor viviente que primeramente había sido prometido a Eva y que después fue descrito por los profetas, vino a este mundo pecaminoso “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19.10). “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.16). (Lea también Romanos 5.15.)

Por medio de Jesucristo, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1.29), se le concedió al hombre la oportunidad de empezar de nuevo.

La familia de Dios, el fruto de la gracia

El hombre apartado de Dios siempre fracasa. La condición tan desafortunada del género humano se explica en el hecho de que muchos no creen en Dios. Aun entre los que dicen que creen en Dios hay muchos que están tratando de alcanzar el cielo por medio de “la torre de Babel” (esfuerzos humanos) en lugar de hacerlo por medio del camino del Señor Jesucristo (la gracia de Dios).

Sin embargo, aunque todo el esfuerzo humano es vanidad, la obra de Dios en los corazones de los hombres es gloriosa. Desde los días de Adán la familia de Dios ha crecido, no pasando ni una generación sin que nuevos miembros fueran añadidos a su familia.

El pueblo de Dios comenzó a “invocar el nombre de Jehová” antes del diluvio (Génesis 4.26). La Biblia dice que “caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5.24). El escritor del libro de Hebreos menciona en el capítulo 11 una lista de hombres fieles que formaron parte de esa “tan grande nube de testigos” (Hebreos 12.1) que se acogieron a la gracia de Dios. Pedro, refiriéndose al pueblo de Dios en la época presente, dice: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2.9). Sí, la familia de Dios está creciendo. Al fin del

tiempo presente se verá que hay una multitud innumerable en el cielo con Dios, pues la Biblia dice:

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7.9–14).

Concluimos citando Tito 2.11–14:

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.”

CAPÍTULO 13

La revelación

“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2.10).

Un agnóstico, estando parado al lado de la sepultura de su hermano, pronunciaba una oración fúnebre. Entonces alguien le hizo la pregunta: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” El hombre respondió: “La esperanza dice: ‘Sí’; la razón dice: ‘Tal vez’”. No podía decir más, pues la mente más inteligente tiene sus limitaciones. Al rechazar la revelación de Dios su conocimiento se limitaba a causa de su mente finita.

Pero cualquier cristiano puede decir con certeza: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19.25–26). “Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles” (1 Corintios 15.52). “Y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4.17).

¿Por qué esta diferencia? La respuesta se halla en una palabra: *“revelación”*. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Corintios 2.14). Por tanto, no puede resolver los misterios del pasado, ni penetrar los dominios más allá de la tumba. En esto, el filósofo incrédulo y el pagano de la selva son iguales. Hay misterios que, sin la ayuda de la revelación de Dios, no pueden ser resueltos por la mente humana. El origen de la materia, el origen de la vida, el origen del hombre, el destino eterno del hombre, y muchas otras cuestiones han desafiado y frustrado las investigaciones del hombre incrédulo por miles de años. Estas cuestiones siempre serán misterios para los que rechazan las escrituras. Los mismos están más allá de nuestra capacidad humana. La única manera de entender tales cosas es por medio de aceptar la información de Aquel que todo lo sabe.

El hijo de Dios aprovecha la oportunidad de aprender lo que el incrédulo rechaza. Él mira el pasado y aprende que “en el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1.1). Mirando al futuro, él se asegura que “no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados” (1 Corintios 15.51–52). “Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2.9–10). El creyente acepta estas revelaciones y así llega a entender

cosas aun más profundas. Pero el incrédulo rechaza la revelación de Dios y de esa manera continúa vagando en oscuridad.

Las revelaciones, verdaderas y falsas

Si una revelación viene de Dios, de nuestro prójimo, de un libro, de la naturaleza o de cualquier otra fuente el revelador tiene que tener el conocimiento verdadero de las cosas reveladas, de lo contrario, tal revelación es falsa. Una revelación no puede ser auténtica a menos que el revelador sepa lo que está revelando.

¿Quién conoce a fondo todo lo que tiene que ver con la eternidad, sino Dios? Dios ha escogido su palabra, la Biblia, como el medio para revelar al hombre esas verdades eternas. Tales expresiones como: “Así dice Jehová”; “Dice Dios”; “Jehová dijo”; “Dios dijo”, se encuentran muchas veces en la Biblia, demostrando que este libro afirma que es la palabra de Dios. Muchos preguntan: “¿Qué parte de la Biblia es digna de confianza como mensajera de las revelaciones de Dios?” Respondemos sin vacilación: “Toda”. Todas las revelaciones que vienen de Dios son verdaderas.

En el tiempo del Antiguo Testamento “Dios, [habló] muchas veces y de muchas maneras (...) a los padres por los profetas”, pero ahora “nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1.1–2). En otras palabras, en las dos épocas Dios ha tenido sus portavoces autorizados por quienes revelaba su palabra y su voluntad a los hombres. Refiriéndose a las escrituras del Antiguo Testamento, Pablo escribió esto: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3.16). Además, con relación a los profetas del Antiguo Testamento, Pedro escribió: “Hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1.21).

Acerca de las escrituras del Nuevo Testamento algunos han promovido la idea necia y dañina que la parte más valiosa son los evangelios mientras que el resto es simplemente los escritos de los apóstoles. No obstante, todo lo que sabemos de Cristo y de su palabra fue revelado por la predicación y los escritos de los apóstoles y sus colaboradores. Ellos escribieron la parte biográfica del Nuevo Testamento (los cuatro evangelios y los hechos de los apóstoles), la parte epistolar (las cartas apostólicas desde Romanos hasta Judas y la parte apocalíptica (el libro de Apocalipsis). El apóstol Juan escribió uno de los evangelios, tres de las epístolas y el libro de Apocalipsis. Respecto a este último libro, Juan declara francamente que es “la revelación de Jesucristo” (Apocalipsis 1.1).

Los apóstoles fueron comisionados a proclamar el evangelio eterno de Cristo en toda su plenitud a un mundo percedero (Mateo 28.18–20; Marcos 16.15; Lucas 24.46–47; Hechos 1.8; 9.15). Este evangelio del Señor Jesucristo era lo que ellos proclamaban oralmente o por escrito dondequiera que iban. (Lea Romanos 1.16; 2.16; 1 Corintios 14.37; 2

Corintios 4.5; Gálatas 1.8–9; 2 Tesalonicenses 2.15; 1 Timoteo 1.11; Apocalipsis 14.6.) De manera que todo el Nuevo Testamento es la palabra de Cristo.

Cómo Dios se revela al hombre

1. Por medio de Jesucristo

Lea Hebreos 1.1–4.

2. Por medio de la palabra escrita

¿Habrà algo que quisiéramos saber acerca de la creación, acerca del destino del hombre u otra cosa fuera del alcance del entendimiento humano? Las respuestas a estas interrogantes las podemos encontrar en la Biblia. En este libro divino el lector puede saber con relación al pasado, al presente y al futuro. Por supuesto, Dios en su sabiduría infinita no nos ha revelado todos sus planes, pero nos ha revelado lo suficiente para que creamos en él (lea Deuteronomio 29.29). La Biblia es la única fuente de información a la cual el lector puede acudir y aprender muchas cosas que habrían permanecido ocultas por las edades, a no ser por las revelaciones en este libro de Dios.

3. Por medio de la naturaleza

El salmista, hablando por inspiración de divina, podía escudriñar los cielos estrellados y decir: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19. 1).

Una generación de científicos basando sus conclusiones sobre sus opiniones y observaciones limitadas decide que algunas partes de la Biblia no son ciertas. Otra generación de científicos que ha hecho más observaciones y estudios descubren que la Biblia no está equivocada, sino sus críticos. Y así continuará hasta que el hombre vea a Dios “cara a cara” (Génesis 32.30; 1 Corintios 13.12). Allí el hombre se dará cuenta que todas las palabras y las obras de Dios concuerdan perfectamente.

4. Por medio del Espíritu Santo

Acerca de los misterios que el hombre natural no puede percibir, Pablo dice: “Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2.10). Cuando el Espíritu de Dios entra en el alma del hombre la Biblia se convierte en un mensaje nuevo. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2.14). El Espíritu Santo le da al hijo de Dios un discernimiento de la Biblia lo cual el hombre incrédulo más inteligente nunca puede

alcanzar. (Lea Juan 14–16 para ver lo que dice Cristo acerca de la obra del Espíritu Santo.)

5. Por medio del ministerio de los ángeles

Fue por medio de los ángeles que Abraham supo acerca de la venida del hijo de la promesa (Génesis 18.1–15). De la misma manera se le comunicó al patriarca acerca de la destrucción inminente de Sodoma (Génesis 18.16–22). Lot fue advertido del juicio de aquella ciudad por medio de los ángeles (Génesis 19.12–13).

Veamos a continuación otros ejemplos de la obra de estos espíritus ministradores. A Balaam se le recordó que había recibido aviso acerca de su desobediencia a Dios (Números 22.26–35). A Zacarías le informaron de la venida de Juan el Bautista (Lucas 1.11–25). A María y José les fue revelado acerca del nacimiento de Jesús (Lucas 1.26–38; Mateo 1.18–21). Los pastores de Belén recibieron las noticias del nacimiento de Jesús (Lucas 2.10–14). A José y a María se les dio instrucciones para que huyeran a Egipto (Mateo 2.13–15). A los discípulos se les aseguró que Jesús volvería de nuevo (Hechos 1.11). Pedro y Cornelio se conocieron el uno al otro, y la puerta del evangelio fue abierta a los gentiles (Hechos 10). Dios reanimó a Pablo y le dio seguridad respecto de sí mismo y de toda su compañía en el naufragio (Hechos 27.23–26).

6. Por visiones y sueños

Fue por medio de una visión que Abraham supo que los hebreos estarían 400 años en Egipto (Génesis 15.12–16). También fue una visión en Betel lo que marcó un punto importante en la vida de Jacob (Génesis 28). En esta visión Jacob vio una escalera que llegaba hasta el cielo y a los ángeles que subían y descendían por ella. Los sueños de José, por los cuales llegó a tener el apodo de “el soñador” (Génesis 37.19), nada más y nada menos fueron las revelaciones de Dios para él. Los sueños de Faraón, del jefe de los coperos y del jefe de los panaderos demuestran que hubo otros, además del pueblo de Dios, a los cuales Dios se manifestó por medio de visiones y sueños. Darío y Nabucodonosor también tuvieron sueños de parte de Dios. Las visiones de los magos, de Pedro, de Cornelio, de Pablo y de Juan son pruebas de que este método de Dios para revelarse al hombre se extendió a los tiempos del Nuevo Testamento. Todavía en la actualidad existen personas que han visto en sueños cosas que pasaron después. Aunque Dios sí se revela por medio de sueños y visiones debemos recordar que no todo lo que soñamos es revelación de Dios.

7. Por medio de la conciencia

Lea Romanos 2.14–16.

No existe conflicto entre las revelaciones divinas

¿Se contradicen entre sí las revelaciones de Dios? Nunca. Si existen supuestas revelaciones que se contradicen queda claro que las mismas no provienen de Dios. La Biblia nos amonesta “probad los espíritus si son de Dios” (1 Juan 4.1). ¿Acaso las revelaciones que recibimos están en armonía con Dios? Cuando nosotros escuchamos supuestas “revelaciones” que se dicen ser de Dios debemos hacer como los de Berea (Hechos 17.11). Escudriñemos las escrituras diligentemente para ver si estas cosas son ciertas. No puede haber ninguna revelación de Dios que no esté en armonía perfecta con la palabra de Dios, la Biblia.

Conclusión

¿Qué fue lo que capacitó a los “niños” para recibir lo que “los sabios y (...) entendidos” (Mateo 11.25) no comprendieron? La fe. ¿Qué es lo que capacita al campesino analfabeto para comprender más de la bondad, el amor y el poder de Dios que algunos de los hombres más educados no entienden? La fe. ¿Qué es lo que capacita al hijo de Dios para escudriñar los misterios del pasado y del futuro, mientras que los hombres mundanos que se han pasado la vida tratando de entender tales misterios han aprendido muy poco? La fe. Es por medio de la fe que la persona recibe los misterios de las edades. Donde no existe la fe, tales misterios no pueden ser revelados.

El hijo de Dios tiene muchos motivos para dar gracias a Dios por las muchas revelaciones maravillosas que él ha recibido. Al mirar hacia atrás podemos ver la puerta del pasado abrirse y por fe escuchamos las palabras: “En el principio (...) Dios”. Si miramos hacia arriba podemos contemplar por fe que se derrama un torrente de luz celestial sobre el tiempo actual. Cuando miramos hacia delante por fe vemos que la puerta al futuro empieza a abrirse ante los ojos del hombre, mientras oímos las palabras: “He aquí, os digo un misterio...” Así el cielo y la tierra se llenan de la luz de Dios.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 14

La Biblia

“Toda la escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3.16–17).

La Biblia es el único libro dado por revelación directa de Dios al hombre. La palabra “Biblia” se deriva del griego *biblos*, que significa “libro”. La Biblia es nuestro libro sagrado porque no hay ningún otro que tenga tal autoridad o autor semejante.

La inspiración de la Biblia

Creemos en *la inspiración verbal* de la Biblia. Es decir, el Espíritu Santo guió a hombres santos a que escribieran cada palabra que aparece en los escritos originales. Aunque se puede notar características personales en el estilo de los escritores, sus voluntades estaban completamente bajo el control del Espíritu Santo. Los escritores no escribieron ni una sola palabra por motivos propios (2 Pedro 1.20–21).

Creemos también en *la inspiración plenaria* de la Biblia. Esto quiere decir que toda la Biblia, desde el principio hasta el fin, fue dada por inspiración verbal.

La Biblia no explica detalladamente cómo los escritores recibieron la inspiración del Espíritu Santo. Pero nos dice que debemos reverenciar las palabras que escribieron. “Si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Apocalipsis 22.19).

En Gálatas 3.16, Pablo nos da a entender en su escrito la importancia de analizar hasta la más mínima letra en las escrituras. Él explica que la promesa de Dios a Abraham (Génesis 13) “no dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3.16). Si Dios hubiera dicho “simientes” se hubiera referido a los hijos de Abraham, pero porque dijo “simiente” sabemos que se refirió a Jesucristo. En este caso podemos observar cómo de una sola letra depende una doctrina cristiana muy importante. Con razón Cristo dio tanto énfasis en la importancia de cada jota y cada tilde de la ley (Mateo 5.18).

Algunos se han preguntado: “¿Por qué la personalidad y el estilo de los escritores se hace tan evidente si la Biblia no es escritura de hombres, sino de Dios?” Vamos a ilustrar nuestra respuesta con un breve ejemplo: Usted pasa frente a una casa que ha sido pintada recientemente de muchos colores. Entonces pregunta: “¿Cuántos pintores trabajaron en esa casa?” “Solo uno”, le contestan. “¿Pero, por qué tantos colores si fue sólo un pintor?” “Pues, no es difícil explicárselo; este pintor mezcló sus pinturas y produjo muchos colores para así pintar la casa a su gusto.” ¿Acaso esto no le da a usted una idea en cuanto a ese Gran Autor del libro divino que escogió muchas personalidades para expresar su mensaje? De esta forma este libro divino es más útil y más adecuado para suplir las necesidades de las personas que lo leen. Puesto que una parte de la Biblia está escrita en

el lenguaje de Moisés, otra en el de Pablo y otras en los de otros escritores muestra que Dios usó al hombre para escribir su mensaje y no solamente a su pluma. Todos estos “santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

La Biblia es auténtica en su materia, autoritaria en sus mandamientos, sin error en sus escritos originales y también la única regla infalible de fe y práctica (2 Samuel 23.2; Salmo 12.6; 139.7–12; 2 Timoteo 3.16–17).

1. Las escrituras del Antiguo Testamento son inspiradas por Dios

Pablo se refiere a las escrituras del Antiguo Testamento cuando dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3.16). Pedro aclara que los escritos son inspirados porque los escritores fueron inspirados por Dios. Él dijo que “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1.20–21). Existen muchas declaraciones que demuestran que las escrituras del Antiguo Testamento fueron inspiradas por Dios. En varias ocasiones en el Antiguo Testamento encontramos expresiones tales como: “Jehová el Señor dice así” y “Así ha dicho Jehová”. De igual forma “vino esta palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: Toma un rollo del libro, y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel” (Jeremías 36.1–2). De la misma manera el Señor vino a Ezequiel diciéndole que hablara a los hijos de Israel, diciendo: “Les hablarás, pues, mis palabras” (Ezequiel 2.7). Existen muchas expresiones semejantes en toda la Biblia.

Los escritores del Nuevo Testamento entendieron que las escrituras del Antiguo Testamento eran el mensaje de Dios hablado por medio de sus siervos. En el momento de escoger a Matías para el apostolado, Pedro citó la escritura, diciendo: “El Espíritu Santo habló antes por boca de David” (Hechos 1.16). El libro de Hebreos comienza con estas palabras: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1.1–2).

2. Las escrituras del Nuevo Testamento son inspiradas por Dios

En lo concerniente a la inspiración de las escrituras del Nuevo Testamento las mismas son tan enfáticas y firmes como las del Antiguo Testamento. Pablo, escribiendo a los corintios, dice: “hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2.13). Más adelante en la misma epístola él dice: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Corintios 14.37). Esta declaración concuerda con lo que el Señor le había dicho a Ananías acerca de Pablo, como se nota en Hechos 9.15. Pablo también les escribe a los

tesalonicenses diciéndoles: “Cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios. (...) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor” (1 Tesalonicenses 2.13; 4.15).

Los apóstoles advirtieron contra las falsificaciones de la palabra de Dios. Ellos aceptaron como genuino los cuatro evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las epístolas de Pablo, Santiago, Pedro, Juan y Judas, y el Apocalipsis. (Lea Gálatas 1.8–9; 2 Pedro 3.15–16; 2 Juan 7–10; Judas 3; Apocalipsis 22.18–19.)

La Biblia llega a nosotros con una declaración imponente e inflexible que no es un libro hecho por hombres, sino un libro cuyo Autor real y único es el Dios vivo y eterno.

3. Dios usó a hombres imperfectos para llevar un mensaje perfecto al mundo

La Biblia habla de las faltas de Moisés, de Pedro, de Pablo, de Juan y de otros escritores de la misma. Pero ninguna de estas imperfecciones, aunque reveladas en la palabra inspirada, alteran en alguna manera el valor o la perfección del mensaje divino.

En ocasiones Dios mandó a los profetas a declarar profecías que ellos mismos no entendieron. Por ejemplo, vea la perplejidad de Daniel cuando el Señor puso la última profecía en su boca (Daniel 12.4–8). Entonces vuelva a 1 Pedro 1.10–11 para que vea un testimonio que muestra que los profetas no entendieron todo lo que profetizaron. Esto demuestra que mientras Dios obraba por medio de hombres *imperfectos*, él trajo por medio de ellos un mensaje *perfecto* al mundo.

Evidencias de la inspiración divina

A continuación presentamos algunas de las evidencias principales que demuestran que la Biblia fue inspirada por Dios mismo.

1. El cumplimiento de la profecía

Entre los datos más sobresalientes que tenemos en el Antiguo Testamento aparecen más de trescientas profecías que se refieren al Mesías. Cada una de estas profecías se cumplió al pie de la letra en la persona de Jesús, el Cristo. Los profetas predijeron que él sería de la tribu de Judá (Génesis 49.10); que había de nacer de una virgen (Isaías 7.14); que nacería en Belén de Judea (Miqueas 5.2); que sería llamado de Egipto (Oseas 11.1; Mateo 2.15); que se enviaría un mensajero delante de él (Isaías 40.3; Malaquías 3.1); que enseñaría por parábolas (Salmo 78.2); que sería paciente a la hora de la prueba y la tribulación (Isaías 53); que sería vendido por treinta piezas de plata (Zacarías 11.12–13) con las cuales se compraría el campo del alfarero. En fin,

todas estas profecías fueron cumplidas, además de muchas otras más que no podrían haber sido predichas por sabiduría humana ni nadie las hubiera podido adivinar. Muchas de estas profecías podrían haber parecido improbables e increíbles en el tiempo en que se profetizaron.

La profecía de Daniel en la visión de las cuatro bestias (Daniel 7), junto con la interpretación de esta visión, nos da una descripción exacta de lo que pasó después en la historia de las naciones, y pueda que algunos elementos de las mismas se refieran a lo que está aconteciendo en el mundo actual.

Los profetas no solamente predijeron las destrucciones de las ciudades y las naciones de aquel entonces, sino que también describieron algunos de los detalles de dichas destrucciones. Y así ha sucedido. Hasta la historia secular de los pueblos ha archivado el cumplimiento de algunas de estas profecías como hechos verídicos.

Por ejemplo, Ezequiel profetizó contra Tiro (Ezequiel 26.4–12), que llegó a ser el orgullo de los mercaderes y la envidia de las naciones en aquella época. Estas profecías se cumplieron en los días de Alejandro, cuando toda la ciudad llegó a ser una gran ruina.

La desolación de Egipto sucedió siglos después de la profecía tal y como está descrita en Ezequiel 29–30. La historia secular confirma de manera detallada las profecías de Ezequiel en cuanto a lo que ocurrió en Egipto. La profecía es historia escrita de antemano. Esto se verifica en el cumplimiento de las profecías acerca de la desolación de Babilonia, Siria, Medo-Persia, Grecia, Roma, Cartago y otras naciones. La desolación y la destrucción completa de Jerusalén, predicha por Cristo, y la dispersión de los judíos entre las naciones de la tierra, predicha por los profetas, se presentan en los escritos de Josefo y se confirman en la historia de los judíos.

Esto comprueba que estas profecías no podían ser el resultado de la sabiduría humana. Sería una locura tan sólo suponer que las mismas fueron nada más que suposiciones y opiniones humanas. Cada una de estas profecías prueba que la Biblia fue escrita por hombres que fueron guiados por una mente infinita, por el Dios del cielo y de la tierra, que ve y conoce todas las cosas antes de que sucedan.

2. La unidad de la Biblia

La Biblia se compone de sesenta y seis libros que fueron escritos aproximadamente durante un período de quince siglos. Fue escrita por alrededor de cuarenta escritores quienes ocupaban diferentes puestos, desde el rey sobre el trono hasta el cautivo en tierra pagana; desde Moisés y Pablo que fueron hombres muy bien educados hasta Pedro y Juan que fueron “hombres sin letras y del vulgo” (Hechos 4.13). La misma fue escrita antes, durante y después que Israel se convirtió en

una nación. Pero a pesar de todo lo expuesto existe una armonía bella e impresionante que prueba la presencia de la mente de un Maestro que inspiró a todos estos escritores. En otras palabras: “Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1.21).

3. Su preservación a través de las edades

Ningún libro jamás ha sido puesto a pruebas tan severas como la Biblia. Aunque los judíos fueron llevados a tierras paganas llevaron consigo las escrituras y las preservaron allá. A través de los años muchos falsos profetas han imitado tan ingeniosamente las escrituras que la gente difícilmente ha podido distinguir entre la palabra inspirada de Dios y la palabra falsa de los falsos profetas. Durante los primeros siglos de la era cristiana se hicieron muchos esfuerzos para acabar con esta “secta” que floreció después de la crucifixión de Jesús. Por toda la historia de los siglos se han hecho esfuerzos para suprimir el mensaje de la Biblia utilizando el fuego, la espada y muchos otros métodos. Sin embargo, la palabra de Dios vive. En toda generación han existido hombres que, llenos del orgullo a causa de sus intelectos y conocimientos, enseñaron a la gente que la Biblia debía creerse en su totalidad solamente por los ignorantes y los supersticiosos. Pero a pesar de todas estas oposiciones este libro antiguo aún permanece. En la actualidad este libro tan maravilloso es más popular que cualquier otro libro que jamás se haya impreso. En realidad, la Biblia es y será la misma siempre.

4. Su integridad

La Biblia es el único libro que nunca ha tenido que cambiar su mensaje a causa de los avances de la ciencia. No es un libro de ciencia; sin embargo, todo lo que dice es científicamente correcto. Esto no se puede decir de cualquier otro libro o tratado jamás escrito. Los naturalistas, astrónomos, geólogos, historiadores y hombres de renombre han enseñando cosas que posteriormente han resultado ser erróneas. Las teorías de los hombres han sido revocadas, o al menos extremadamente cambiadas, en cuanto a los principios de la luz, la naturaleza, la forma de la tierra, el período glacial, la geología, la estructura del cuerpo, las enfermedades, las leyes de la salud y todo campo de la ciencia. La Biblia concuerda completamente con lo que el hombre ha observado de la naturaleza. Es el único libro que es total y eternamente verdadero. Es cierto que muchos han citado de la Biblia para apoyar sus teorías erróneas, pero la Biblia no enseña ninguna falsedad y nunca la ha enseñado. Sin embargo, no es extraño que hayan citado así de la Biblia para apoyar sus teorías falsas, pues el diablo mismo es experto en citar la escritura para darle vida a sus falsedades (Génesis 3.1-6; Mateo 4.1-11).

A continuación citaremos una parte de los escritos de I. M. Haldeman:

En menos de diez años un texto ya es anticuado, una enciclopedia pierde su valor, una biblioteca es un cementerio de libros muertos e ideas sin vidas; mas este libro sigue viviendo. La ciencia se ha reído del mismo, en vano. En el siglo dieciocho Voltaire dijo: “Dentro de cincuenta años el mundo no oirá más de la Biblia”. Los eruditos seculares la han declarado anticuada y muerta. Muchas veces se han efectuado servicios fúnebres para enterrar la Biblia que ellos creen que ha muerto... y, ¡he aquí!, mucho antes que los críticos hayan vuelto a sus casas, la Biblia ha resucitado de la muerte, se ha adelantado al cortejo fúnebre con una rapidez sorprendente, y se halla, como antes, en el mismo centro de la vida de muchas personas y de la sociedad misma. Allí sigue dando voces tronantes contra la maldad, revelando los secretos del corazón, ofreciendo consuelo a los que están de luto y esperanza a los moribundos, y continúa emitiendo de cada una de sus páginas las maravillas del futuro.

—De Cristo, la cristiandad y la Biblia, páginas 151–152.

5. El efecto en sus lectores

El efecto que la Biblia ejerce sobre los que la leen también nos enseña que la misma es inspirada por Dios y que a la vez tiene cualidades sobrenaturales. La Biblia es luz en cualquier parte que es leída porque revela a Cristo, la luz del mundo. Dondequiera que la gente cree en ella y la obedece trae cambios en la pureza, la educación, la cultura, el desarrollo y en todo lo que contribuye a la felicidad moral y espiritual del alma. No es que la lectura de la Biblia en sí cambie automáticamente el corazón, pero sí le enseña al pecador cómo llegar a Cristo quien sí puede cambiar el corazón.

Mientras más la persona se rinde a Cristo por su mensaje en la Biblia, más ordenada y virtuosa será la vida de esa persona. Además, esto hará que en sus prójimos también se observen efectos positivos. Por ejemplo, incluso los incrédulos muchas veces son más cuidadosos a la hora de expresarse cuando hay cristianos presentes.

Se ha demostrado que mientras más las leyes de las naciones sigan los principios bíblicos, más benditas serán esas naciones. Esto demuestra la validez de los principios bíblicos.

Concluimos que la Biblia:

- Es la palabra de Dios, dada por inspiración divina
- Es el único libro dado como revelación directa de Dios al hombre
- Es infalible, digna de confianza absoluta

¿Por qué este honor a la Biblia? No puede haber más que una respuesta: porque es la palabra de Dios. Sobre cada página de este libro maravilloso se puede encontrar la huella divina de su autor.

Cómo recibimos nuestra Biblia

La Biblia se divide en sesenta y seis libros distintos. De ellos treinta y nueve pertenecen al Antiguo Testamento y veintisiete al Nuevo Testamento. Estos libros nos ofrecen una historia íntegra que sería incompleta si faltara uno de ellos. Muchos creen que el libro de Job es el más antiguo de todos los libros de la Biblia. Le sigue, cronológicamente, el Pentateuco (los primeros cinco libros del Antiguo Testamento), escrito por Moisés; después se escribieron los otros libros históricos, poéticos y proféticos. El Antiguo Testamento fue escrito por reyes, jueces y profetas. Los libros que lo componen fueron compilados en los días de Esdras y Nehemías. El interés por estas escrituras fue tan grande que las mismas se tradujeron al griego más de tres siglos antes de Jesucristo. La versión griega más célebre fue la de los setenta (la Septuaginta) que fue traducida alrededor del año 250 A.C. por los eruditos de Alejandría.

Los discípulos de Jesús escribieron acerca de la vida y las enseñanzas de él en cuatro libros que conocemos como “los evangelios”. Las actividades de los apóstoles después de la crucifixión de Jesús se compilaron en un libro que llamamos los “Hechos de los apóstoles”. Estos libros junto a las “epístolas” y el último libro al que llamamos “Apocalipsis” son los que componen el Nuevo Testamento. La mayoría de estos libros se reconocieron como escritos sagrados en los primeros 200 años de la historia de la iglesia cristiana.

La Biblia completa ha sido traducida en muchos idiomas. Así la palabra de Dios ha alcanzado a los pueblos de muchos países. Existen evidencias que demuestran que algunas partes de la Biblia fueron traducidas al español a fines del siglo doce y principios del trece. En el año 1569, Casiodoro de Reina, un español que tuvo que huir de España a causa de su fe, publicó la primera versión completa en español. Casiodoro la tradujo de las lenguas originales y la publicó en Basilea, Suiza. Su versión fue conocida como la *Biblia del Oso* porque en su portada aparece un oso que se ve comiendo miel de una colmena, representando así el deleite con que el creyente recibe la palabra. Se dice que la gran mayoría de los ejemplares de la primera impresión de 2.600 fueron quemados por orden de la Inquisición. Un amigo español de Casiodoro, Cipriano de Valera, revisó la *Biblia del Oso* y publicó su versión en 1602. Él también tuvo que huir de España a causa de la persecución y pasó la mayor parte de su vida en Inglaterra. La obra de los señores Reina y Valera, la versión Reina-Valera, en sus varias revisiones a través de los siglos ha sido la favorita de los evangélicos de habla español.

En ocasiones surge la pregunta: “¿Cómo podemos saber que nuestra Biblia es igual a la primera que usaron los cristianos en aquel tiempo?” Aunque los manuscritos originales ya no existen, hay suficiente evidencia en los escritos de los escritores antes del concilio de Nicea para calmar cualquier duda respecto a la autenticidad de la Biblia. En esta lista de los escritores de la iglesia primitiva están Clemente y Policarpo, quienes vivieron en el tiempo de los apóstoles y conocieron personalmente a algunos de ellos. Existen miles de reproducciones de varias partes de las escrituras que fueron escritas a mano y que datan desde el siglo cuarto hasta el decimoquinto. Después de este tiempo han existido varias reproducciones impresas hasta la actualidad. No hay duda de que tenemos el mismo evangelio que se predicaba en los días de los apóstoles y el mismo mensaje que fue compilado en el primer canon del Nuevo Testamento.

Los escritos apócrifos

Junto con los sesenta y seis libros que finalmente se incorporaron en el canon sagrado también aparecen otros escritos los cuales muchas personas han considerado dignos de tener un lugar entre los libros canónicos. La mayoría de estas obras fueron escritas en el periodo entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Los mismos forman un vínculo histórico y presentan muchos datos de interés al que estudia la Biblia. Sin embargo, los mismos carecen de evidencias que demuestran que fueron inspirados por Dios.

La ley y el evangelio

En la Biblia se nos presenta la ley levítica en la historia antigua de la nación de Israel. Era la voluntad de Dios que la nación tuviera una ley escrita que gobernara a sus ciudadanos. Dios les dio la ley levítica en el Monte Sinaí (Éxodo 19.) Esta ley estuvo vigente hasta el tiempo de Cristo (Mateo 5.17–20; Juan 1.17; Colosenses 2.6–17).

La ley suprema para el pueblo de Dios en el antiguo pacto fue la ley levítica, y en el nuevo pacto es el evangelio de Cristo. Existe una armonía y una unidad perfecta entre estas dos leyes. Ambas dependen la una de la otra. Todos los sacrificios y las ceremonias bajo la ley eran solamente sombras de Cristo y no habrían servido para nada si no hubieran sido cumplidos en Cristo. Él, “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10.14). Por otra parte, “la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo” (Gálatas 3.24). La ley de Moisés mostró a los israelitas cuan pecaminosos eran y la eficacia de la sangre para borrar los pecados. Les preparó para recibir a Cristo. Cuando él vino, la ley había cumplido su obra. Sus sacrificios ya no tuvieron valor y la palabra de Cristo tomó el lugar que ocupaban aquellas normas. El Nuevo Testamento es la ley que ahora está vigente y que rige en nuestras vidas. Esa ley es la regla por la cual la iglesia bíblica es gobernada.

¿Acaso Dios cambia? No. “Yo Jehová no cambio” (Malaquías 3.6).
¿Cambia su ley? Sí y no. Los principios de la verdad eterna fueron expresados tanto por la ley así como por el evangelio; los dos forman parte de la misma palabra de Dios. Pero Dios, en su sabiduría infinita, aplica sus principios eternos a las condiciones de cada época.

¿Acaso el padre cambia de opinión en el diálogo que presentamos a continuación?

Un hijo se acerca a su padre un día y le dice:

—Papá, ¿puedo ir a la ciudad?

—No —le responde el padre del muchacho.

Al día siguiente viene el hijo nuevamente y le pregunta a su padre:

—Papá, ¿puedo ir a la ciudad?

—Sí —dice el padre.

¿Acaso el padre ha cambiado de opinión? No, pero las condiciones han cambiado y por eso el padre lo dejó ir, aunque ayer no se lo permitió.

De igual manera Dios ha dado leyes en el nuevo pacto que no están conforme a las del antiguo pacto. No porque él ni su verdad hayan cambiado, sino porque las condiciones han cambiado. Dios aplica la verdad eterna a las condiciones existentes de cada época. En cuanto a este punto Jorge R. Brunk dice lo siguiente:

1. Dios ha dado dos pactos distintos, el Antiguo y el Nuevo Testamento (Hebreos 8.6–10).
2. En vista de que algunas condiciones han cambiado, Dios en su misericordia prohíbe en el Nuevo Testamento algunas cosas que ordenó en el Antiguo Testamento (Mateo 5.38–39; Éxodo 21.23–25; Jeremías 31.31–32; Hebreos 7.12).
3. El Antiguo Testamento era la norma de vida de Israel hasta la muerte de Cristo en la cruz del Calvario (Gálatas 3.23–25; Efesios 2.14–15; Colosenses 2.14). Cuando Jesús murió, la ley terminó su objetivo de revelar a Cristo y preparar a un pueblo para recibirle.
4. El Antiguo Testamento fue quitado para que el Nuevo Testamento fuera establecido como la única norma vigente para el cristiano (Hebreos 10.9–10; Gálatas 1.8–9).

5. El Nuevo Testamento es ahora la norma para la conducta del cristiano hasta la segunda venida de Cristo (2 Corintios 3.6; 2 Tesalonicenses 1.7–8).

6. El cristiano debe tener al Antiguo Testamento como una mina rica en instrucción y como algo muy esencial para la comprensión adecuada del Nuevo Testamento (1 Corintios 10.6, 11; Gálatas 3.24–25).

7. Aquellos que persisten en promulgar la doctrina del Antiguo Testamento, en lugar de las enseñanzas del Nuevo Testamento, trastornan las almas de los oyentes (Hechos 15.24; Tito 1.9–11).

—*Doctrina bíblica, página 553*

1. Dos representantes

Dios autorizó un representante para cada uno de los dos pactos: Moisés para el antiguo pacto y Jesucristo para el Nuevo Pacto. Respecto a Jesús de Nazaret, Moisés dijo: “Profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis” (Hechos 7.37). El escritor a los Hebreos dice: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1.1–2). El Padre, hablando desde el cielo, deja bien claro que Cristo es el portavoz autorizado para esta época cuando dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17.5). Hebreos 12.25 dice: “Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos.”

Este último versículo aclara que en el tiempo del Antiguo Pacto el pueblo de Dios consideró la ley de Moisés como su regla de vida, mientras que en nuestros tiempos miramos al evangelio como nuestra ley suprema.

2. Dos pactos

El escritor a los Hebreos, comparando los dos pactos, dice: “Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto” (Hebreos 8.6–8).

En esta escritura se encuentran dos expresiones muy notables: “mejor ministerio” y “mejor pacto”. La primera se refiere a Cristo y a su obra comparada con Moisés y la obra del sacerdocio levítico. Y no es difícil

darse cuenta que es mejor el ministerio de Cristo que el de Moisés. Pero, ¿qué hemos de decir respecto al “mejor pacto”? ¿Acaso el antiguo pacto era imperfecto?

De ninguna manera. “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7.12). No existe absolutamente ninguna falta ni ninguna imperfección en la ley de Dios. La ley de Moisés, como el evangelio de Cristo, es la ley de Dios. Se concibió en la mente de Dios y por eso es absolutamente perfecta. Pero “era débil por la carne” (Romanos 8.3); o en otras palabras, nadie pudo obedecerla perfectamente. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado” (Romanos 3.20). Por esa razón los judíos tuvieron que seguir haciendo sacrificios diarios. De este modo la ley cumplía su propósito; mostró a la gente que necesitaban algo que la ley no ofrecía. Necesitaban a Cristo.

Además, como los sacrificios bajo la ley no eran más que “la sombra de los bienes venideros”, la ley “nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan” (Hebreos 10.1). En otras palabras, la ley era perfecta, pero los sacrificios ofrecidos bajo ella eran válidos solamente con relación a su cumplimiento en Cristo. Por esta razón, el pacto de la gracia es mejor que el pacto de la ley y por eso se dice que el primer pacto tenía defecto (Hebreos 8.7).

3. La ley y la gracia

Pablo escribió a los gálatas diciéndoles: “La ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo” (Gálatas 3.24). La ley era correcta en su lugar, en su tiempo, para su propósito; la ley era pura, justa, santa y perfecta. Pero la ley sirvió para su propósito y se cumplió en Cristo al ser clavada en la cruz (Colosenses 2.14). De manera que hoy ya no estamos bajo la ley, sino bajo el evangelio de Cristo. Ahora miramos a Cristo como nuestro Salvador y Redentor, nuestro Legislador y Autoridad Suprema. Ya no buscamos en la ley de Moisés para discernir la voluntad del Señor respecto a nosotros, sino buscamos en el evangelio de Jesucristo.

Juan nos reveló algo importante cuando dijo: “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1.17). El primero es símbolo de la justicia y el poder de Dios, el otro es símbolo de su misericordia y de su gracia. Bajo el primer pacto el sello era por medio de la sangre de animales; bajo el segundo, por medio de la sangre de Jesucristo, “inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13.8).

Una de las distinciones más notables entre la ley y el evangelio es la manera de tratar con los transgresores. El período de tiempo en que regía la ley era una época de justicia. La justicia exigió la muerte de la generación rebelde que no quiso entrar en Canaán, el apedreamiento de

Acán, la muerte de Uza (2 Samuel 6.6–7) y el cautiverio de Israel y Judá por su infidelidad. Pero en Cristo Dios mostró su misericordia. Él vino para salvar, no para condenar. En nuestra época se ve la misericordia de Dios en medio de la gran iniquidad que hay en el mundo. Además, conocemos personalmente su misericordia por medio del perdón que nos ofrece por nuestras faltas y pecados.

Pero no piense el hombre que Dios tratará con menos severidad a los de su pueblo de esta época que de la forma que trató a los hombres del tiempo pasado. Los tratos de Dios con su pueblo en aquel tiempo fueron diseñados como un ejemplo para nosotros (1 Corintios 10.6, 11) a fin de que la gracia de Dios no nos fuera dada en vano. Hoy a nosotros se nos amonesta enfáticamente que los que rechazan la gracia de Dios sufrirán su ira en la eternidad (2 Tesalonicenses 1.7–9; Hebreos 12.25).

El tema central del Antiguo Testamento es la ley y se compone de treinta y nueve libros. El tema central del Nuevo Testamento es el evangelio y se compone de veintisiete libros. La suma de estos libros completa el mensaje perfecto de Dios al hombre. Esto es lo que llamamos el canon sagrado de las sagradas escrituras: la Biblia.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 15

El hogar

“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24.15).

En el principio, Dios unió las primeras dos personas para así formar el primer hogar. La autoridad suprema en cuanto al hogar es nuestro Señor Jesucristo, quien respondió así a una pregunta que le hicieron los fariseos:

“¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19.4–6).

Esta respuesta de Jesús muestra que la vida hogareña existía desde la creación del hombre. El hogar fue concebido en la mente infinita de Dios. Es una provisión bendita de Dios para nosotros.

El porqué del hogar

1. Para que la pareja pueda suplir las necesidades el uno al otro

“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2.24). ¿Por qué tendrá que dejar el hombre a su padre y a su madre? Para que pueda gozarse del compañerismo y la ayuda de su esposa. Dios hizo al hombre y a la mujer de una forma que el uno suple lo que al otro le hace falta. Eva fue una ayuda idónea para Adán. En el hogar los cónyuges se esfuerzan juntos en una vida en la cual sus problemas, sus metas y sus luchas son las mismas para los dos.

2. Para promover la pureza

No hay cosa que promueva más la pureza entre el género humano que un hogar contento y feliz. “Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13.4). En toda sociedad la norma moral se determina por la manera en que se observan las leyes del matrimonio y del hogar. Donde se observan fielmente las leyes de Dios para el matrimonio no solamente hay pureza en la vida y el carácter de los padres, sino también fomenta la pureza en la vida de los hijos.

3. Para que los mejores amigos de los hijos, los padres, los cuiden

En todo hogar establecido según los principios bíblicos los mejores amigos de los hijos son sus padres. No por casualidad Dios puso a los hijos al cuidado de sus mejores amigos, sus padres, en esa etapa de vida cuando las asociaciones y la disciplina hacen sus impresiones más permanentes. Los padres sabios aprovechan las oportunidades de su deber y emplean su influencia para enseñarles a sus hijos antes que el mundo los pueda impresionar.

4. Para proveer un refugio seguro de las tempestades de la vida

Una casa provee protección; los hijos están felices y contentos dentro del mismo aunque ruja una tempestad afuera. Esta protección es típica de la protección espiritual que el hogar cristiano provee. Mientras que los hijos descuidados vagan libremente por las calles y recogen toda clase de suciedad moral y pecaminosa, los hijos en los hogares cristianos están más protegidos de las influencias dañinas del mundo. Lamentablemente, tantos hijos son manchados del pecado antes que sepan lo que significa pecar. Un hijo afortunado es aquel que disfruta de la protección de un hogar donde el nombre de Jesús es venerado, donde las buenas virtudes son de gran estima y donde el período en que se forman los hábitos se pasa en un ambiente de pureza, piedad y santidad.

¿Qué lugar puede igualar al hogar en tiempos de enfermedad, calamidad o angustia? ¿Quién, además de los amados del hogar, puede

darnos la ayuda y el consuelo tan comprensivo en tiempos de perplejidad y confusión o cuando los problemas de la vida nos abrumen en extremo?

5. Para preparar a los niños a fin de enfrentarse con la vida

El hogar cristiano es una escuela donde los hijos son criados para Dios y se preparan con el objetivo de hacerle frente a los problemas de la vida. Es aquí donde los hijos aprenden a trabajar, cantar, orar, estudiar, practicar la abnegación, ayudar a los menesterosos, y donde ocurren los mayores cambios en el desarrollo de sus cuerpos, mentes y almas. Mientras criamos a nuestros hijos no dejemos de enseñar a la generación venidera cómo hacer frente a los problemas serios de la vida. El hogar cristiano que prepara a los hijos para enfrentarse con la vida es un apoyo sólido de la iglesia y de la sociedad.

Los deberes en el hogar

En el hogar hay deberes que cumplir, problemas que resolver, dificultades que enfrentar, y debemos relacionarnos unos con otros en la manera que a Dios le agrada. La Biblia nos enseña acerca de los deberes de cada miembro del hogar.

1. Los deberes de los hombres

Pablo nos enseña dos deberes muy importantes:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5.25).

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6.4).

La primera amonestación significa que el hombre que se ha comprometido a una mujer le debe a ella su propia vida, su cariño, su mente, sus manos y sus fuerzas. Todo lo de él está a la disposición de ella. En la segunda amonestación el Señor nos quiere decir que la mayor responsabilidad en el proceso de la crianza de los hijos recae sobre el padre. Como la cabeza del hogar, el padre tiene el deber de poner metas y normas para el mismo, dirigir los cultos familiares, enseñar a los hijos, disciplinar e instruir a los que no se comportan correctamente y administrar todo lo que se necesita para el bienestar del hogar. Por supuesto, él debe hacer todo esto con espíritu de servicio en vez de señorío.

2. Los deberes de las mujeres

Volvamos de nuevo a las escrituras:

“Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2.18).

“Por este niño oraba” (1 Samuel 1.27).

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor” (Efesios 5.22).

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa” (1 Pedro 3.1–2).

Cada uno de estos textos bíblicos señala un deber muy importante para la mujer o para la madre en el hogar. En primer lugar, ella debe someterse al liderazgo de su esposo. En segundo lugar, la responsabilidad de ser madre es algo que requiere oración y devoción para asegurar los mejores resultados. Cuando las mujeres se conducen conforme a estos dos deberes principales, ellas se convierten en una bendición para sus propios maridos y para sus familias.

Muchas veces se nos hace esta pregunta: “Si el marido o la mujer no cumple con los deberes en el hogar, ¿qué debe hacer su pareja?” En tales casos el otro debe hacer lo mejor que pueda y tratar de cumplir fielmente con el papel que Dios le ha ordenado. Normalmente las faltas del uno se agravan o se multiplican a causa de los defectos del otro. Corregir sus propios defectos es la ayuda más eficaz que puede conceder a su pareja. Influidmos en las personas que se asocian con nosotros y en este caso la primera persona en beneficiarse de nuestras cualidades cristianas deberá ser nuestro cónyuge.

3. Los deberes de los hijos

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Efesios 6.1–3).

Notemos ahora las tres razones que expresa Pablo por las cuales los hijos deben obedecer a los padres: (1) Es justo. (2) Es para su propio bien. (3) Conduce a una larga vida. Cada una de estas razones se hace tan evidente por sí misma que no se necesita mucho argumento para apoyarla. Una de las peores cosas que puede sucederle a un niño es que sus padres le permitan crecer con una conducta desobediente y rebelde en el hogar. Tal niño no es solamente un enemigo de sí mismo, sino que también es un problema en el hogar, en la sociedad, en la escuela y en la iglesia.

Las características del hogar cristiano

En algunos hogares los miembros vuelven a casa para comer y dormir mientras buscan el placer en otra parte. Tales hogares en realidad no son hogares, sino más bien hoteles de tránsito. Pero existen hogares en los que el padre, la madre, los hijos y las visitas frecuentes se divierten porque para ellos no hay mejor lugar en el mundo que sus propios hogares. ¿Por qué la diferencia? La diferencia es debido a las características cristianas que reinan en el hogar. Notemos algunas características que edifican al hogar cristiano.

1. El amor

Esto es lo que Pablo llama “el vínculo perfecto” (Colosenses 3.14). El amor es la virtud que hace que los miembros del hogar sean amables, abnegados y dispuestos a contribuir para con los intereses de los demás. El amor es lo que une al esposo y la esposa no solamente como “una sola carne”, sino también como un corazón y un alma. El amor es lo que hace que los hijos obedezcan a sus padres. Es difícil que Satanás gane ventaja alguna en un hogar donde predomina el amor en cada uno de sus miembros y donde todos aman al Padre de amor.

2. La adoración

El hogar cristiano, así como la iglesia, debe ser una “casa de oración”. El padre de familia es “la cabeza del hogar”, pero si los miembros del hogar no reconocen a Jesucristo como la Cabeza Suprema sobre toda cabeza terrenal entonces el liderazgo del padre será un fracaso. Hemos visto hogares algo tranquilos y felices donde los padres no practican la fe cristiana, pero notamos que a esos hogares les ha faltado la santidad y el sentido de propósito divino que adornan el hogar cristiano. El hogar es bello cuando se aparta un tiempo diario para desarrollar el culto familiar, cuando se lee la Biblia, se cantan cantos espirituales y cuando Cristo Jesús es la persona prominente en la conversación diaria. Tal hogar tendrá un ambiente muy saludable para la disciplina de los hijos y será una bendición a todos los que visitan el mismo.

3. La lealtad

¿Lealtad a qué? Lealtad de un cónyuge al otro, lealtad a los padres, lealtad con relación a los intereses de los hijos, lealtad a Dios y a la iglesia, lealtad al gobierno y lealtad a todas las otras causas que merecen apoyo. En tal hogar los hijos aprenden a respetar la autoridad y llegan a ser ciudadanos que respetan la ley dondequiera que se encuentren.

4. La literatura sana

Los libros y los periódicos tienen una gran influencia en nuestras vidas. Por eso es tan importante tener una literatura sana en el hogar. Puesto que la lectura alimenta la mente del hombre se nos hace necesario

suplir nuestros hogares con la literatura que nos mantenga llenos del amor de Dios, de la sabiduría y la ciencia verdadera. Bendito el hogar donde hay literatura sana e interesante que edifica a los jóvenes y conduce la mente hacia el cielo y no hacia el mundo.

5. Los compañeros deseables

Los compañeros del hogar incluyen, además de los miembros de la familia, a los empleados y a los amigos que nos visitan. Cada hogar debe tener estas dos cualidades: (1) una hospitalidad cristiana genuina que hace que los visitantes se sientan bien acogidos; (2) un espíritu de piedad genuino que influya en el ambiente del hogar. En otras palabras, esforcémonos para que las personas que visitan nuestros hogares disfruten de un ambiente cordial, agradable y amistoso. Esforcémonos para que reine un ambiente familiar que desmorone toda clase de frivolidad y carnalidad. En muchos hogares, quizá con las mejores intenciones, se comete el error de proveer aparatos musicales, deportes y otras clases de atracciones dudosas. Estas cosas atraen al tipo de personas que no contribuyen a la virtud y a la edificación espiritual del hogar. Los padres deben animar a sus hijos que se asocien con las personas que los ayudarán a fortalecer su carácter y que los inspirarán en los caminos del Señor.

Las bendiciones del hogar cristiano

El hogar cristiano es un lugar sagrado donde los vínculos del amor y la simpatía crecen más fuertes al pasar los años. Será un lugar especial donde se moldea el carácter de los hijos durante el período en que se forman los hábitos. Tal hogar brindará una influencia positiva a cada visitante que entra y sale de su hogar para la gloria a Dios. Es precisamente en este tipo de hogar donde se da el cuidado más tierno a los enfermos y a los afligidos, donde todos se ayudan mutuamente para hacer frente a las pruebas y los problemas de la vida y donde en la vejez se halla el cuidado que solamente un hogar cristiano puede suplir.

Medite en estas cosas, esfuércese para alcanzar estos ideales y tendrá razones suficientes para alabar al Señor por lo que él ha provisto por medio del hogar cristiano.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 16

La iglesia

“Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16.18).

Una de las provisiones más beneficiosas que Dios hizo para su pueblo es la iglesia. La misma nos sirve como un hogar espiritual mientras estemos en la tierra.

Dios, desde tiempos antiguos, ha apartado a su pueblo de los injustos, o sea, del mundo. La palabra griega para iglesia, “*ekklesia*”, significa un pueblo que ha sido llamado aparte. Dios ha llamado a su pueblo de la oscuridad y se le ha dado un lugar en el reino de su Hijo amado. Pedro llama a este pueblo: “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2.9).

En el tiempo de Noé los escogidos se hallaron en el arca, aparte de los impíos. Después del diluvio el hombre volvió a caer nuevamente en las profundidades de la iniquidad. Otra vez, Dios apartó a los fieles cuando llamó a Abraham de su hogar y sus parientes para convertirlo en el padre de los fieles. Luego apartó a su pueblo de Egipto y quiso apartarlo de las influencias paganas de Canaán. Cuando el Mesías vino por primera vez y escogió a sus discípulos les aseguró que las puertas del Hades no prevalecerían contra su iglesia (Mateo 16.18). Aunque los discípulos de Cristo están esparcidos sobre la faz de la tierra, el poder del Espíritu Santo los mantiene apartados de la multitud que anda rumbo al infierno.

Nuestro propósito en este capítulo es presentar la iglesia como algo que Dios ha provisto tan generosamente para nuestro bienestar. Hablamos más en detalle sobre el tema de la iglesia en otro capítulo.

El propósito de la iglesia

1. Proveer un refugio para el pueblo de Dios

Cristo se refiere a sí mismo como “el buen pastor” (Juan 10.11). Él manda a los pastores bajo su mando, diciendo: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella” (1 Pedro 5.2). Cristo también se refiere a sí mismo como “la puerta” (Juan 10.9). El Señor nos advierte que vendrán ladrones, salteadores y lobos. Éstos están dispuestos a forzar la entrada del redil en cualquier momento para destruir a los miembros de la grey. De la forma que un rebaño de ovejas encuentra protección en el redil bajo el cuidado fiel del pastor, así también los creyentes encuentran protección en la iglesia de Cristo bajo el cuidado del “Pastor y Obispo de vuestras almas” (1 Pedro 2.25). En su cuidado de la iglesia Cristo usa a los pastores humanos para advertir al rebaño de los peligros que le amenazan.

2. Proveer alimento espiritual para el pueblo de Dios

David reconoció las abundantes provisiones de Dios cuando dijo: “Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre” (Salmo 23.1-3). Casi de la misma manera que se alimentaron los hijos de Israel en el desierto, así se derrama hoy día este maná celestial sobre el pueblo de Dios por la predicación de la palabra. “Apacentad la grey de Dios” (1 Pedro 5.2) es un mandamiento para los pastores de toda época. El alimento espiritual que usted recibe al escuchar la predicación de la palabra es esencial para la vida y el crecimiento espiritual. Si no recibimos alimento espiritual morimos espiritualmente, así como una persona muere físicamente cuando se le priva del alimento natural por mucho tiempo.

El cristiano se sintoniza con Dios y escucha un tono celestial en cada sermón evangélico verdadero. La música celestial se difunde en los salmos, himnos y cánticos espirituales (Efesios 5.19) que se cantan en la asamblea del pueblo de Dios. La gloria del cielo se acerca a nosotros cuando nos sentamos en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Efesios 2.6) y cuando adoramos a Dios en espíritu y en verdad (Juan 4.24). La iglesia es la provisión sabia de Dios para el alimento espiritual balanceado y continuo de su pueblo.

3. Proveer para la comunión cristiana

“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros” (1 Juan 1.7). Y esta comunión es más preciosa cuando “nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1.3). Cuando Dios dijo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Génesis 2.18), él habló una verdad fundamental que tiene que ver con toda fase de la vida humana. El hombre es un ser social; necesita tener comunión con sus semejantes. Nosotros encontramos esa comunión en el hogar, entre nuestros amigos y en la iglesia junto a nuestros hermanos de la fe. Y en los tiempos venideros Dios proveerá la comunión eterna a su diestra. ¿Acaso deberá extrañarnos la exhortación de Dios que no dejemos “de congregarnos, como algunos tienen por costumbre”? (Hebreos 10.25). Las personas que rechazan la comunión con los de la fe tarde o temprano pierden la comunión con Dios. La iglesia es el plan de Dios para proveer la comunión espiritual con otros hermanos; comunión que su pueblo necesita mientras viva en la carne.

4. Proveer oportunidades para el crecimiento espiritual de sus miembros

Crecemos espiritualmente cuando la iglesia nos llama a la oración colectiva, al estudio de la Biblia, a guardar el día del Señor, a asistir a los cultos cristianos, a ofrendar con alegría según el Señor nos haya prosperado y a otras cosas “que pertenecen a la vida y a la piedad” (2

Pedro 1.3). Cuando usted se aprovecha de estas oportunidades se convertirá en una gran ayuda haciendo que su iglesia sea una verdadera bendición para usted mismo y para otros.

5. Proveer un medio para guardar los mandamientos del Señor

La hermandad de creyentes nos ayuda a guardar los mandamientos del Señor. Existen las personas que dicen que pueden guardar los mandamientos del Señor sin ser parte de una iglesia. Pero queda claro que jamás ha existido alguien que lo haya hecho. Es verdad, algunos que no son miembros de alguna iglesia han guardado *algunos* de los mandamientos de la Biblia; pero no *todos*. Algunos de estos mandamientos como el ósculo santo y la obediencia a los pastores no pueden cumplirse por uno mismo. Jesús, refiriéndose a su iglesia, dijo: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18.20). En este planteamiento de Jesús queda claro que un individuo no puede formar una iglesia por sí solo. Dios quiere ayudarnos por medio de los hermanos a obedecer todos sus mandamientos.

6. Proveer una oportunidad al pueblo de Dios para unir sus esfuerzos y recursos en la tarea de ganar a los perdidos

El amor entre los hermanos en la iglesia habla al mundo de su lealtad a Cristo (Juan 13.35). La unidad en sí atrae al mundo al evangelio. Cuando los hermanos unen sus esfuerzos y recursos para evangelizar, sea en la comunidad o en lugares más lejanos, tendrán más éxito que el que rechaza la ayuda de otros hermanos.

Teniendo en cuenta las bendiciones que Dios provee por medio de la iglesia seríamos unos ingratos si no le prestáramos nuestro servicio fiel. De la manera que Jesucristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la nuestra por él y su iglesia. Y puesto que la iglesia es establecida por Dios no debemos negarle nuestro apoyo. Mostramos nuestra gratitud hacia lo que Dios nos provee por medio de la iglesia al vivir una vida fiel, leal y obediente al Señor Jesucristo. Si somos leales a Cristo también lo seremos a los hermanos.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 17

El gobierno civil

“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los

que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Timoteo 2.1-2).

La bondad de Dios hacia el hombre se ve en la doble provisión que hizo él para gobernar, cuidar y proteger al hombre: (1) en lo espiritual, por medio de la iglesia; (2) en lo material, por medio del estado. La Biblia enseña que la autoridad del gobierno civil y la autoridad de la iglesia son ordenadas por Dios: “No hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste” (Romanos 13.1-2).

Orden y autoridad

“Dios no es Dios de confusión, sino de paz” (1 Corintios 14.33). Aun entre los animales se puede apreciar que Dios les capacita para conducir sus asuntos en una manera ordenada. Por ejemplo, considere como un sinnúmero de hormigas o abejas viven juntas en orden. No es de extrañarse, pues, que Dios estableciera un sistema ordenado para los humanos, un sistema en el cual los justos pueden ser protegidos de la corrupción y la violencia de los injustos. Dios estableció a los gobiernos para que gobernaran a los ciudadanos de las naciones por medio de leyes basadas sobre los principios de la rectitud y la equidad. De manera que los impíos fueran refrenados de sus injusticias por medio de castigos. Respecto a la autoridad para llevar a cabo los decretos de Dios, las autoridades son responsables ante Dios por su fidelidad o infidelidad.

El propósito del gobierno

El propósito del gobierno es castigar a los transgresores (1 Timoteo 1.9) y proteger de la violencia de los malos a los que obedecen las leyes (Hechos 25.11). Se destaca la sabiduría de Dios en hacer tal provisión cuando recordamos que “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5.19). Si no existiera alguna forma para refrenar los males comunes de la sociedad entonces los justos estaríamos a la merced de los injustos en todos los aspectos de la vida diaria.

Tal vez usted se hace las siguientes preguntas: *“¿No es cierto que algunos de los pecados más perversos los cometen aquellos que están en posiciones altas en el gobierno? ¿Acaso no es cierto que muchas veces los gobiernos promueven la iniquidad en lugar de suprimirla? ¿Qué de los fanáticos religiosos que por muchos siglos hicieron correr la sangre de cristianos humildes e indefensos? ¿Qué de los gobiernos que por muchos años se han entregado al ateísmo y a la opresión? ¿Qué de los muchos casos en la historia donde el gobierno asesinó a los cristianos en lugar de darles protección? ¿Es Dios el autor de todas estas atrocidades, algunas de ellas cometidas en su nombre?”*

¡No! Tampoco él es el autor de todo lo que hacen las personas infieles en las iglesias. Dios es paciente, y algunas veces en su sabiduría inescrutable espera mucho tiempo antes de llevar ante la justicia a las autoridades. Dios hace responsables a las naciones así como también a las personas por sus actos de desobediencia. A su debido tiempo, conforme a su sabiduría infinita, él traerá juicio sobre toda mala obra. Así lo ha hecho en el pasado y así lo continuará haciendo en el presente y en el futuro.

La voluntad directiva y permisiva de Dios

Esto trata principalmente acerca del asunto del gobierno de las naciones. Existen algunas cosas que Dios dirige o manda, mientras que hay otras que él sólo las permite. A continuación daremos dos ejemplos para aclarar la voluntad directiva y permisiva de Dios.

Cuando Balaam le preguntó a Dios si debía maldecir a Israel, él le dijo que no lo hiciera. Esa fue la *voluntad directiva* de Dios. Entonces Balaam, inquieto bajo esta prohibición de Dios, volvió nuevamente a inquirir si él podía ir hasta aquel lugar para ver lo que acontecía. Fue así que Dios le dijo que fuera. Esa fue la *voluntad permisiva* de Dios.

En los días de Samuel el pueblo de Israel quería tener un rey. Samuel les dijo cuál era la *voluntad directiva* de Dios en el asunto. Pero siendo aquel un pueblo rebelde que rechazó someterse a esta voluntad, Dios le dijo a Samuel que les concediera su demanda; que no estaban rechazando a Samuel sino a Dios. Esa fue la *voluntad permisiva* de Dios y el pueblo de Israel sufrió las consecuencias de no someterse a la voluntad directiva de Dios.

La voluntad permisiva de Dios no significa que él aprueba los planes de un individuo o de una nación rebelde. La realidad es que Dios dio al hombre la responsabilidad de escoger y es por eso que él no obliga al hombre a ir contra su propia voluntad.

Además, Dios permite que acontezcan ciertas cosas, no porque son buenas en sí, sino por causa del bien que resultará de ellas o porque cumplen su propósito. Algunos ejemplos de tales cosas son la opresión de Faraón sobre los hijos de Israel (Éxodo 1.1–10), la crucifixión del Señor Jesucristo (Hechos 2.23) y la dispersión de los discípulos después de la muerte de Esteban (Hechos 8.1–3). En los asuntos de las naciones, Dios permite muchas cosas por medio de la opresión y las otras formas de iniquidad de la ira del hombre. Muchas veces esto ha sido el medio por el cual se traen alabanzas a Dios. La sangre de los mártires ha sido muchas veces la simiente de la iglesia. La historia recoge muchos ejemplos de lo anteriormente expuesto.

La relación del cristiano con el gobierno

Volvamos a la Biblia para ver cómo se debe relacionar el cristiano con el gobierno. Algunos de los puntos principales son los siguientes:

1. La sujeción

Nuestro deber principal hacia el gobierno es someternos al mismo. Aun en el caso cuando existan leyes que nos desagradan no debemos dejar de respetarlas y obedecerlas. Y esta sumisión debe ser una lealtad voluntaria en lugar de una esclavitud de mala gana: “Es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia” (Romanos 13.5). Por eso: “sométase toda persona a las autoridades superiores” (Romanos 13.1). “Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra” (Tito 3.1).

2. Una ciudadanía doble

El hijo de Dios tiene una obligación doble. Por una parte es ciudadano del país donde vive y por la otra es ciudadano del país celestial. Pablo, nativo de Tarso, en varias ocasiones se refirió a sí mismo como ciudadano romano. Pablo también era ciudadano del reino que “no es de este mundo” (Juan 18.36). A los Filipenses, Pablo les escribió: “Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3.20).

3. Extranjeros y peregrinos

Aunque somos ciudadanos aquí, no debemos olvidar que no somos más que “extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11.13). Nosotros buscamos vivir en una ciudad “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11.10). Reconociendo esta verdad podemos entender fácilmente cómo los apóstoles podían enseñar la sujeción a las autoridades, pero a la vez decir que los cristianos deben su primera lealtad a Dios. Ninguna ley terrenal los movía a desobedecer la ley superior de Dios. (Lea Hechos 5.25–29.) No obstante, los discípulos nunca ofrecieron resistencia alguna a su gobierno, escogiendo, en tiempos de persecución, *sufrir* como extranjeros.

La Biblia no enseña que la iglesia debe involucrarse en el gobierno para así influir en el mismo en beneficio de la obra de Dios. El gobierno está fuera del campo de trabajo de los cristianos. Su poder más fuerte está en la oración. Segunda de Pedro 2.8 se refiere a Lot como un hombre justo. No obstante, este hombre justo, que al parecer tenía influencia en los asuntos de Sodoma, fue incapaz de salvar la ciudad de la destrucción. Lot tenía menos influencia allí que su tío Abraham que sólo oraba por la ciudad. Cuando el Imperio Romano adoptó el cristianismo como la religión del estado, el mismo corrompió a la iglesia en lugar de la iglesia purificar al estado. Esto siempre sucede así. Es por eso que los verdaderos cristianos no se mezclan con la política del mundo. Sus esferas son totalmente diferentes. Tanto el gobierno como

la iglesia marchan mejor si cada uno se dedica a la misión a la cual ha sido llamado por Dios. La idea de que el cristiano puede ayudar en la causa de la justicia al mezclarse en la política es un engaño.

4. Un poder edificador

Sin embargo, el cristiano sí tiene obligación hacia su gobierno y el gobierno recibe muchos beneficios de sus ciudadanos cristianos. Puesto que los cristianos son muy conscientes en el cumplimiento de la ley es por eso que el gobierno necesita muy poco de la policía, los tribunales o las cárceles para mantenerlos en orden. Los cristianos verdaderos son honrados, rectos, diligentes y sobrios; pagan sus impuestos y procuran vivir vidas intachables. El ciudadano cristiano siempre ejerce una influencia positiva en cualquier país que le dé refugio. La mayoría de las veces que una nación ha maltratado a sus cristianos le va mal de una forma u otra.

5. Un intercesor

Es un privilegio y un deber de cada cristiano orar por sus gobernantes y por todos los que están en autoridad: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia” (1 Timoteo 2.1–2). El beneficio es doble; tanto el gobierno recibe beneficio así como también el intercesor. En esto está el poder del cristiano; su oportunidad más grande es por medio de la oración. Bendita la nación que tiene dentro de sus fronteras un ejército de intercesores, porque sin dudas es el ejército más formidable que pueda tener cualquier nación. Bien se ha dicho que “la oración es el poder que mueve la Mano que gobierna al mundo”. Aboguemos por los ciudadanos cristianos que nunca dejen de orar a favor de su nación.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 18

El día del Señor

“Yo Juan, vuestro hermano, (...) estaba en el Espíritu en **el día del Señor**, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último” (Apocalipsis 1.9–11).

En la actualidad existe mucha confusión acerca del día del Señor (el domingo) y su relación con el día de reposo del Antiguo Testamento (el sábado). En este capítulo nosotros queremos que la palabra de Dios aclare esta confusión. En este caso se nos hace necesario analizar tres

puntos importantes: (1) cuál fue el significado del día de reposo del Antiguo Testamento, (2) qué significa el día del Señor para nosotros hoy y (3) cómo debemos guardar el día del Señor.

El día de reposo del Antiguo Testamento

1. Fue santificado por el Creador

“Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2.1–3).

2. Fue hecho por causa del hombre

Reposar en el séptimo día de la creación no fue un acto caprichoso de Dios ni algo que él hizo porque se sintió cansado. Nuestro Dios infinito y eterno, quien hace lo mejor para el hombre y los animales, reposó en el día séptimo por lo menos a causa de dos propósitos: (1) para indicar el descanso espiritual que el hombre tiene cuando está a bien con Dios y (2) para dar un ejemplo al hombre en cuanto a la necesidad de un descanso físico.

Jesús dijo lo siguiente acerca del día de reposo: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (Marcos 2.27). Por las circunstancias en que fueron pronunciadas estas palabras, todo parece indicar que las mismas se refieren al tiempo de la creación cuando Dios santificó el séptimo día y no simplemente al tiempo cuando Dios les dio el día de reposo a los judíos.

Al crear el día de reposo, Dios tenía en mente el bien eterno del hombre.

3. Cristo es Señor del día de reposo

Para usar sus propias palabras: “El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo” (Lucas 6.5). Siendo el Creador quien creó todas las cosas (Juan 1.1–3), Jesús tiene el poder de cambiar lo que él mismo creó o de regular las cosas conforme a su voluntad. Por ejemplo, Jesús utilizó este poder cuando él les permitió a sus discípulos recoger espigas para comer en el día de reposo, cuando sanó a los enfermos aun en el día de reposo y cuando anuló el acta de los decretos de la ley y la clavó en la cruz (Colosenses 2.14).

4. Tuvo lugar en la ley de Moisés

En el antiguo pacto, Dios les dio a los hijos de Israel leyes muy estrictas en cuanto a cómo guardar el día de reposo. La ley de Moisés estaba

llena de mandamientos y ritos que tenían un significado espiritual. A continuación vamos a examinar cómo se guardó el día de reposo en el tiempo de la ley de Moisés.

1. Se guardó el séptimo día haciendo memoria del día que Dios santificó al terminar su obra

“Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios (...) Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éxodo 20. 9–11).

2. Se guardó en memoria de la liberación de Israel de Egipto

“El séptimo día es reposo a Jehová tu Dios. (...) Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo” (Deuteronomio 5.14–15).

3. Su cumplimiento fue regulado por castigos muy severos

El hombre que salió a recoger leña en el día de reposo fue apedreado como castigo por haber violado el mandamiento divino (Éxodo 35.2–3; Números 15.32–36). Este ejemplo nos ayuda a entender el celo y las críticas de los fariseos con relación al cumplimiento del día de reposo en los días de Cristo.

4. Facilitó la oportunidad para el servicio y la adoración a Dios

El día sábado dio como resultado la adoración pública en la sinagoga judía. Se considera que este hecho fue establecido en los días de Esdras y Nehemías. Jesús tenía la costumbre de entrar en las sinagogas los días de reposo (Lucas 4.16). Y Pablo dijo que “las palabras de los profetas (...) se leen todos los días de reposo” (Hechos 13.27).

Los servicios religiosos que tenían lugar en la sinagoga en los días de Cristo y de los apóstoles ofrecieron una oportunidad excelente para dar a conocer a los judíos al Mesías a quien señalaron las escrituras proféticas. La forma de culto que los judíos utilizaban en la sinagoga llegó a convertirse en un modelo para las primeras congregaciones cristianas.

5. En aquel tiempo existía un sistema de días de reposo con un uso literal y un significado simbólico

· El séptimo día como día de reposo.

- El séptimo mes, que marcaba la observancia de tres fiestas nacionales: la fiesta de las trompetas, la fiesta de los tabernáculos y el día de expiación (Levítico 23; Números 29).
- El año sabático, que indicaba que cada séptimo año se escogía ese año para dar reposo a la tierra (Éxodo 23.11).
- El año de jubileo, que se celebraba cada cincuenta años (cada siete sietes, pues 7 por 7 son 49) y que era un resumen de todos los sábados guardados por todos esos años. En este tiempo había oportunidad para que los pobres pudieran redimir sus tierras y también para la redención de los siervos. Esto significaba que existía un año de gracia para todos los oprimidos y angustiados de la tierra de Israel.

Todos estos sábados tenían su significado espiritual y eran “la sombra de los bienes venideros” (Hebreos 10.1) que ahora tenemos en Cristo Jesús.

5. Era sombra de lo que había de venir

“Por tanto, nadie os juzgue (...) en cuanto a (...) días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir” (Colosenses 2.16–17).

Una sombra es simplemente el reflejo de algo. Y así es el día de reposo que guardaron los judíos con relación al día del Señor para los cristianos. En Hebreos 3 y 4 a nosotros se nos explica claramente que a causa de la incredulidad del pueblo de Israel ellos no pudieron entrar en el reposo verdadero de Dios, aunque ellos guardaban el día de reposo. De la misma forma, el pueblo de Dios hoy puede entrar en su reposo, aunque el mismo no guarda el día de reposo del antiguo pacto (el sábado). Lea lo que dice en Hebreos 3.18–19; 4.1–9:

¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad (...) Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, no entrarán en mi reposo; aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día (...) Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.

De la misma manera que Dios proveyó suficiente maná el sexto día para sustentar a los hijos de Israel en el día de reposo y los que salieron el séptimo día para recoger más no hallaron nada para ellos mismos (Éxodo 16.23–27), así también hoy día Dios da sustento espiritual a los que descansan en su provisión en lugar de tratar de controlar sus vidas por medio de sus propias habilidades. Los cristianos que han entrado en el reposo del Señor Jesús hallan la paz que sobrepasa todo

entendimiento y el descanso espiritual que les permite confesar que prefieren perder sus vidas para ganar a Cristo. “Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4.10).

El día del señor

En nuestros días la mayoría de los cristianos guardamos el día domingo como día del Señor. Nosotros no lo hacemos porque creemos que Dios le ha quitado la santificación al día séptimo para dársela al primer día de la semana. Lo hacemos porque creemos que la santificación del séptimo día fue cumplida en Cristo Jesús y que él por medio de su resurrección ha señalado el primer día de la semana como un día especial para su iglesia.

“Por tanto, nadie os juzgue (...) en cuanto a (...) días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2.16–17). Hoy no guardamos el día sábado como día de reposo porque ya ha llegado el *cuerpo* que proyectó la *sombra* que Dios mostró a los antiguos. Y al llegar lo verdadero (Cristo), ya no queda razón alguna para que nos enamoremos de su sombra (que en este caso es el sábado como el día de reposo).

Por supuesto, al decir eso no rechazamos el hecho de que nuestro cuerpo físico necesita su descanso como siempre. Y sabemos que ese descanso halla su mejor expresión dentro de la semana de siete días que Dios creó en el principio. Sin embargo, creemos que la mayor preocupación de Dios cuando le dio a los judíos aquellas leyes tan estrictas acerca del día de reposo no fue para su bienestar físico solamente, sino para que ellos aprendieran a guardar *el significado espiritual* de ese descanso estricto: que el hombre no puede obrar por sí mismo el descanso que Dios le ofrece por medio de Jesucristo.

Aun desde el tiempo de la creación hasta el día que los judíos recibieron la ley de Moisés la Biblia indica que el tiempo fue medido por semanas (períodos de siete días). En Génesis 8.7–12 Noé esperó siete días para enviar la paloma fuera del arca la segunda y la tercera vez. Además, en Génesis 29.27–28, Labán habló de la semana cuando dijo: “Cumple la semana de ésta”. Todo parece indicar que a través de la historia el hombre ha medido los días por semanas. Y bien pudo ser que aun antes del tiempo de Moisés la gente solía descansar un día de la semana siguiendo el ejemplo de Dios en la creación.

Se ha comprobado muchas veces que el hombre no disfruta de su mejor estado físico y mental cuando no hace caso a esta provisión divina para su bienestar. Hace más de dos siglos que durante la Revolución Francesa se trató de sustituir el período de siete días por uno de diez días. Sin embargo, los franceses se vieron obligados a abandonar la idea a causa de resultados no satisfactorios. Es por eso que tantas personas

en el mundo dividen su tiempo en períodos de siete días (semanas) y guardan los fines de las semanas como un tiempo especial.

El día del Señor también provee para nuestra salud espiritual. Nosotros apartamos nuestra atención de las cosas materiales de este mundo para enfocarnos en Jesús, adorarle y servirle. En este día celebramos la resurrección triunfante del Señor y declaramos nuestro amor y lealtad para con él. Al guardar el día del Señor también encontramos el refrigerio físico y espiritual.

Llamamos al domingo “el día del Señor” porque es el día apartado en memoria de nuestro Señor resucitado. El término se originó en los días de los apóstoles. Juan dijo: “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor” (Apocalipsis 1.10).

El día del Señor es el día en que debemos apartarnos del afán de esta vida para adorar, servir, edificar el cuerpo de Cristo y evangelizar a las almas perdidas. Todo esto deberá hacerse para glorificar a Dios y en lealtad a Cristo el Señor de este día.

1. El día del Señor es el primer día de la semana

El día del Señor no es el día en que Cristo fue enterrado, sino el día en el cual resucitó triunfante sobre todo enemigo dándonos a nosotros una vida nueva en victoria sobre el pecado. A continuación vamos a notar algunas razones para celebrar el domingo como el día del Señor:

- De la misma manera que los judíos guardaron su día de reposo en el mismo día de la semana en que ocurrió su liberación de Egipto, así también debemos guardar el día del Señor el mismo día de la semana en que Cristo resucitó de los muertos para librarnos del poder de la muerte y del pecado.
- Los discípulos se reunieron en este día en memoria de él inmediatamente después de su resurrección. Además, Cristo se presentó en medio de ellos en unas de estas reuniones.
- La iglesia apostólica se reunía en este día de la semana para la adoración pública (Hechos 20.7; 1 Corintios 16.2).
- La iglesia continuó con esta práctica durante los primeros siglos de la era cristiana.

2. Las primeras iglesias guardaron el día domingo como el día de adoración

Desde el tiempo de la resurrección de Cristo el primer día de la semana ha sido el día que los cristianos han celebrado como el día del Señor. En 1 Corintios 16.1–2 Pablo señaló el primer día de la semana para

recoger las ofrendas de la iglesia. Aquí se sugiere que el día domingo era el día que la iglesia se congregaba. Los cristianos del primer siglo siguieron la costumbre de los judíos, quienes en su día de adoración pública (el sábado) ponían aparte el dinero para los pobres.

Existen testimonios escritos de algunos de los primeros cristianos quienes muchas veces hablaron del día de la resurrección como “el primer día de la semana”, “el octavo día”, “el domingo” o simplemente “el día del Señor”. De acuerdo con muchos de estos testimonios escritos notamos que aparece una lista bastante larga de escritores que demostraron que las primeras iglesias observaron el primer día de la semana como el día del Señor. Todos estos escritores describieron este día de adoración y servicio de una forma distinta al día de reposo de los judíos.

Justino Mártir en el año 140 A.D. dice del día domingo:

Y el día llamado domingo todos los que viven en las ciudades o en el campo se juntan en un lugar, y las memorias o los escritos de los apóstoles o de los profetas se leen (...) pan, vino y agua traen. Entonces el que preside esta asamblea de creyentes también ofrece oraciones y acciones de gracias, conforme a lo que puede, y el pueblo asiente, diciendo: ‘Amén’. Ese día hay una distribución a cada uno y una participación de todo por lo cual se dan gracias. Y a los ausentes se les manda una porción por medio de los diáconos. Y aquellos que son ricos y generosos dan lo que cada uno piensa que es propio dar. Entonces lo que se recoge se deposita con el presidente, quien socorre a los huérfanos y a las viudas (Apología, capítulo 67).

Se estima que este escrito pueda que no tenga más de cincuenta años después de la muerte del apóstol Juan. Aquí podemos notar que aparece un testimonio de cristianos que pasaban el día domingo en un servicio religioso tal y como en el día de Pentecostés. Específicamente, notamos que estos cristianos participaban en la santa cena, como se refiere en Hechos 20.6–7 y también en la ayuda a los pobres, como aparece en 1 Corintios 16.1–2.

En varios de estos escritos de los primeros cristianos nosotros podemos ver claramente cuál era la práctica de la iglesia apostólica y de esa manera podemos también tapar la boca de los que divulgan por todo el mundo las falsas declaraciones de que el Papa cambió el día de reposo al primer día de la semana. El domingo era el día de adoración de la iglesia apostólica siglos antes que existiera un Papa o una Iglesia Católica Romana.

3. Cómo guardar el día del Señor

A través de toda la historia de la iglesia los cristianos han observado el día del Señor con los siguientes propósitos:

1. Adorar y meditar en la palabra de Dios
2. Celebrar la resurrección de nuestro Señor Jesucristo
3. Descansar y ocuparse en las cosas de Dios (no en los negocios o en los placeres del mundo como los deportes)
4. Ofrendar (1 Corintios 16.1-2)

Si nosotros ponemos en nuestras mentes y en nuestros corazones cada uno de estos propósitos entonces nos será más fácil entender lo que debemos hacer en este día. Existen algunas cosas que impiden que tengamos un día del Señor que agrade a Dios. Algunas de estas cosas son: actuar de manera perezosa en el día del Señor, andar buscando tener algún placer para la carne o simplemente andar en la vanidad de nuestras mentes. Ninguna de estas cosas alimenta o refresca a nuestras almas.

Quizá muchos de nosotros tuvimos que trabajar de forma ardua durante toda la semana y ahora necesitamos este descanso para que nuestras almas puedan alimentarse en este día. El día del Señor es el día en que nuestras almas se alimentan con el maná celestial que recibimos de la palabra de Dios. En este día nuestras almas se refrescan y nuestra comunión con Dios se fortalece a medida que profundizamos en su palabra.

Es por eso que el día del Señor no debe pasarse leyendo el periódico o pensando en los negocios de la semana entrante. Debemos pasar el día del Señor en cosas que edifican al alma y no en cosas que les ocasionen daño al crecimiento y la madurez del hombre espiritual. Algunas cosas que sí podemos hacer en este día son leer la Biblia con la familia bien temprano en la mañana, asistir al servicio cristiano en la casa de Dios, conversar con los hermanos acerca de las cosas que edifican, cantar himnos, visitar a los enfermos y a las viudas, exhortar a los que ya han sido salvos y amonestar a los que todavía no lo son. Estas cosas, junto a una relación transparente con Dios, nos ayudan a preparar nuestros corazones y nuestras mentes para enfrentar las pruebas y tentaciones de la semana que vamos a vivir sobre esta tierra en caso de que nuestro Señor Jesucristo no venga todavía. Es necesario que cada uno de nosotros sepa guardar el día del Señor de la forma que agrada a Dios.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 19

Los ángeles

“El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34.7).

Hay una relación muy estrecha entre los hombres y los ángeles. El autor del libro a los Hebreos dice que los ángeles son “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” (Hebreos 1.14). Cristo, al referirse a los niños, dice: “Sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18.10).

Los ángeles son muy inferiores a Dios, pero son superiores al hombre en inteligencia y poder. Los ángeles son seres espirituales. Muchos se han hecho preguntas acerca de ellos que el hombre no ha podido contestar. Sin embargo, la Biblia se refiere tanto a ellos que el lector fiel de la palabra puede aprender mucho de ellos y de sus obras.

Su origen

Los ángeles son seres creados: “Todas las cosas por él fueron hechas” (Juan 1.3). (Lea también Nehemías 9.6.) “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles” (Colosenses 1.16).

La Biblia nos habla de algunos ángeles por sus nombres y en ocasiones nos describe sus misiones. La palabra de Dios menciona varias clases de ángeles como los arcángeles, los serafines y los querubines. Habla del arcángel Miguel (Judas 9) y de los “ángeles, autoridades y potestades” (1Pedro 3.22; Colosenses 1.16).

¿Acaso cuando Dios creó a los ángeles también creó a los ángeles malos? La respuesta es no. Dios no hace nada malo. Cuando Dios hubo terminado la creación del mundo dijo que todas las cosas que había creado eran buenas en gran manera (Génesis 1.31). No sabemos exactamente cuándo Dios creó a los ángeles, pero sabemos que los ángeles malos no fueron creados malos. Ellos cayeron en ese estado después de la creación. Judas se refiere a “los ángeles que no guardaron su dignidad” (Judas 6) mostrando así que en el principio no eran las criaturas rebeldes que llegaron a ser después. En Isaías 14.12 se nos relata la historia de cómo Lucero cayó del cielo. Cristo dice acerca del diablo que “no ha permanecido en la verdad” (Juan 8.44); esto indica que una vez estuvo en la verdad. Concluimos, entonces, que en el principio todos los ángeles fueron creados buenos “en gran manera”, pero después algunos, como el diablo, se rebelaron y cayeron.

Su gran número

Jacob vio una gran compañía de ángeles y se refirió a ellos como “campamento de Dios” (Génesis 32.2). A Eliseo y a su criado se les permitió vislumbrar sobre las montañas alrededor de ellos un ejército

con caballos y carros, los cuales fueron mucho más numerosos que los que el gran ejército de Siria poseía (2 Reyes 6.13–17). Cristo solamente tenía que decir una palabra, y “más de doce legiones de ángeles” hubieran estado a su mando (Mateo 26.53). El escritor del libro a los Hebreos se refiere a una “compañía de muchos millares de ángeles” (Hebreos 12.22). Juan vio “millones de millones” de estos seres celestiales (Apocalipsis 5.11). Con relación a los ángeles malos, existen tantos de ellos que Dios proveyó un lugar especial “para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25.41). (Lea también Apocalipsis 20.10.)

Si nuestros ojos se abrieran como se abrieron los ojos del criado de Eliseo entonces veríamos los ángeles alrededor de nosotros, sobre nosotros y por todas partes. Pero Dios en su sabiduría infinita no permite que los ojos del hombre mortal vean tales cosas. Luego, cuando el velo de la mortalidad se haya quitado, nuestros ojos verán las provisiones de Dios que la lengua mortal no puede describir y los ojos mortales no pueden contemplar.

Sus atributos

1. Son espíritus

Los ángeles son seres espirituales. “De los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego” (Hebreos 1.7). Es cierto que los ángeles han aparecido al hombre en forma visible, pero la forma visible no es el cuerpo propio del ángel.

El Espíritu Santo también ha aparecido en forma visible. Él descendió sobre Jesús en forma de una paloma, pero esta aparición no es su forma corporal. La forma de paloma es una representación simbólica que le da al hombre una idea más clara del carácter y la obra del Espíritu Santo. Tanto los ángeles, como Dios, son seres espirituales.

2. Son individuos

Reconocemos que cada ángel, al igual que cada hombre, es un individuo. Por ejemplo, *Gabriel* se le apareció a Zacarías y después a María (Lucas 1.19, 26–38), y *Miguel* disputó por el cuerpo de Moisés (Judas 9). De esto obtenemos la idea que los ángeles tienen rasgos y oficios personales.

3. Son inmortales

Los ángeles no están sujetos a la muerte física. Acerca del estado futuro de los justos, Cristo dice: “No pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles” (Lucas 20.36). Los hombres y los ángeles son distintos en esto: Mientras que el alma del hombre por un tiempo mora en un cuerpo mortal, los ángeles no están limitados de esa manera porque no tienen cuerpos mortales. Después de la disolución del cuerpo, la

morada terrestre del hombre, los hombres y los ángeles serán semejantes; serán inmortales. Los justos morarán con Dios en la gloria; los injustos pasarán la eternidad en el lugar “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25.41).

4. Son poderosos

La palabra de Dios dice que los ángeles son “poderosos en fortaleza” (Salmo 103.20) y que “son mayores en fuerza y en potencia” (2 Pedro 2.11). El poder de los ángeles se demostró en la destrucción de Sodoma y Gomorra, en la destrucción del ejército de Senaquerib (Isaías 37.36), en la resurrección de nuestro Señor (Mateo 28.2–5) y se demostrará más en el juicio venidero (Mateo 13.39; 2 Tesalonicenses 1.7–9; Apocalipsis 20.1–2). Los hombres no pueden comprender el poder, la fuerza, ni la velocidad con que viajan y actúan los ángeles.

5. Son inteligentes

Es evidente que hay cosas que los ángeles no conocen. La Biblia dice que al hombre le fueron reveladas cosas que los ángeles desean mirar (1 Pedro 1.12). Además, la Biblia recoge el testimonio que hay cosas que ni los hombres ni los ángeles conocen (Mateo 24.36). Cuando Cristo dice “ni aun los ángeles de los cielos” él da a entender que los ángeles son de inteligencia superior, pero no tienen un conocimiento infinito. Los judíos reconocieron la inteligencia superior que poseen los ángeles. La mujer de Tecoa dijo a David: “Mi señor es sabio *conforme a la sabiduría de un ángel de Dios*, para conocer lo que hay en la tierra” (2 Samuel 14.20). Los ángeles son seres que sobrepasan al hombre en inteligencia. Sin embargo, tienen una inteligencia muy inferior a la de Dios.

6. Son bondadosos

Esta virtud pertenece solamente, por supuesto, a los ángeles que “guardaron su dignidad” (Judas 6). Tanto los ángeles caídos como los hombres caídos han perdido su bondad. Notamos la bondad de los ángeles de Dios en el hecho de que ellos son fieles al llevar a cabo los mandamientos de Dios, adorar a Dios (Nehemías 9.6; Filipenses 2.9–11) y estar sujetos a él en todo. Los ángeles que nunca han caído obedecen a Dios en los cielos y son espíritus ministradores enviados al pueblo de Dios en la tierra.

7. Son benevolentes

Esta virtud pertenece solamente a los ángeles fieles de Dios. Los ángeles del diablo están completamente entregados a la destrucción de los hombres, mientras que los ángeles de Dios se dedican a promover los mejores intereses del hombre. Medite en la obra de los ángeles para con hombres y mujeres tales como Abraham, Lot, Jacob, José, Moisés, Zacarías, Pablo, Pedro, Juan, Lázaro el mendigo, Ana, Elisabet y María.

8. Son felices

Los ángeles tienen la tarea agradable de ministrar a los escogidos de Dios y lo hacen con gozo. Ellos se regocijan cuando los pecadores vuelven otra vez al redil de nuestro Redentor. Los ángeles ayudan a los santos y adoran a Dios junto con ellos en esta vida y compartirán con ellos mismos la gloria de Dios en el futuro. Se juntarán con los santos de Dios en la presencia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y cantarán juntos los himnos de alabanza y gloria a Dios por la eternidad.

9. Son gloriosos

Los ángeles abundan en bondad, inteligencia, sabiduría, pureza, gozo y benevolencia. Glorifican a Dios (Isaías 6.3; Lucas 2.14; Apocalipsis 4.8; 7.11–12) y le sirven como mensajeros en toda buena obra; son seres gloriosos.

El oficio y la obra de los ángeles

1. Son espíritus ministradores

Los ángeles santos son todos espíritus ministradores. Los ángeles de Dios ministraron a Abraham, a Jacob, a Moisés y a Daniel así como también ministraron a la virgen María y a los pastores cuando anunciaron el nacimiento de Jesús. Ellos también ministraron a Jesús mismo, a Pedro, a Pablo, a otros discípulos encarcelados, a Juan en Patmos y a muchos otros creyentes. A aquellos que temen a Dios, se les dice: “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34.7). “Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles” (1 Corintios 11.10). Después que Cristo triunfó cuando el diablo estuvo tentándole por cuarenta días y cuarenta noches, “vinieron ángeles y le servían” (Mateo 4.11).

2. Son mensajeros de Dios

Los ángeles trajeron noticias a Abraham cuando Dios decidió destruir a la ciudad de Sodoma. Ellos también confortaron a Jacob en Padan-aram cuando se sintió completamente abandonado. Fueron estos enviados celestiales los que ministraron a Isaías al comunicarle acerca de su vocación. Ellos, además, se aparecieron a Zacarías y le dijeron que él sería el padre de Juan el Bautista. También se le aparecieron a María y le anunciaron el nacimiento de su hijo Jesús. Fueron estos mensajeros de Dios los que trajeron las buenas nuevas a los pastores cuando les anunciaron acerca del nacimiento del Rey, Redentor y Salvador del mundo. Y estos espíritus ministradores le revelaron a Juan en la isla de Patmos algo de lo que va pasar en el futuro.

3. Ejecutan los propósitos y juicios de Dios

Dios usa a los ángeles para llevar a cabo su voluntad respecto al hombre. El ángel del Señor entró en el campamento de los asirios y 185.000 hombres fueron muertos. También se puso en medio del camino de Balaam y le hizo saber que él era más insensato que la bestia que montaba. Él atemorizó la guardia en el sepulcro de Jesús cuando el Señor resucitó triunfante. Fueron los ángeles los que hicieron la obra de separar a Lot de sus compañeros malignos y llevaron el alma redimida de Lázaro al seno de Abraham. Los ángeles son los siervos de Dios que recogerán a los malos en la gran cosecha final del Maestro (Mateo 13.41–42). Ellos acompañarán al Señor Jesucristo cuando venga a juzgar al mundo (Mateo 25.31; 2 Tesalonicenses 1.7–9). De la manera que Dios ha usado a sus ángeles en esta época para llevar a cabo sus propósitos asimismo los usará en la obra de cerrar la misma a su debido tiempo.

4. Sirven como guías al creyente

Fue un ángel quien dirigió a Felipe para que se encontrara con el eunuco (Hechos 8). También fue un ángel quien juntó a Pedro y a Cornelio cuando la puerta del evangelio se abrió a los gentiles (Hechos 10). Un ángel sacó a Pedro de la cárcel mientras sus compañeros estaban orando por él (Hechos 12). Y de la misma forma un ángel dirigió a Pablo en su viaje a Roma (Hechos 27.23).

5. Glorifican a Dios

Nadie se dedica más a la alabanza y a la gloria de Dios que estos seres celestiales. Medite en el mensaje del serafín que alabó a Dios en la presencia de Isaías, diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Isaías 6.3). Analice la alabanza angelical que se oyó aquella noche en las colinas de Belén: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2.14). Nunca hubo una aparición de ángeles en la cual Dios no fue glorificado entre los hombres. Un día las voces de los santos y de los ángeles proclamarán juntos las alabanzas de Dios en la gloria, diciendo: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5.13–14).

Algunas cosas que la Biblia no enseña

Algunas personas dejan que sus imaginaciones tomen el lugar de la enseñanza bíblica y afirman con seguridad algunas cosas sobre las cuales la Biblia guarda silencio o testifica lo contrario.

1. Que los ángeles son espíritus de personas que vivieron en mundos anteriores

La Biblia guarda un silencio absoluto acerca de este tema. Esta teoría se basa en pura especulación humana. No sigamos los pensamientos humanos cuando los mismos no están en armonía con la palabra de Dios.

2. Que los ángeles son hembras

Cuando algunas personas pintan a un ángel lo hacen de manera que el mismo se vea como que es hembra. Todos los nombres de los ángeles hallados en la Biblia son nombres masculinos. Además, versículos como Marcos 12.25 y Lucas 20.35 nos demuestran que los ángeles no son seres sexuales.

3. Que los ángeles habitan los planetas

Esto puede ser o no cierto. Si Dios les necesita en esos lugares de cierto que ellos irán y harán la voluntad de Dios tal y como la hacen en el cielo y en la tierra. Pero debemos recordar que los ángeles son espíritus que no necesitan ningún planeta para vivir ni aun un hogar para descansar sus pies.

4. Que los justos llegarán a ser ángeles en el cielo

Cristo dijo una vez que los justos serán “iguales a los ángeles” (Lucas 20.36) o “como los ángeles que están en los cielos” (Marcos 12.25). Aquí notamos que Jesús se estaba refiriendo a dos clases de seres muy semejantes. De lo contrario él hubiera dicho que los justos del pueblo de Dios llegarían a ser ángeles después de la resurrección. Mientras que los santos son como los ángeles en varias maneras, queda muy claro que ahora no son ángeles ni que jamás llegarán a serlo. La Biblia habla de los santos *y* de los ángeles en los cielos y en la tierra (Apocalipsis 7.9–12).

Algunos dicen que Apocalipsis 22.8–9 prueba que seremos ángeles cuando llegemos al cielo. En estos versículos un ángel se refirió a sí mismo como “consiervo” de Juan y de los profetas. Un estudio cuidadoso de esta porción bíblica nos enseña que el ángel no decía que él era lo que Juan llegaría a ser. Los hombres y los ángeles sirven como ministros y mensajeros de Dios, cada uno en su respectivo lugar. Por tanto, son consiervos, ambos sirviendo a Dios. El ángel se refirió a los demás creyentes, los compañeros de Juan, como “*tus* hermanos”. No dijo “*mis* hermanos” ni “*nuestros* hermanos” mostrando así que aunque se consideró a sí mismo un consiervo de Juan y de sus hermanos reconoció una distinción entre sí y ellos. Este pasaje bíblico está en armonía con todas las otras escrituras que tienen que ver con este asunto. En conclusión, aunque el servicio de estos mensajeros divinos tiene mucho que ver con el servicio de los que son parte del pueblo de Dios en la tierra, los santos y los ángeles son seres completamente distintos, los dos están sujetos a Dios en su servicio. Tal parece que la

relación estrecha entre los ángeles y los hombres continuará en los cielos.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

El reino de las tinieblas

Con relación a la condición del universo antes que Dios creara la luz la Biblia dice: “Y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo” (Génesis 1.2). Pero no nos estamos refiriendo a estas tinieblas en estos capítulos, sino que nos referimos a las tinieblas *espirituales*, las obras de Satanás y sus huestes.

La Biblia nos dice que la verdad y la justicia son como la luz, mientras que se refiere al pecado y sus consecuencias como las tinieblas. Las tinieblas naturales que existen donde no hay luz simbolizan las tinieblas indecibles que existen donde el rostro de Dios no arroja su luz.

El príncipe de las tinieblas es Satanás. Él es el autor del pecado, el padre de mentiras, el dios de este siglo, el enemigo de toda justicia.

Los ángeles caídos, juntos con su jefe, son los instigadores y promulgadores del reino de las tinieblas. Ellos están condenados a pasar la eternidad en las tinieblas de afuera que Dios preparó para ellos (Mateo 25.30).

Las almas perdidas son las víctimas miserables del reino de las tinieblas. Ellas viven “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2.12) y están en el camino ancho, rumbo a la destrucción perpetua. Éstas completan el cuadro oscuro de lo que queremos estudiar más a fondo en los próximos capítulos. Teniendo un corazón malo de incredulidad los incrédulos trabajan juntos con el diablo y sus ángeles en un gran esfuerzo para destruir las almas de los hombres.

Este cuadro oscuro, sin embargo, es sólo el principio de los sufrimientos. Por el pecado que cometemos aquí en la tierra habrá un castigo en la eternidad, si no nos arrepentimos. El pecado en la tierra, por tan oscuro y triste que sea, es sólo una muestra de la miseria, la desesperación, la indescriptible tortura y la aflicción que habrá en las tinieblas de afuera donde el diablo y todos sus seguidores pasarán la eternidad. Esta es una escena oscura y horrible, pero damos gracias a Dios que él nos ha provisto una vía de escape por medio de su infinita misericordia.

CAPÍTULO 20

El diablo, Satanás

“Porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5.8).

“Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Corintios 11.14).

Antes de comenzar este estudio sobre el terrible y vil destructor de las almas, pidámosle al Señor en oración que nos ayude a comprender la naturaleza del diablo y que la gracia de Dios nos ayude en todo tiempo a estar libres de su poder.

Su personalidad

Este adversario que realmente existe no es sólo una mala influencia o una tendencia negativa que actúa en el hombre. Satanás tiene una personalidad propia, así como Dios y el hombre también la tienen. En los días de Job, Satanás vino junto con los hijos de Dios cuando se presentaron delante de Dios (Job 1.6–12). El diablo contendió con el arcángel Miguel por el cuerpo de Moisés (Judas 9). También él tentó a Cristo en el desierto (Mateo 4.1–11).

Mientras más temprano los hombres reconozcan que el diablo existe tanto mejor será para su bienestar presente y eterno. La misión del diablo es engañar y extraviar a los hombres, impedir que se lleve a cabo el plan de Dios para la restauración de los hombres caídos y privarles de la entrada a la presencia de Dios en la gloria.

Su morada

La Biblia dice que el diablo rodea la tierra y anda por ella (Job 1.7) “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5.8). Es el “príncipe de la potestad del aire” (Efesios 2.2), “el dios de este siglo” (2 Corintios 4.4) y “el príncipe de este mundo” (Juan 14.30).

La meta del diablo es entrar en los corazones de los hombres con el objetivo de corromper y destruir su alma. Con razón se ha dicho que el lugar principal de la morada de Satanás está a dos metros de la superficie de la tierra. La palabra de Dios habla frecuentemente de como Satanás habita en los corazones de los hombres pecaminosos. La Biblia no dice dónde mora el diablo específicamente, pero sí nos da a entender que la tierra es el escenario de sus actividades actuales.

También se nos informa que el infierno será su morada eterna (Mateo 25.41; Apocalipsis 20.10).

Su origen

La Biblia no explica concretamente de dónde vino Satanás, cómo fue creado ni cómo llegó a convertirse en el diablo. Sin embargo, aparecen algunas citas bíblicas que hablan un poco acerca del tema. No hay dudas que Dios creó “todas las cosas” incluyendo al ser que más tarde llegó a convertirse en el diablo (Génesis 1.2; Juan 1.3). Pero cuando Dios creó a Lucero (Isaías 14.12), lo creó un ángel santo. Después que este ángel cayó en pecado debido a su orgullo fue expulsado de los cielos junto con una multitud de “ángeles que no guardaron su dignidad” (Judas 6). A partir de aquel momento el diablo ha estado haciendo su trabajo destructor sobre la tierra.

¿Por qué Dios permitió tal cosa? Dios quería que los ángeles le sirvieran por decisión propia, voluntariamente. Para que su sujeción fuera voluntaria tuvieron que tener la capacidad de aceptar o rechazar a Dios. ¿Cómo se originó el mal en el ambiente tan puro de los cielos? No hay nadie bueno, sino Dios. Los ángeles que rechazaron a Dios rechazaron la única fuente de bondad y santidad, llegando a convertirse en seres malignos.

Sus atributos

Los nombres que la Biblia le da al diablo revelan sus atributos y propósitos. Sus nombres más comunes son:

- **El diablo**, adversario de Dios y del hombre (1 Pedro 5.8).
- **Satanás**, acusador y calumniador de los hijos de Dios (Apocalipsis 12.9–10). Satanás es quien difama de Dios ante el hombre (Génesis 3.1–6) y del hombre ante Dios (Job 1.9; 2.4).
- **Beelzebú**, “príncipe de los demonios” (Mateo 12.24) y el “príncipe de la potestad del aire” (Efesios 2.2).
- **Belial**, sin valor, destructor y sin ley (2 Corintios 6.15).
- **Apolión**, “el destructor”, el ángel del abismo (Apocalipsis 9.11).
- **El dragón**, monstruo que busca entrar en el corazón humano en toda oportunidad (Apocalipsis 20.2).
- **El dios de este siglo**, príncipe de este mundo que ciega “el entendimiento de los incrédulos” (2 Corintios 4.4).

Además, se le conoce como un cazador (Salmo 91.3), un sembrador de cizaña (Mateo 13.25, 28), una serpiente (Apocalipsis 12.9), un lobo (Juan 10.12), un león rugiente (1 Pedro 5.8) y uno que se disfraza de ángel de luz (2 Corintios 11.14).

Satanás es atrevido (Job 1.6), orgulloso (1 Timoteo 3.6), maligno (1 Juan 2.13), insinuador (Job 1.9), astuto (Génesis 3.1), engañoso (2 Corintios 11.14), feroz (Lucas 8.29; 9.39, 42), homicida y mentiroso (Juan 8.44).

Los vicios perversos y las características destructivas y diabólicas de los hombres pecaminosos nos revelan lo vil y detestable que es el príncipe de los ángeles malos, el diablo.

Su modo de trabajar

A pesar de lo que ya hemos dicho del diablo, y contrario a lo que muchos se lo imaginan, él tiene una personalidad muy atractiva. A menudo se le describe como un monstruo horrible con una cola larga, una lengua hendida, una mueca infernal y una horquilla en la mano. Aunque estas características puedan describir su perversidad, normalmente él no se presenta así ante los hombres. Más bien se aparece con una personalidad atractiva, con palabras suaves y dulces. Hasta se disfraza como un ángel de luz.

1. Como un ángel de luz

El diablo se le apareció a Eva en el Huerto de Edén como ángel de luz, convenciéndola que él tenía algo que ofrecerle a ella que era mejor que cualquier cosa que ella gozaba. Él está todavía usando este mismo tipo de engaño en la actualidad y muchos de sus seguidores son hábiles en el arte de engañar. Ellos tratan de hacer creer que la religión verdadera de Jesucristo es algo que le roba la libertad a la gente y los restringe a una vida de sinsabores y opresión. Los seguidores del diablo dicen que lo que ellos ofrecen trae libertad y que es una senda de luz más sublime, la única manera digna de vivir. Satanás es el príncipe y líder de este engaño, el gran experto en este trabajo malvado (Génesis 3.1-6; Efesios 5.3-6). Este ángel de luz primeramente atrae a los hombres, luego los engaña, los ciega y al fin los destruye.

2. Un león rugiente

El león rugiente anda buscando su víctima. Así también lo hace el diablo. Bajo la dirección de Satanás el deportista se convierte en un jugador, el que busca placeres llega a ser un libertino, el bebedor se transforma en un borracho y el escéptico termina siendo un ateo. Como un ángel de luz el diablo induce a los hombres a jugar con el pecado; luego, como un león rugiente, él lleva a cabo su obra. El aumento actual de los índices de criminalidad es el rugir del león fuerte: el contrabando,

la inmoralidad, el homicidio, las “guerras y rumores de guerras”, las huelgas laborales, etc. No obstante, por todo esto hay un susurro calmante, un llamado tranquilizador que dice: “El mundo está mejorando”, “estamos despertándonos a una era de mayor entendimiento”.

El fin

El fin de todo esto es el despojo del mundo y la ruina de las almas. Todo esto culminará en el fin del tiempo, cuando Satanás junto a todas sus huestes serán lanzados al lago de fuego donde “el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 14.11). Como príncipe de demonios, jefe de pecadores y gran enemigo de todo lo que es bueno y bendito, Satanás será el que más sufrirá en este lugar preparado para él y para sus ángeles.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 21

Satanás y los que están bajo su dominio

“El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4.4).

Satanás es el jefe de todas las huestes de maldad. La Biblia se refiere a él como “el dios de este siglo” (2 Corintios 4.4) y “el príncipe de este mundo” (Juan 12.31). De tales escrituras como Daniel 10.5–13, Lucas 11.14–18 y Efesios 6.11–12 es evidente que Satanás es rey sobre el reino de los demonios y encabeza las fuerzas de los espíritus malignos. Debido a que él es el dios de este siglo y el príncipe de los demonios, tanto los hombres pecaminosos de este siglo como también los demonios hacen su voluntad.

Sus limitaciones

Satanás es un ser creado y no el Creador. Por tanto, como los demás seres creados, hay cosas que él definitivamente no puede hacer. Aunque él tiene dominio en su reino, hay límites que Dios no le permite pasar. A continuación destacaremos algunos de los límites de Satanás:

- Cuando Dios conversó con el diablo acerca de Job, el diablo comentó: “¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene?” (Job 1.9–10). Entonces Dios le dio permiso al diablo para hacer lo que quiso con sus bienes,

pero no le permitió tocar a Job mismo. El diablo destruyó lo que Job tenía. Aun sus hijos murieron. Pero Satanás no logró nada. Entonces hubo otra conversación entre Dios y Satanás. Esta vez el diablo dijo que si pudiese tocar el cuerpo de Job, éste pecaría. Dios le dio permiso a Satanás para que tocara el propio cuerpo de Job, pero no le permitió matarlo. De nuevo Satanás no logró lo que quería. Al final, Job salió victorioso y fue más próspero que nunca. Sin embargo, el asunto que queremos destacar es que el diablo no pudo pasar los límites que Dios le puso. (Lea Job 1, 2, 42.)

· Después que Cristo ayunó cuarenta días, él fue tentado por el diablo. Satanás trató de vencer al Hijo de Dios tres veces y las tres veces falló. ¿Por qué? Porque Cristo se mantuvo firme en la palabra de Dios. Y Satanás no lo pudo tocar. Por medio de Cristo, Dios nos ha dado a nosotros el mismo poder de resistir al diablo, mientras nos mantengamos fieles a él y a su palabra. El Señor nos asegura que si nos vestimos de “toda la armadura de Dios” y si tomamos el escudo de la fe vamos a poder “apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Efesios 6.10–18). El Señor nos ha dicho que si resistimos al diablo, él huirá de nosotros. (Santiago 4.7). El diablo no tiene ningún poder sobre nosotros mientras sigamos fieles al Señor. Pero cuando los hombres no quieren ponerse toda la armadura de Dios, el diablo, como un león rugiente, los devora.

Los que tiene bajo su dominio

1. Los ángeles malos

Judas se refiere a “los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada” y dice que Dios “los ha guardado bajo oscuridad en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6). Aquí observamos que: (1) El diablo y sus ángeles fueron creados santos, pero después dejaron su dignidad y abandonaron su morada. (2) Los ángeles malos no pueden arrepentirse como los hombres, sino están “guardados “bajo oscuridad en prisiones eternas, para el juicio del gran día”.

La Biblia habla de gente que fue controlada por los demonios. Esto nos muestra que el príncipe de los demonios cuenta con el apoyo de sus huestes demoníacas en su plan horrible de destruir las almas de los hombres. De la manera que los ángeles que se quedaron fieles a su Creador, el Dios del cielo, son espíritus ministradores a los herederos de la salvación, así los ángeles del diablo son espíritus que llevan a cabo la corrupción y la destrucción de las almas de los infieles.

2. Las almas perdidas

La Biblia nos dice que “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5.19). Esto significa el mundo de las almas perdidas. Ellos han

rechazado a Dios, y el dios de este siglo ha tomado posesión de ellos. El diablo es “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2.2) y por esto es también el “príncipe de la potestad del aire”. Lea usted lo que nuestro Salvador dice en cuanto al camino por el cual va la humanidad (Mateo 7.13–14). “Todas las gentes que se olvidan de Dios” pertenecen al dominio de Satanás, y, por tanto, “serán trasladados al Seol” (Salmo 9.17).

La gran lucha

Se está llevando a cabo una gran lucha por las almas. Dios está ofreciendo libertad a toda alma cautiva al haber sacrificado a su Hijo unigénito para lograr esa libertad. Por medio de la autoridad de Jesucristo hay mensajeros por todo el mundo que predicán las buenas nuevas de la salvación. La libertad del pecado en esta vida y la gloria del cielo en la eternidad instan a toda alma a que reciba a Jesucristo como su Salvador y Señor y que prosiga con esperanza hacia la meta celestial.

En cambio, Satanás no descansa ni de día ni de noche, sino que siempre trata de condenar y destruir al género humano. Todo lo que puede hacer, lo hace. Ya sea por medio de la mentira, el engaño o la calumnia él trastorna a los oidores de la verdad y los desvía del camino para que crean las fábulas.

Cada persona tiene que decidir quien tendrá el dominio de su alma: ¿Dios o el diablo?

¿Por qué las almas permiten que el diablo las esclavice?

El cristiano ha recibido el perdón de sus pecados, es libre de condenación y tiene la bendita esperanza de una corona eterna que le espera en el cielo. Pero el incrédulo vive una vida de sinsabores y en la eternidad será desterrado de Dios. ¿Por qué, pues, son pocos los que deciden seguir a Cristo y tantos los que se encuentran dominados por el diablo? A continuación presentamos algunas razones:

1. “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos” (2 Corintios 4.4)

Como Eva, los incrédulos piensan que las cosas que el diablo les muestra son buenas para comer, agradables a los ojos y codiciables para alcanzar la sabiduría. Cierran sus ojos a las bendiciones verdaderas de Dios, las cuales se pueden obtener solamente al humillarse ante Dios y al andar en santidad.

2. “Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Corintios 11.14)

Muchos han abandonado la fe verdadera porque algún incrédulo les ha hecho creer que han llegado a tener un entendimiento superior. Muchas

personas miserables, pobres e infelices han tenido una muerte horrible y han ido a una eternidad terrible porque dejaron que algún incrédulo los guiara en los pasos de los placeres pecaminosos. Muchos hombres han llegado a ser esclavos de la botella o del cigarro porque cuando eran jóvenes pensaron que ejercitaban su libertad al beber y fumar. Por el camino que al hombre le parece recto viajan multitudes de personas que han sido engañadas por Satanás y sus seguidores.

3. Por la tentación

Los hombres codician las cosas malas porque se dejan arrastrar por la tentación. “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1.15). La súplica de Satanás a la carne es agradable al hombre carnal, y frente a tal poder el único medio de escape es huir a la cruz para recibir limpieza por medio de la sangre de Jesús. De esa manera el alma recibirá la dirección del Espíritu Santo y la protección del amor y el poder de Dios. Para ver el contraste entre la derrota y la victoria a la hora de la tentación compare Génesis 3.1–6 con Mateo 4.1–11.

4. Por la negligencia

El reino de Satanás crece porque muchos que profesan conocer a Dios duermen espiritualmente. Piense usted por un momento como Satanás y sus huestes vigilan día y noche, y como los muchos que profesan ser cristianos son desobedientes, descuidados e indiferentes (Tito 1.16). No debemos extrañarnos de que el reino de Satanás crezca y que se incremente más y más la maldad. Entre tanto que los hombres duermen, el enemigo siembra la cizaña (Mateo 13.24–30). (Lea también Efesios 5.11–14.)

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 22

El pecado

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5.12).

¿Cómo sería el mundo si no hubiese guerra, ni homicidios, ni robos, ni pleitos familiares? ¿Cómo sería si todos los hombres fueran perfectos como lo fue Adán antes de pecar? Sería un lugar bello, ¿verdad? Al

comparar nuestro mundo pecaminoso con un mundo sin pecado se nos da una idea de cómo es el pecado.

El pecado ha sido definido de la siguiente manera: “cualquier pensamiento, palabra, acción, omisión o deseo contrario a la ley de Dios”. La palabra *pecado* se refiere a toda iniquidad y a la corrupción espiritual del alma. Es el opuesto de la justicia.

La Biblia define el pecado

- “El pensamiento del necio es pecado” (Proverbios 24.9).
- “Todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14.23).
- “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado” (Santiago 4.17).
- “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3.4).
- “Toda injusticia es pecado” (1 Juan 5.17).

El origen del pecado

El relato del origen del pecado en el mundo se encuentra en Génesis 3.1–8. Antes de que el pecado entrara en el mundo el hombre era puro y santo, vivía una vida muy feliz y estaba contento con todo. Él llevaba la imagen de su Creador; no sabía nada de la culpa ni de la muerte. El hombre estaba libre de toda condenación y gozaba de comunión con Dios. Pero después que Satanás engañó a Eva apareció entonces la primera transgresión del hombre, como dice en Romanos 5.12: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. La naturaleza del hombre fue cambiada. En vez de ser “bueno en gran manera” (Génesis 1.31) como lo hizo Dios, ahora Dios tuvo que decir del hombre: “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3.23).

El pecado de Adán y los pecados nuestros

Ser un pecador no depende de la clase o el tamaño de los pecados cometidos. Un hombre roba una manzana y otro hombre roba mil dólares. Delante de Dios los dos son culpables. No por robar una cosa grande o pequeña, sino por *robar*. Cuando Dios nos dice una cosa y hacemos otra, lo que nos aparta de Dios es el hecho que fuimos desobedientes. No nos engañemos, pues, pensando que los pecados nuestros no son tan malos como los de otras personas. Por tanto, aunque nuestro pecado parezca muy pequeño será suficiente para apartarnos de nuestro Dios. El pecado de Adán y Eva cuando comieron del fruto prohibido no parece importante en comparación con los

pecados y crímenes graves que se cometen en la actualidad. Sin embargo, su pecado bastó para separarlos de Dios y traer sobre ellos y sobre su descendencia la condenación de muerte.

1. El pecado de Adán

Un solo pecado destruyó la pureza, perfección, santidad y la vida del hombre. Este pecado no consistió solamente en extender la mano y tomar el fruto del árbol prohibido; tomar el fruto fue sólo el resultado del hecho de dejar a Dios y seguir a Satanás. El pecado, por lo tanto, fue la *condición* del alma y no sólo la *acción* de la mano que cogió el fruto. El hombre perdió su relación con Dios y por eso llegó a ser pecaminoso. Del pecado de Adán recibimos la corrupción de la naturaleza humana, la mortalidad y la separación de Dios. Esta condición se ha transmitido de generación en generación y conduce a cada persona al pecado propio. Solamente la sangre de Jesucristo puede quitar esta mancha. (Lea Salmo 51.5; Hechos 17.26; Romanos 3.9–23; 5.12–19; 2 Corintios 5.14 y Efesios 2.3.)

2. Los pecados cometidos

Cuando el pecado existe en el corazón, éste se manifiesta de algún modo en la vida de la persona. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17.9). Por tanto, “del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre” (Mateo 15.19–20).

A veces escuchamos la pregunta: ¿Soy yo responsable por el pecado de Adán? No. Pero el pecado de Adán, o mejor dicho la naturaleza pecaminosa que heredé de Adán, me hará pecar. Y eso sí me condenará delante de Dios.

3. Los pecados de omisión

Esto es cuando *no* hacemos las cosas que sabemos que debemos hacer. Dios, por medio de Santiago, nos dice: “Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado” (Santiago 4.17). Si sabemos que Dios quiere que hagamos algo, y no lo hacemos, pecamos.

El pecado imperdonable

Este tema fue debatido varias veces por Cristo y los apóstoles, y la seriedad del mismo exige que lo volvamos a revisar. A continuación citamos algunos versículos de la Biblia sobre el tema:

“Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será

perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mateo 12.31–32).

“Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (Hebreos 6.4–6).

Nuestro Salvador dio la solemne advertencia contra el pecado imperdonable porque los fariseos lo acusaron de echar fuera a los demonios “por Beelzebú, príncipe de los demonios,” atribuyéndole así a Satanás el poder que sólo Dios posee (Mateo 12.24). Con relación a la blasfemia contra el Espíritu Santo bien se ha dicho que no es por falta alguna del poder de la sangre de Cristo que jamás se perdona este pecado ni por falta de la misericordia perdonadora de Dios. Más bien, es porque los que cometen el pecado imperdonable desprecian y rechazan el único remedio para el pecado, el poder del Espíritu Santo que aplica al alma del hombre la redención por medio de la sangre de Cristo.

Algunas personas temen haber cometido el pecado imperdonable. A ellos se les puede hacer una pregunta: ¿Desea usted arrepentirse y dejar el pecado? Si la respuesta es “sí”, entonces no ha cometido el pecado imperdonable, pues una verdadera angustia y arrepentimiento por los pecados es la mejor evidencia que no se ha cometido el pecado imperdonable. La Biblia dice que para los que cometen el pecado imperdonable “es imposible que (...) sean otra vez renovados para arrepentimiento” (Hebreos 6.4–6).

No debemos concluir que alguien ha cometido el pecado imperdonable y dejar de llamarlo al arrepentimiento. ¿Cómo podemos estar seguros que la persona ya no puede arrepentirse? Es por eso que sería mejor seguir llamando al tal, aunque creamos que no puede arrepentirse que dejar de llamar a uno que pudiera.

Hay personas que, teniendo en cuenta estos versículos, declaran que cuando un cristiano cae en pecado nunca puede arrepentirse. Pasan por alto versículos como Santiago 5.19–20; 2 Pedro 3.9 y 2 Corintios 7.9.

Las dos lecciones prácticas que podemos aprender de la enseñanza bíblica sobre el pecado imperdonable son:

1. “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10.12).

2. El hecho de que pecar contra el Espíritu Santo es el único pecado que pone al hombre más allá del arrepentimiento destaca la gracia y la bondad de Dios.

Lo que nos hace vulnerables al pecado

1. La depravación heredada

Como dice Pablo, somos “por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2.3). Es decir, hemos heredado de Adán la tendencia hacia el pecado por medio de nuestros antepasados. Los hijos tienen la inclinación a pecar porque la han heredado de sus padres que también son pecadores. De manera que, sobre los padres descansa una gran responsabilidad de enseñarles a los hijos a refrenar su naturaleza pecaminosa y luego a encontrar en Cristo el remedio para su pecado.

2. La tentación

Satanás se aprovecha de la concupiscencia de los hombres, tentándolos a pecar. “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (Santiago 1.14). Por esta razón debemos huir de lo que atrae a nuestra naturaleza pecaminosa. (Lea Mateo 4.1–11; 6.13; 1 Corintios 10.13; Santiago 1.2–6, 12–17.)

3. La ignorancia

Por falta de entendimiento muchas personas han caído en pecados graves que han afectado toda su vida. Pero lo que necesita la humanidad no es el conocimiento del pecado, sino el entendimiento acerca del pecado. Este entendimiento debe ir acompañado junto con las instrucciones de cómo alejarnos de las garras mortíferas del pecado. (Lea Levítico 4.2–3; Salmo 79.6; Jeremías 9.3; Lucas 12.48; Hechos 17.29–30; Efesios 4.18.)

4. La ociosidad

Muchos jóvenes se han olvidado de los proverbios antiguos: “La ociosidad es la madre de todos los vicios” y “Una mente ociosa es el taller del diablo”. Ocúpese haciendo algo útil, algo que pueda hacerse para la gloria de Dios y escapará de muchos lazos en los cuales han caído los ociosos. Una de las maldiciones más grandes del tiempo moderno es que hay muchos padres que crían a los jóvenes sin enseñarles cómo trabajar. Dé trabajo a los ociosos del pueblo y limpie los lugares de ociosidad, y muchas de las maldades desaparecerán. (Lea Proverbios 10.4; 12.24; 13.4; 24.30–34; 26.15; 2 Tesalonicenses 3.10–12; 1 Timoteo 5.13.)

5. La indiferencia

La actitud de “¿qué me importa?” ha llevado a muchas personas a una vida de pecado. Al que nada le importa siempre escoge el camino que le parece más placentero, el camino de pecado.

6. La influencia de los malos compañeros

Nuestro peor enemigo, fuera de nuestra carne, es la persona que pretende ser nuestro amigo, pero nos insta a pecar. “Hijo mío, si los pecadores te quisieren engañar, no consientas” (Proverbios 1.10). ¿Ha visto usted lo que le pasa a una naranja buena después de haber estado entre naranjas podridas?

7. La avaricia

Hay gente que hacen ganancias por medio de negocios fraudulentos y no se dan cuenta que al sacrificar su integridad pierden algo de más valor que el dinero. Por tratar de mantener una posición alta en la sociedad, algunos han sacrificado una conciencia tierna sin darse cuenta que ellos salieron más bien perdiendo que ganando. Con el objetivo de ganar una posición alta anhelada algunos hombres se han envilecido renunciando a su integridad a cambio de ganancia o fama mundana. Cuando se sacrifican la piedad y la pureza a cambio de los tesoros mundanos (Proverbios 23.5) hay contaminación de pecado y la pérdida no puede ser recobrada con nada que este mundo ofrezca. Lea la historia del hombre rico y Lázaro (Lucas 16.19–31) y también la del rico insensato (Lucas 12.15–21).

8. La lisonja

Esto es algo que es más difícil resistir que la oposición abierta y directa. Es cierto que hoy, así como en los días de Salomón, “la boca lisonjera hace resbalar” (Proverbios 26.28).

Detrás de todo esto está la influencia y la obra del “padre de mentira” (Juan 8.44), el gran engañador de las almas que conoce las debilidades y las flaquezas de los hombres. Él no pierde ninguna oportunidad para conducirlos a la perdición. En resumen, todo pecador puede decir verdaderamente: “La serpiente me engañó, y comí” (Génesis 3.13).

Resultados del pecado

1. La muerte

El resultado del pecado se resume en esta advertencia a Adán: “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2.17). Y todas las citas que mostramos a continuación testifican que la muerte corporal y espiritual son la paga del pecado: “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18.4); “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6.23); “La muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”

(Romanos 5.12); “El pecado (...) da a luz la muerte” (Santiago 1.15); “Muertos en (...) delitos y pecados” (Efesios 2.1); “La que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Timoteo 5.6).

2. La corrupción

El pecado es un proceso que corrompe la persona haciéndola vil ante los ojos de Dios y vergonzosa a la luz de la justicia y santidad verdadera. Es algo que no se puede eliminar ni por medio de la civilización, ni de las buenas costumbres, ni de la cultura. Pues al fijarnos en los países que pretenden ser más civilizados también encontramos que los mismos son parte de los medios más vergonzosos de inmundicia. ¿Adónde se puede ir en este mundo sin que la corrupción sea tan evidente? En todas partes se nota que los hombres son “amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios” (2 Timoteo 3.2–4). El pecado es una enfermedad mortal que primero *corrompe*, y por último *destruye* alma y cuerpo (Romanos 1.20–32).

3. La miseria

Hay muchos que se engañan con la idea de que la religión sólo vale a la hora de la muerte; pero mientras viven prefieren la vida de pecado, suponiendo que sacan mayor satisfacción y placer del pecado. Pero, “no os engaños” (Gálatas 6.7). ¿Por qué hay tanta miseria, pobreza, aflicción, dolor, enfermedades y plagas en el mundo? Es por causa del pecado. ¿Por qué hay cárceles, penitenciarías y escuelas de reformatión de la conducta? ¿Por qué las peleas, las disputas, el asesinato, las persecuciones, las guerras y los otros pesares de la vida? ¿Por qué existen esas chozas miserables de prostitución en nuestras ciudades, el remordimiento de la conciencia, la angustia del alma y las esperanzas arruinadas? A causa del pecado. “¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amoratado de los ojos? Para los que se detienen mucho en el vino” (Proverbios 23.29–30). Esta lista de miserias y aflicciones es típica de lo que produce cualquier pecado. ¡Las palabras no bastan para describir los lamentos, los pesares y las desolaciones causadas por el pecado!

Es cierto que muchas veces el pecado trae lo que los hombres llaman placer. Como las drogas, el pecado da una sensación de placer momentáneo. Los que están bajo la influencia de este engañoso “jarabe que calma” miran con lástima o desprecio a los que andan en pasos de justicia y santidad verdadera. Pero tales placeres sólo son pasajeros. El que se toma un trago de vez en cuando corre el riesgo de llegar a ser el borracho que tambalea por las calles. El joven que fuma cigarrillos

finalmente llega a convertirse en un esclavo enfermo. El jugador de suerte corre el riesgo de caer bancarrota y un libertino entregado a los vicios llega a ser un destructor de hogares. Como un “jarabe que calma” el pecado puede tranquilizar por un tiempo, pero sólo adormece a la víctima y le asegura el terrible día de la ira y de la retribución.

4. La condenación eterna

Los peores resultados del pecado no se experimentan en esta vida, sino en la eternidad. Cualquier cosa que se experimente en este mundo será muy ligera en comparación con lo que ha de venir. El edicto está escrito: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6.7). Aquí sembramos, allá segamos. Si en esta vida sembramos para la carne, en el mundo venidero segaremos corrupción (Gálatas 6.8). Si aquí sembramos para el Espíritu, más allá segaremos vida eterna. Si los resultados del pecado aquí, manifestados claramente al hombre, son indescriptibles por la lengua y la pluma humana, ¡qué angustia y miseria habrá cuando se junten los lamentos y gemidos de las almas condenadas con los del diablo y sus ángeles, en medio de las llamas del infierno donde “el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”! (Apocalipsis 14.1 l).

La liberación del pecado

¿Acaso no hay manera de escapar? ¿No hay alguna manera en que los perdidos y encadenados por el pecado puedan librarse de su esclavitud y escapar del castigo del fuego eterno (Judas 7)? Gracias a Dios, sí la hay. Hay perdón por los pecados cometidos si cumplimos con los requisitos de Dios para tal perdón (Lucas 24.47). “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5.9). La gracia de Dios se extiende a toda alma. A cada persona encadenada por los grilletes del pecado le llega la invitación bondadosa y celestial: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios” (Isaías 45.22). No obstante, esta promesa se basa en la siguiente: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55.7). “Si no os arrepentís”, el único resultado será que “todos pereceréis igualmente” (Lucas 13.3).

La victoria sobre el pecado

La libertad del pecado sólo es posible cuando la persona se somete al poder de Dios y a la dirección de su Espíritu. No hay poder, ni en la tierra ni en el infierno, que pueda negar a cualquiera la victoria perfecta en nuestro Señor Jesucristo, con tal que la persona cumpla con los requisitos de la palabra de Dios. Aunque se trate de los hombres más fuertes y más inteligentes lo cierto es que: “separados de [Cristo] nada podéis hacer” (Juan 15.5). Sin embargo, el más débil puede decir: “Todo

lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4.13). ¿Cómo, pues, venceremos?

- **Por medio de la sangre del Señor Jesucristo:** “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero” (Apocalipsis 12.11).
- **Por medio de la fe:** “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5.4).
- **Al vestirnos de toda la armadura de Dios:** “Fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios (...) para que podáis resistir en el día malo, y (...) sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Efesios 6.10–16).
- **Por medio de la palabra:** “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119.11).

Nuestra lucha contra el pecado significa una batalla continua contra los poderes del maligno. Pero tenemos que recordar que “las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios” (2 Corintios 10.4). Confíemos en Dios; su poder es infinito, su amor es infalible y él promete que nunca dejará ni abandonará a los suyos. Es nuestro privilegio experimentar continua y diariamente lo descrito por Pablo: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8.37).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 23

La incredulidad

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo” (Hebreos 3.12).

La incredulidad es el pecado que sirve como puerta al reino de las tinieblas. Lo que la fe significa para la salvación lo es la incredulidad para la condenación. Así como ningún escrito acerca del plan de salvación está completo sin tratar el tema de la fe, igualmente ningún escrito acerca de la obra del diablo está completo sin tratar el tema de la incredulidad.

La incredulidad es a la fe lo que las tinieblas son a la luz. Al apagarse la luz, aparece la oscuridad para tomar su lugar; y habiendo desaparecido la luz, la oscuridad se enseñorea de todo. La incredulidad se encuentra

solamente donde la fe no existe. Donde la fe esté completa y sea perfecta, no podrá haber incredulidad.

Fue por la desobediencia de un hombre que el pecado entró en el mundo. Este hecho de desobediencia se muestra también cuando Eva cambió su fe en Dios por la fe en Satanás. No creer en Dios es el fundamento de todos los demás pecados (Tito 1.15). La incredulidad encierra a toda la humanidad (Romanos 11.32). Por el engaño del padre de mentira el mundo ha venido a ser el hogar de toda forma de incredulidad. Actualmente han surgido muchos tipos de incrédulos para ayudar al diablo a robar la fe de los hombres y destruir la obra de Dios en el corazón humano.

Tipos de incrédulos

- **El ateo** no cree en la existencia de Dios. Es el necio quien dice: “No hay Dios” (Salmo 14.1).
- **El pagano** niega que haya revelaciones directas de Dios. No cree que la Biblia es la palabra de Dios. Se opone al cristianismo verdadero.
- **El agnóstico** ni afirma ni niega la existencia de Dios; profesa una actitud neutral en cuanto a la fe cristiana. Limita su creencia a estas tres palabras: “Yo no sé”. En realidad, él es un pagano.
- **El filósofo** se toma la libertad de formar sus propias opiniones a pesar de lo que dice la Biblia. Así rechaza la autoridad de las sagradas escrituras.
- **El modernista** trata de explicar la doctrina cristiana desde el punto de vista de las creencias y los conceptos modernos.
- **El evolucionista** trata de sustituir el relato de la creación según Génesis por la teoría de un desarrollo lento. Piensa que el mundo se formó a través de millones de años y que los seres vivos van transformándose. Plantea que el hombre fue antes mono y que evolucionó con el paso del tiempo hasta llegar a convertirse en el hombre actual.

Todos estos tipos de incrédulos, aunque varían mucho entre ellos mismos y se contradicen el uno al otro, sin embargo, trabajan unidos al oponerse a la Biblia. Niegan que la Biblia sea una revelación directa de Dios al hombre y que sea infalible y de autoridad absoluta. Como resultado de las opiniones de todos estos tipos de incrédulos la iglesia cristiana de hoy se enfrenta con tales herejías destructoras como el ateísmo, el politeísmo, el panteísmo, el universalismo, el unitarismo, el materialismo y el racionalismo. En medio de esta confusión, Satanás está cosechando multitudes de almas engañadas.

Lo que nos hace vulnerables a la incredulidad

Cristo se asombró de la incredulidad de la gente en su tiempo (Marcos 6.6). ¿Acaso él no había cumplido con todas las profecías del Antiguo Testamento acerca de la venida del Mesías? Por su maravilloso poder de hacer milagros, por su sabiduría, el amor, la gracia y la bondad que él manifestó mientras estuvo físicamente en la tierra nadie debió haber dudado que él fuera el Mesías. ¿Acaso no se maravillaron los mismos judíos incrédulos de su sabiduría y poder? Sin embargo, aunque dijeron que esperaban la venida del Mesías, no creyeron en él. Más bien, lo mataron.

¿Acaso es más asombrosa la incredulidad de los judíos de aquel tiempo que la del mundo de nuestros días? Las evidencias del cristianismo están en todas partes. No solamente tenemos a Moisés y a los profetas, sino también el evangelio de Cristo, el testimonio de las vidas de los hijos de Dios, el Espíritu Santo y las manifestaciones de la gracia y el poder divino en los acontecimientos diarios del mundo. ¿Por qué, pues, está aún “el mundo entero bajo el maligno” (1 Juan 5.19), envuelto en el manto de la incredulidad? ¿Qué es lo que nos hace vulnerables a la incredulidad?

1. Codiciar el pecado

Muchas veces culpamos a *otros* de hacernos caer en el pecado, pero no debemos echarle la culpa a nadie sino a *nosotros mismos*. “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (Santiago 1.14). ¿Por qué el borracho no deja su botella, el fumador su cigarro, el jugador de suerte la mesa del juego, el hombre inmoral el burdel, el hombre codicioso su negocio deshonesto, el que busca placeres sus lugares favoritos de diversión, el hombre contencioso sus peleas, el irreverente su profanidad o el ladrón el hurto? No los dejan porque siempre *desean* lo malo. Cuanto más codiciamos las cosas malas, tanto menos estimamos la palabra de Dios. Luego concluimos que estas cosas no son tan malas como pensábamos y que la Biblia no significa exactamente lo que dice. Vemos a personas que una vez fueron fieles a Dios y a su palabra, pero después volvieron a los caminos del pecado. Quizá fue algo del mundo que ellos codiciaron, algún mandamiento del Señor que no quisieron obedecer o alguna cosa o negocio prohibido por la iglesia que los llevó a caer en pecado. Al principio, su conciencia los molestaba cuando pecaban, pero después de un tiempo la misma dejó de molestarlos. Sus deseos los han llevado a una actitud de desobediencia y tal desobediencia produjo un estado de incredulidad. Ahora se burlan de las cosas que una vez creyeron. Son como a los que Pablo se refería cuando dijo: “Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2.11).

2. Los intereses propios

Tal vez usted se haya sentado en su habitación tan fascinado con la lectura de un libro que no se fijó en ninguna otra cosa o tan interesado en un párrafo que ni siquiera vio el resto de la misma página que estaba leyendo. A lo mejor usted haya visto a personas tan preocupadas con sus negocios que perjudican sus vidas espirituales y que aunque alguien los amonestó una y otra vez nunca vieron algún peligro en lo que hacían.

¿Por qué los judíos no creyeron en Jesús? Ellos estaban tan interesados en el judaísmo que no quisieron ver la verdad. ¿Por qué en la actualidad hay tanta incredulidad en el mundo? Porque la gente busca los placeres, las riquezas, las vanidades y los engaños del mundo con tanta ansiedad que con nada desechan las advertencias de la Biblia, negándose a creerlas.

3. El engaño

¿Por qué Eva extendió la mano para tomar el fruto prohibido? Porque se engañó creyendo que el fruto que deseaba era mejor que lo que ya tenía. ¿Por qué los hombres roban, juegan lotería y hacen fraudes? El tentador les ha hecho creer que ésta es la manera más rápida, más fácil y mejor de obtener dinero. A medida que se van estimando más las cosas temporales y carnales, se estiman menos las cosas eternas y espirituales. Por esta razón los hombres rechazan a Dios y desconfían de Jesucristo, y siendo engañados creen que han encontrado algo mejor.

4. Las amistades mundanas

En esto se halla la base por tanta incredulidad. Los incrédulos inteligentes, educados, sociables y persuasivos son compañeros peligrosos para los jóvenes. Es de esta manera que muchos hogares, muchos clubes sociales, muchas iglesias, muchas escuelas y muchas universidades han sido convertidas en fábricas de incrédulos.

5. La literatura dañina

Un obispo joven estaba de visita en el hogar de otro obispo más anciano. Entonces vio en la mesa de la biblioteca un ejemplar del libro de Tomás Paine, *"The Age of Reason"* (La época de la razón). El joven obispo se quedó atónito.

—¿Qué? ¿Usted lee tales libros?

—Sí, ¿por qué no? —contestó el otro—. Quiero informarme de tales cosas para poder predicar contra ellas.

—Pero, ¿y sus hijos? —le preguntó el primero.

—No hay peligro — contestó el anciano—. Ellos casi nunca lo leen.

Sin embargo, sí había peligro. Los dos hijos se volvieron incrédulos. La literatura tiene poder, sea para el bien o para el mal.

Lo que hace la incredulidad

Resulta triste que muchos cristianos no se dan cuenta de los daños que la incredulidad está causando en tantos hogares, escuelas e iglesias. Por el bien de ellos y de los demás, examinemos lo que hace la incredulidad.

1. Debilita el poder de los obreros cristianos

En varias ocasiones la Biblia da ejemplos en los cuales se demuestra que hasta los discípulos no cumplían lo que debían por falta de la fe (Mateo 17.19–20). Para Dios todo es posible; pero para el hombre lo posible se mide conforme a la fe (Mateo 9.29). Sabiendo que la fe es la victoria que vence al mundo (1 Juan 5.4–5), concluimos que la falta de fe es en parte lo que ha impedido que más personas del mundo sean escogidas para servir a Cristo.

2. Impide la obra de Cristo

Según Marcos 6.5–6, Cristo no pudo hacer muchos milagros en su propio pueblo a causa de la incredulidad de la gente. La fe de parte de los obreros y también de los oidores de la palabra es indispensable para tener éxito en la obra de Dios.

3. Impide que los hombres entren en el reino de Dios

Los israelitas no entraron en el reposo de Dios “a causa de incredulidad” (Hebreos 3.19). De los que vivieron cuando estaba Cristo en la tierra, pocos entraron en el reino de Dios; pues la mayoría de los judíos permanecieron en incredulidad. El dicho “el que no cree, ya ha sido condenado” (Juan 3.18) es tan verdadero hoy como lo fue cuando se pronunció por primera vez. Los incrédulos pueden hacerse miembros de una iglesia, y muchas veces lo logran. Pero no hay lugar para ellos en la iglesia verdadera de Jesucristo. Cuando el carcelero preguntó sobre el camino de la salvación, los apóstoles le contestaron: “Cree en el Señor Jesucristo” (Hechos 16.31). Cuando el eunuco quiso saber si podía ser bautizado, Felipe le dijo: “Si crees de todo corazón, bien puedes” (Hechos 8.37). Finalmente, vemos que lo que acontecerá a los incrédulos es que “tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21.8). La Biblia no ofrece ninguna esperanza de salvación a nadie sino sólo por la fe en el Señor Jesucristo.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

La doctrina de la salvación

Somos salvos por la bondad y la gracia *de Dios*, y no por la bondad y la justicia *del hombre*. Esto pone la salvación al alcance de todo ser humano y nos impone una deuda eterna a causa de la dádiva preciosísima que Dios nos da al nosotros cumplir las condiciones necesarias.

Si estudiáramos la salvación desde el punto de vista humano, comenzaríamos con *La fe*; pero como Dios llevó a cabo nuestra redención aun desde la fundación del mundo entonces decidimos empezar con la obra de Dios en *La expiación*. Sin embargo, el orden de estos temas es más o menos arbitrario, pues no hay orden cronológico para su ubicación. Además, todos estos temas están tan estrechamente relacionados que ninguno de ellos puede excluirse del plan perfecto de Dios para la salvación.

Para una mejor descripción de la salvación, volvamos a la Biblia:

“Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3.3–7).

En los nueve capítulos siguientes presentamos esta doctrina más detalladamente como lo enseña la Biblia.

Capítulo 24

La expiación

“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5.10–11).

La expiación resumida

Una vez estuvimos muy lejos de Dios (Efesios 2.12–13). Cuando el hombre pecó, no solamente llegó a ser un ser pecaminoso, sino que estaba también sin recurso o auxilio para volver a Dios. Del hombre caído está escrito: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas” (Isaías 53.6). “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3.23). “La muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5.12). Ningún hombre pudo redimirse de su pecado al hacer buenas obras ni por su bondad humana, ni por sus riquezas, ni aun por la obediencia estricta de la ley. El hombre estaba *perdido*; esa palabra resume toda la historia.

Pero Dios, quien creó al hombre a su propia semejanza, quiso que el hombre tuviera la oportunidad de resplandecer a la imagen suya en la eternidad. Por eso Dios proveyó para la expiación del pecado al enviar al mundo a su propio Hijo amado, Jesucristo. Jesús era el unigénito del Padre y como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo murió en la cruz para quitar el pecado del mundo (Juan 1.29). “Por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53.5). También dice: “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10.14). Sólo por los méritos de la sangre que derramó Jesucristo podemos nuevamente tener acceso al Padre, y como coherederos con Jesucristo otra vez nosotros podemos contemplar el futuro con esperanza.

La expiación es lo que Dios provee para reparar los efectos de nuestro pecado. Por medio de la misma él quita nuestra culpa y restaura su relación con nosotros.

El día de la expiación

Dios introdujo la expiación en el Antiguo Testamento. Un estudio de la expiación en ambos pactos es necesario para darnos un entendimiento amplio de esta doctrina.

1. El antiguo pacto

Los judíos celebraban un día de humillación nacional, guardando el décimo día del mes séptimo (Levítico 16; 23.26–27). En ese día confesaban sus pecados y ofrecían una ofrenda para la expiación de los mismos. Preparaban dos machos cabríos; mataban uno y sobre la cabeza del otro el sacerdote ponía los pecados del pueblo y lo enviaba al desierto. De esa manera los pecados de la gente les eran remitidos. Los animales inocentes sufrían por el pecado y los pecadores culpables podían regresar a sus casas libres de toda culpa.

La obra de estos animales expiaba el pecado porque era una sombra de la obra de Cristo como el Cordero de Dios. Su sufrimiento y muerte por el pecado del pueblo cumplieron todos los sacrificios judíos que jamás habían sido ofrecidos. “La ley, teniendo la sombra de los bienes

venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan” (Hebreos 10.1). (Lea también Hebreos 9; 10.14).

2. El nuevo pacto

Como ya notamos, los sacrificios judíos sólo eran un símbolo del sacrificio perfecto, Jesucristo. El sacrificio perfecto de Cristo cumplió el propósito de los sacrificios que se ofrecieron bajo la ley, pues todos estos se cumplieron en él. Así la expiación del antiguo pacto introduce la del nuevo pacto, y la expiación del nuevo pacto cumple la expiación del antiguo.

Nosotros hoy podemos pensar en nuestro día de expiación en dos sentidos: (1) Podemos meditar en el día en que Jesucristo estuvo colgado, ensangrentado en la cruz, donde “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10.14). (2) Esta nueva época es un “día de expiación”, porque tenemos acceso continuo al altar de Cristo, nuestro gran sumo sacerdote. En cualquier momento podemos aceptar ese sacrificio como expiación por nuestros pecados y volver a Dios regocijándonos, perdonados y sin pecado. La muerte de Cristo es nuestra esperanza eterna.

La muerte de Cristo

1. Nuestra propiciación

Al Cristo morir llegó a ser “la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 2.2). Es decir, la muerte de Jesús es el sacrificio que satisfizo la justicia divina en contra de nuestro pecado. Jesús es el que “Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3.25). Hemos sido reconciliados con Dios por los méritos de la sangre de Jesucristo. La justicia y la misericordia de Dios fueron reconciliadas en cuanto a los pecadores cuando Jesús expió “los pecados del pueblo” (Hebreos 2.17). Por él la ira de Dios ha sido calmada, y ahora podemos acercarnos a Dios confiando que los requisitos de justicia han sido cumplidos.

2. Nuestro Cordero

En el Antiguo Testamento Dios introdujo el principio que un inocente puede llevar los pecados de los culpables y proveer perdón para los mismos. Dios dio la expiación a los sacerdotes para “llevar la iniquidad de la congregación, para que sean reconciliados delante de Jehová” (Levítico 10.17). En el día de la expiación el sacerdote ponía los pecados de la gente sobre la cabeza de un macho cabrío que más tarde era llevado al desierto (Levítico 16). Esto es una figura de las víctimas de los sacrificios que llevaban los pecados ajenos y morían por los mismos en

el altar. En cada situación Dios aceptaba la obra de un inocente para efectuar el perdón del culpable.

De la misma manera, Cristo, el Cordero de Dios inocente, murió a fin de proveer perdón para los culpables. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53.6) y él se ofreció en la cruz por los mismos. Jesús puso “su vida en expiación por el pecado” (Isaías 53.10). Si creemos en él y en la eficacia de su sangre entonces su muerte física nos salva del castigo que merecen nuestros pecados: la muerte eterna. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21).

3. Nuestro abogado

La vida de Jesucristo en la tierra hizo posible que él se convirtiera en nuestro abogado en el cielo (Hebreos 2.16–18; 4.15). Luego de haber sido crucificado, él ascendió a la gloria y ahora está a la diestra del Padre como nuestro representante, intercesor y abogado. Esteban vio a Jesús que estaba a la diestra de Dios (Hechos 7.55–56). Cristo vive “siempre para interceder” (Hebreos 7.25) por todos los que por medio de él se acercan a Dios. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2.1).

Algunas opiniones erróneas

Existen numerosas teorías relacionadas con la muerte de Cristo que pueden parecer buenas, pero que en realidad son contrarias a la doctrina de la expiación del pecado por medio de la sangre que derramó Jesucristo en la cruz. Veamos algunas de ellas:

1. Que Cristo sólo padeció la muerte de un mártir

La Biblia no se refiere a la muerte de Cristo como a la de un mártir. Cristo dijo claramente que él no iba a morir a la fuerza, sino que *daría* su vida voluntariamente (Juan 10.17–18). Y, además, él dijo por qué daría su vida “en rescate para muchos” (Marcos 10.45). Pedro dice que Cristo fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2.23). Tal opinión de la muerte de Cristo puede producir mártires, pero no puede salvar a los pecadores. La muerte de Cristo significa mucho más que la muerte de un mártir. Significa la salvación de los pecados.

2. Que la muerte de Cristo sólo es un ejemplo de heroísmo

Si este hubiera sido el propósito de su muerte entonces, ciertamente, fue en vano. El valor de Cristo ha servido de inspiración a muchos de sus seguidores; pero su muerte no fue más heroica que el resto de su vida. El pecador necesita no sólo un ejemplo, sino *la salvación*. La gran

obra de Cristo en la cruz fue la de la expiación, no del ejemplo. Su vida entera nos muestra un ejemplo perfecto del valor.

3. Que la muerte de Cristo fue un hecho casual

Hace algunos años yo leí una carta que pretendía ser escrita por Poncio Pilato. En esa carta Pilato declaraba que si hubiera tenido un día más para meditar en cuanto a su decisión él nunca hubiera permitido que Jesús fuera crucificado. Algunas personas contienden que la muerte trágica de Cristo fue algo casual y que la misma resultó por la combinación desafortunada de las circunstancias que trajeron el fin de su carrera. Si este hubiera sido el caso, entonces la mayor parte de la Biblia hubiera tenido que ser escrita nuevamente y la declaración de Cristo en cuanto a su poder (Mateo 26.53; 28.18) sería una mentira. Los muchos pasajes bíblicos que enseñan que su muerte fue necesaria para redimir al hombre también serían mentira si sólo murió por pura casualidad. Cristo fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2.23).

4. Que Cristo sólo murió para mostrarle a la gente cuánto los amaba

Sin embargo, ya Dios había mostrado su amor hacia los hombres pecaminosos repetidas veces. Cada vez que la Biblia menciona acerca del amor de Dios al enviar a su Hijo para morir en la cruz por nosotros, también menciona acerca de *la salvación*: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.16). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4.10). Hay muchas maneras en que Dios manifiesta su amor hacia los hombres, pero sólo hay una manera en que los redime: por medio de la sangre de Cristo.

5. Que en su muerte Cristo sufrió el castigo por nuestros pecados

Unos dicen que Jesús ocupó nuestro lugar voluntariamente como un pecador perdido y por eso recibió nuestro castigo de la muerte y el infierno. Pero la Biblia no dice tal cosa. Es cierto que la muerte resultó del pecado y que Cristo murió por el pecado. Pero él no tomó de las profundidades de la muerte, o sea, la muerte espiritual, sino él *gustó* la muerte por todos (Hebreos 2.9). No murió espiritualmente en el infierno, sino murió físicamente en la cruz, dando así su sangre para quitar el pecado de muchos. La Biblia dice claramente que es la sangre que fluyó de su cuerpo moribundo lo que provee la salvación, pues “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9.22).

Jesús no fue castigado como pecador, sino fue sacrificado como un cordero inocente. “Se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos

9.14). Es erróneo creer que no queda castigo por nuestros pecados porque Cristo ya sufrió por lo mismo. No es que el castigo ha sido agotado, sino que el perdón ha sido logrado. “Tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1.7).

Una prueba mediante la cual se debe probar cada teoría de la expiación es cuánta importancia atribuye esa teoría a *la sangre*. ¿Acaso esas teorías aceptan el sacrificio expiatorio de Cristo para limpiarnos del pecado por medio del poder de su sangre? Lo siguiente, escrito por Joseph Parker, expresa la creencia bíblica de la expiación: “En este momento yo siento que Cristo está haciendo algo por mí en la cruz. Yo siento que su muerte es mi vida, su sacrificio es mi perdón, su crucifixión la propiciación por mis pecados, que del Gólgota, el lugar de la Calavera, mis flores de paz y gozo florecen y que en la cruz de Cristo me glorío”.

La naturaleza de la muerte de Cristo

1. Fue por decreto divino

Cristo fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2.23). Aquí se demuestra que este era el plan de Dios para la redención de los hombres pecaminosos.

2. Fue voluntaria

Cristo fue crucificado porque él se entregó a sí mismo al decreto divino. No fue porque los judíos o los romanos tenían más fuerza que él. (Lea Mateo 26.47–56; Juan 10.17–18; 18.4–11.) Los que ejecutaron a Jesús no se dieron cuenta de que por medio de ellos Dios se glorificó (Salmo 76.10). De esta forma ellos únicamente estaban cumpliendo el plan de Dios para que tanto ellos como muchos otros tuvieran acceso al poder limpiador de la sangre del Cordero de Dios.

3. Fue expiatoria

“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). En el manantial carmesí que fluyó del Gólgota hay un poder limpiador para lavar los pecados de todos los que vienen a él por medio de la fe. Mirando hacia “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1.29), oramos: “Lávame, y seré más blanco que la nieve” (Salmo 51.7).

4. Fue por nosotros

Era el plan de Dios que padeciera “el justo por los injustos” (1 Pedro 3.18). De nada nos sirve la muerte de Jesucristo en la cruz si no creemos que él se ofreció por nosotros, pagando el precio de nuestra

redención. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53.6) y “él se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9.26). Cualquiera que cree en él encuentra el perdón de sus pecados y es reconciliado con Dios.

5. Fue mediadora

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2.13). Por su muerte, Jesús nos reconcilia con Dios. “Es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9.15). (Lea también Efesios 2.12–19.)

6. Fue causa de padecimiento

“¿Quién ha creído a nuestro anunció? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Isaías 53.1–10).

7. Fue gloriosa

Contemplemos al Hijo de Dios en la cruz. En medio de sus sufrimientos, él oró por sus enemigos. Jesús también le habló palabras de paz y perdón al ladrón a su lado. El Señor hizo provisiones para su madre y encomendó todo su ser al Padre. El poder maravilloso de Dios se manifestó al partirse las rocas, al temblar la tierra y al rasgarse en dos el velo del templo. Aquellas últimas tres horas de la crucifixión del Señor Jesucristo fueron tan maravillosas y extraordinarias que aun el centurión romano y sus compañeros exclamaron: “Verdaderamente éste

era Hijo de Dios” (Mateo 27.54). “Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmo 107.8).

¿Quién se beneficia?

1. Dios incluyó a todos en su plan de salvación

La invitación de Dios se extiende a “todos los términos de la tierra” (Isaías 45.22) y la salvación es gratuita a “todo aquel que en él cree” (Juan 3.16). No es la voluntad de Dios que “ninguno perezca” (2 Pedro 3.9); pues Cristo se entregó “en rescate por todos” (1 Timoteo 2.6). Dios en su plan de salvación proveyó para la redención de *todos* los hombres en *todo* siglo, pues él “no hace acepción de personas” (Hechos 10.34). La comisión de Cristo a sus discípulos fue de ir y hacer “discípulos a *todas* las naciones” (Mateo 28.19).

2. La expiación del pecado beneficia solamente a los que creen

Aunque la expiación del pecado es para todos, la misma está disponible solamente para los que tienen la voluntad de aceptar las condiciones; porque la salvación no es obligatoria. La Biblia habla mucho acerca de que solamente los creyentes penitentes que aceptan a Jesucristo como su Salvador y Señor pueden ser salvos. Aclararemos este punto en los capítulos sobre *La fe* y *El arrepentimiento*.

Veamos este ejemplo: Un multimillonario hace un depósito enorme en un banco e invita a todos los endeudados a sacar de este fondo hasta que todas sus deudas estén completamente pagadas. Aunque la oferta es para “todo aquel que quiera” y todos tienen la oportunidad de salir de sus deudas, solamente los que se aprovechan de la oportunidad participarán de los beneficios de la oferta generosa. Así es con la redención. Solamente los que se aprovechan de la oportunidad llegarán a ser libres de sus pecados.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 25

La redención

“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1.7).

La palabra *redimir* significa “rescatar, librar y comprar de nuevo” (Levítico 25.25–27; 1 Corintios 6.20; 7.23). Como algo empeñado puede ser redimido pagando la suma requerida de dinero, así el hombre,

perdido en pecado y sin esperanza, por la gracia de Dios ha sido redimido por la sangre del Cordero.

En el Antiguo Testamento Dios dijo a los israelitas que los primogénitos machos le pertenecían a él. Pero les dio la oportunidad de *redimir* algunos de los mismos. Por ejemplo, ellos pudieron “comprar” de Dios un asno que era primogénito para utilizarlo en un sacrificio a cambio de sacrificarle (pagarle) un cordero. Así el precio de la redención del asno era un cordero (Éxodo 13.11–13). Como el asno podía ser redimido si el dueño daba un cordero suyo a Dios, así el hombre perdido en pecado fue redimido cuando Dios ofreció su Cordero en la cruz. Para redimir al hombre caído (comprarlo de nuevo para sí), Dios tuvo que dar a su Hijo unigénito.

En el capítulo anterior vimos la obra de Cristo al expiar nuestro pecado para reconciliarnos con Dios. Su sangre vertida pagó el precio de nuestra redención. El hombre salvado ya es posesión de Dios y adquirido por la sangre preciosa de Jesús.

La redención de Dios

1. “Vendido al pecado”

El hombre caído no pertenece a Dios, sino al diablo. Su estado se describe en las siguientes palabras: “Soy carnal, vendido al pecado” (Romanos 7.14). Como Esaú, que por una sola porción de potaje vendió su primogenitura, así el pobre pecador vende su alma por un solo “pedazo de carne” por medio del cual el diablo lo tienta. Al ser vendido al pecado entonces el pecador está sin recurso. La ley sella su condenación porque le muestra que no puede vivir una vida que le agrada a Dios por más que se esfuerce. Ahora él está destinado a vivir esta vida y la venidera perdido, miserable, desamparado y sin Dios a menos que aplique la sangre del Señor Jesucristo a su vida para que Dios lo redima.

2. La sangre es nuestro rescate

El “rescate” es lo que uno paga para recobrar o redimir algo para sí. Al hombre le es imposible pagar su propio rescate o el de otro (Salmo 49.7–9). El hombre no tiene con que pagar el alto precio de su redención. Su única esperanza es que Dios mismo lo pague. Y ya lo ha hecho.

Cristo, nuestro Redentor, ofreció *su propia sangre* para comprarnos de nuevo para sí. Como Cristo mismo dijo, él vino “para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.28). Pedro nos dice que somos redimidos, no con cosas corruptibles como plata y oro, “sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1.19). Pablo añade su testimonio, diciendo:

“Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2.5–6).

3. El Espíritu Santo es las arras de nuestra herencia

Aunque Cristo ha pagado el precio de nuestra redención no experimentaremos el cumplimiento completo de la misma hasta llegar a la gloria. Dios nos ha dado el Espíritu Santo como evidencia que nos ha redimido para siempre. Nos ha dado de sí mismo para mostrarnos que en verdad pertenecemos a él. “Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Efesios 1.13–14).

4. La redención es para todos

Una de las verdades más bellas de la redención de Dios es que la misma es para todos los pueblos, en toda nación, en toda región y en todo tiempo. Si alguno que conoce el plan de Dios no se salva, es por su propia culpa, pues Dios proveyó para la redención eterna de toda persona.

La redención es también para los santos del Antiguo Testamento. “Es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9.15).

Y la redención es para todos los santos del Nuevo Testamento. “Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.14).

En fin, la redención es para todo aquel que quiera alcanzarla. “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5.9).

Resultados de la redención

Los redimidos gozan de:

1. Liberación del dominio del diablo

Por medio de su muerte, Cristo destruyó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y libr[ó] a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2.14–15). El pecado ya no tiene dominio sobre nosotros (Romanos 6.14). Estamos libres para servir a Dios en justicia con una conciencia limpia. El pecado frustró a los que vivieron bajo la ley de Moisés porque nunca

podían librarse de sus garras. Pero “Cristo nos redimió de la maldición de la ley” (Gálatas 3.13).

El mundo está bajo el dominio del diablo y también está condenado con él. Pero Cristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo” (Gálatas 1.4). Fue de esta liberación que Pablo se regocijó, diciendo: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6.14).

“El postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15.26). La promesa es: “De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte” (Oseas 13.14). Los redimidos del Señor no temen al sepulcro porque el retorno del cuerpo al polvo significa también un retorno del espíritu a Dios y por fin habrá una “redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8.23) así como del alma. Mientras que los impíos “sufrirán pena de eterna perdición” (2 Tesalonicenses 1.9), los justos descansarán seguros en la esperanza de aquel “que rescata del hoyo tu vida” (Salmo 103.4).

2. Reconciliación con Dios

“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio” (Colosenses 1.21–23). Hay dos cosas que se mencionan de manera especial: (1) que podemos ser reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo y (2) que tenemos que permanecer en “la esperanza del evangelio”. Dios ha hecho su parte en la redención e hizo posible que el hombre hiciera la suya. ¿Acaso permaneceremos firmes en la fe?

3. Perdón de pecados

“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1.14). Pablo declara en su carta a los efesios esta misma verdad al hacer mención de que recibimos este perdón “por las riquezas de su gracia” (Efesios 2.7). Cuando somos redimidos entonces damos a conocer que fuimos pecadores y que ahora somos salvos por gracia.

4. Justificación

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3.24). La redención hecha por Cristo nos justifica para que podamos presentarnos ante Dios, porque ahora tenemos la justicia que es por la fe en su Hijo amado.

5. Santificación

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa” (Efesios 5.25–27). (Lea también Tito 2.11–14; Hebreos 10.10, 14; 13.12.)

6. Ciudadanía celestial

Por medio de la redención llegamos a ser hijos de Dios. Pablo lo llama “la adopción de hijos” (Gálatas 4.5). “Para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.14). Pedro declara que el pueblo de Dios es “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2.9). Hemos sido llamados del mundo pecaminoso para ser “pueblo adquirido por Dios”.

Debemos recordar que los redimidos del Señor, salvados, “santificados, útiles al Señor” son su propia “posesión adquirida” (1 Corintios 6.20). También debemos recordar que ellos andarán en el camino de la santidad del Rey (Isaías 35.8–9), esperando el tiempo cuando los redimidos volverán a Sión con gozo (Isaías 35.10) y sólo ellos cantarán juntos la historia bendita de la redención en el cielo.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

CAPÍTULO 26

La fe

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11.1).

El elemento esencial de la fe es la confianza. La fe es (1) “la certeza de lo que se espera”, (2) “la convicción de lo que no se ve”. En otras palabras, es una confianza muy segura en algo que no podemos ver o tocar. Hay cosas que percibimos por los sentidos de la vista, del oído, del tacto, etc.; otras las conocemos simplemente porque confiamos en que se nos ha dicho la verdad. Por ejemplo, usted cree que existieron tales hombres como Julio César, Martín Lutero, Simón Bolívar y otros personajes históricos no porque los conoció, sino porque usted *confía* en los medios por los cuales recibió la información. Las cosas que llegan a nosotros directamente por medio de los sentidos no son de fe, sino de conocimiento.

Hay personas que dicen que es sólo por ignorancia que la gente acepta algo como verdadero sin una evidencia positiva y directa. Pero la vida misma de los que así dicen contradice su dicho, pues casi no hay un

día en que ellos mismos no dejan de confiar en la palabra de otros, sin preguntar. Por ejemplo, al subir a bordo de un autobús para viajar hasta un pueblo que no conocen, las mismas creen que van hacia ese pueblo porque así se los informó el conductor. No *saben* si van para ese pueblo, pero sí lo *creen*. Por todos lados están rodeados de cosas o circunstancias de las cuales no saben absolutamente nada, excepto lo que otros les han dicho. Como la fe cristiana es esencial a la vida cristiana, así la fe en lo que no se ha visto es esencial a cualquier clase de vida. Notemos, pues, algunas tipos de fe.

Tipos de fe

La palabra “fe” puede aplicarse de manera general. Un ejemplo pudiera ser como se describe en estos versículos bíblicos a continuación.

“Porque por fe andamos” (2 Corintios 5.7). “Que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). La fe puede también aplicarse a la verdad revelada por Dios. No obstante, la fe pudiera ser el resultado de nuestra confianza en los hombres o en las cosas.

Pudiera decirse que existe una fe natural y una fe bíblica. La fe natural es la confianza que los seres humanos tienen unos en otros. Por ejemplo, cuando creen que el autobús se dirige hacia el lugar que les informa el conductor.

Cuando hablamos de fe bíblica nos referimos a algo totalmente diferente de la fe natural. El hombre que sólo tiene una fe natural llega al límite de su propio conocimiento o del conocimiento de otros en quienes tiene confianza. Este tipo de fe no cree en la creación ni en la eternidad. Sin embargo, el hombre que posee fe en la palabra de Dios va más allá de esto. Él cree aun en lo que nadie jamás ha visto porque él cree que la Biblia es la revelación divina y milagrosa de Dios al hombre. Puesto que la Biblia lo dice, él cree que Jesucristo es el Hijo de Dios, que nació de una virgen, nos dio el evangelio infalible, murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.

La fe que los hombres profesan tener en Dios es de dos tipos: la fe que es muerta y la fe que es viva.

1. La fe “muerta”

Leemos acerca de esta clase de “fe” en Santiago 2.14–26. Aquí dice que “la fe sin obras es muerta”. En otras palabras, la falta de obras es evidencia que la fe no es genuina. De esta manera nadie puede pensar que la fe sin obediencia es suficiente.

2. La fe viva

La fe viva es “la fe que obra” (Gálatas 5.6). Este es el tipo de fe que atrae al alma y estimula al individuo a actuar. ¿Por qué el agricultor siembra su grano? Porque él tiene fe en que habrá una cosecha. ¿Por qué las personas depositan su dinero en el banco? Porque tienen fe en la estabilidad del banco. ¿Qué sucedería entonces si no hubiera esperanza de cosecha ni confianza en la estabilidad del banco? No habría siembra ni dinero depositado. ¿Qué conmovió al eunuco a pedir el bautismo (Hechos 8.36–38) y a Cornelio a mandar a llamar a Pedro (Hechos 10)? La fe. ¿Por qué la gente se aparta de Dios? Por la falta de fe. Es la fe viva lo que conmueve al hombre a buscar la gracia de Dios; y habiendo encontrado esta gracia, lo anima a mantenerla hasta el fin.

Esencial para la salvación

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16.31). “El que no cree, ya ha sido condenado” (Juan 3.18). El Señor nos advierte que “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11.6). Estas declaraciones nos aseguran que la única manera posible para llegar a la gracia salvadora de Dios es por medio de la fe viva. Si no hay fe, no hay salvación.

¿Cómo es que viene la fe?

1. Por oír la palabra de Dios

“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10.17). Es el plan de Dios que la gente llegue al conocimiento de la verdad por medio de la predicación de la palabra (1 Corintios 1.21). De los millones de almas no salvadas de este mundo se dice: “¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique?” (Romanos 10.14).

2. Por la oración

La oración de los discípulos al Señor fue: “Auméntanos la fe” (Lucas 17.5). Nosotros también debemos orar lo mismo. Fue la oración de fe de Cornelio (Hechos 10.30–31) que le trajo el mensajero que lo guió a él y a su casa a la fe viva. ¿Siente usted una falta de la fe vencedora? Ore. ¿Siente usted que otros deben ser bendecidos con una fe más fuerte? Ore. ¿Siente usted la necesidad de un avivamiento que traerá a los salvos y a los incrédulos a una fe victoriosa? Ore.

3. Por el Espíritu Santo

“...a otro, fe por el mismo Espíritu” (1 Corintios 12.9). La misión del Espíritu Santo es guiarnos a “toda la verdad” (Juan 16.13), testificar de Cristo (Juan 15.26) y traer el evangelio de Cristo a nuestra memoria (Juan 14.26). Podemos ver que por él los santos de Dios son guiados a una fe plena. A la misma vez, por su poder convincente los pecadores son conmovidos a creer en la predicación de la palabra.

4. Por el ejemplo de otros

“Sé ejemplo de los creyentes” (1 Timoteo 4.12). A medida que su fe se fortalece por la influencia de otros, su propia influencia sobre otros fortalecerá o debilitará la fe de ellos, dependiendo de qué clase de ejemplo sea usted.

Lo que Dios hace cuando tenemos fe

La fe en Jesús es la llave que abre la puerta a todas las bendiciones de la vida redimida. Cristo resume todo esto cuando dice: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16.16). Volvamos a la palabra de Dios y aprendamos de ella lo que Dios hace por el creyente cuando éste pone su *fe* en Jesús.

1. Asegura la salvación

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16.31). (Lea también Juan 3.16; Romanos 3.28; 5.1.)

2. Nos asegura un lugar en la familia de Dios

“A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1.12). “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3.26).

3. Asegura la justificación

“En él es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13.39). “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3.28).

4. Trae gozo y paz

“Aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1.8). “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5.1).

5. Sana el cuerpo

“La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará” (Santiago 5.13–15). No es la voluntad de Dios sanar en cada situación, pero muchas veces sí lo es. Lo cierto es que él contesta las oraciones de fe al sanar al enfermo.

6. Provee un escudo para el cristiano

“Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Efesios 6.16).

7. Guía al cristiano

“Por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5.7). Cuando andamos por vista lo hacemos tal y como el mundo lo hace. Pero cuando andando por fe, nuestros pasos se dirigen hacia el cielo afirmados en nuestra confianza en Dios.

8. Santifica al cristiano

“Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26.18).

9. Nos une a Dios

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1.13). (Lea también Juan 6.67–69; 1 Pedro 1.5.)

10. Nos asegura que Dios nos dará poder

“Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible” (Mateo 17.20). “Al que cree todo le es posible” (Marcos 9.23). La fe nos une con los propósitos y el poder de Dios. Las montañas de dificultades se vencen por medio del poder de la oración de fe.

11. Nos asegura que Dios nos dará poder para vencer

“Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5.4). Para un estudio más profundo de lo que hace la fe por el creyente, lea el capítulo 11 de Hebreos.

La prueba de nuestra fe

Santiago habla del lado práctico de la fe cuando nos recuerda que “la fe sin obras es muerta” (Santiago 2.20). Es más fácil *decir* “yo creo”, que demostrar nuestra creencia por lo que *hacemos* cuando estamos expuestos a las pruebas y la aflicción. Entre tanto que había panes y peces para comer, todos creyeron en Jesús; pero cuando él predicó su sermón acerca del pan de vida (Juan 6), poniendo así al pueblo a la prueba verdadera en cuanto a su fe, dice Juan 6.66 que “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”. En aquel momento la fe de muchos fue probada y fue evidente que a algunos les faltó la fe.

1. Prueba la veracidad de nuestra profesión

Aquel sermón escudriñador de Cristo sobre el pan de vida resultó en una purificación de los discípulos. Los fieles se quedaron con él; los demás “volvieron atrás”. Otro ejemplo se encuentra en la historia de Rut. Ella siguió fielmente con Noemí, mientras que Orfa, por mucho que quería acompañarla, volvió atrás al darse cuenta de todo lo que significaría acompañarla. Así hoy en la iglesia, cuando hay oposición o tentación, los fieles quedan firmes mientras que los infieles se descarrían.

2. “Produce paciencia”

El testimonio de Santiago es el siguiente: “Sabiedo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (Santiago 1.3). Este testimonio se verifica frecuentemente en las vidas de las personas que profesan seguir a Cristo. Hay un poder refinador en las pruebas que trae la vida diaria que consume la escoria y produce lo mejor que hay en el hombre. Además, tenemos los ejemplos de fe de algunos de los personajes bíblicos. Abraham, por ejemplo, cuando fue llamado a ofrecer al hijo de la promesa; José, perseguido por sus hermanos y esclavizado y encarcelado en Egipto; Daniel y sus tres compañeros en Babilonia. Por tanto, “tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (Santiago 1.2–3). En todo esto es importante saber que no nos ha “sobvenido ninguna tentación que no sea humana, pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir” (1 Corintios 10.13). Esto quiere decir que Dios suple la gracia para resistir cada prueba que viene a nuestra vida. Cada prueba que nosotros resistimos purifica nuestra fe y añade valor a la utilidad de nuestra fe en nuestro servicio a Dios y a los hombres.

3. Cuando se resiste, se asegura la corona de justicia

Los que resisten y triunfan ante la prueba pueden testificar como lo hizo Pablo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Timoteo 4.8).

Las obligaciones de la fe

Ahora nos enfrentamos con otra pregunta: ¿Cuál debe ser la actitud del cristiano hacia la fe? Al volver a la palabra de Dios nosotros vamos a encontrar la siguiente amonestación:

1. “Cree en el Señor Jesucristo” (Hechos 16.31)

Este versículo bíblico ya ha sido considerado como una *condición* para la salvación. Ahora nosotros lo estamos presentando como una *obligación* cristiana. Los que obedecen este mandamiento cumplen los requisitos de la fe cristiana. Cuando se obedece este mandamiento de

creer en el *Señor Jesucristo* entonces llegamos a apreciarlo a él como: (1) “*Señor*” —él es nuestro Maestro que tiene autoridad sobre nosotros en todo; (2) “*Jesús*” —el Hombre de Galilea, quien nació de una mujer; (3) “*Cristo*” —el ungido de Dios. Si su fe en Cristo abarca estas tres identidades, usted cumple todos los requisitos de la fe cristiana.

Tome su Biblia y vea cuántas veces se nos *manda* a creer.

2. “Que contendáis ardientemente por la fe” (Judas 3)

No es suficiente que creamos solamente; se nos exhorta a promulgar nuestra creencia. Esta actitud se ejemplifica en Lucas 1.1–4. Comprobamos la sinceridad de nuestra fe en Jesús apoyando fielmente su evangelio y dándolo a conocer a otros.

3. “Estad firmes en la fe” (1 Corintios 16.13)

Esto quiere decir que: (1) Después de haber recibido la fe en Jesús, manténgala; “estad firmes”. (2) Mientras que otros caen, usted permanezca firme y constante (1 Corintios 10.12; 15.58). (3) No practique una fe pasiva; abrácela y promúlguela con todo su corazón; “estad firmes”. (4) Deje que su firmeza esté en “la fe”, no en las doctrinas de los hombres.

4. “Sé ejemplo de los creyentes en (...) fe” (1 Timoteo 4.12)

Sus obligaciones no terminan con usted mismo, sino que se extienden a otros también. Por su ejemplo anime a otros a aceptar, a creer y a vivir fielmente.

5. “Permanecéis fundados y firmes en la fe” (Colosenses 1.23; 1 Timoteo 2.15)

La fe en Jesucristo no es algo que es sólo por un tiempo, sino que debemos *continuar* en ella hasta el fin. Una de las palabras más importantes en la vida cristiana y para el servicio cristiano es la palabra *continuar*.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 27

El arrepentimiento

“Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse” (2 Corintios 7.10).

Al estudiar este tema debemos recordar que el arrepentimiento es un requisito tan esencial como la fe para que la persona llegue a convertirse en un verdadero cristiano. El arrepentimiento fue el primer mensaje en el ministerio de Juan el Bautista (Mateo 3.2); el primer mensaje en el ministerio del Señor Jesucristo (Mateo 4.17); el primer mensaje en el ministerio del Espíritu Santo por medio de Pedro (Hechos 2.38) y también ocupó un lugar prominente en las enseñanzas de los apóstoles. Esto debe ser una enseñanza continua de cada cristiano. “Dios (...) ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17.30).

Lo que es el arrepentimiento

El arrepentimiento verdadero es un cambio de voluntad, de sentimientos, de actitud hacia el pecado y la justicia, y un cambio de corazón. Sin *cambio* no hay arrepentimiento, pues el arrepentimiento significa un cambio.

¿Qué es el arrepentimiento, y qué pasa cuando uno se arrepiente?

1. Hay convicción

Una convicción genuina es el primer paso al arrepentimiento. Al escuchar el mensaje de Dios para nosotros, la convicción de que hemos hecho lo malo crece en nosotros. Esto fue lo que le sucedió a aquella gran multitud en el día de Pentecostés (Hechos 2) y también al carcelero en Filipos (Hechos 16). La conciencia (Romanos 2.15), el Espíritu Santo (Juan 16.8) con su espada y la palabra de Dios traen convicción al corazón humano.

2. Hay tristeza según Dios

Aquí debemos señalar que no toda tristeza es “tristeza que es según Dios” (2 Corintios 7.10). Muchas veces los que son culpables de algún crimen lloran y se lamentan como si se les partiera el corazón; pero es sólo porque sufren los resultados de su comportamiento, no porque están arrepentidos de su pecado. Judas Iscariote estaba tan triste que se ahorcó, pero no se arrepintió ni volvió a Cristo para recibir el perdón. Pablo, en 2 Corintios 7.10, habla de la “tristeza que es según Dios” y la “tristeza del mundo”. La primera “produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse”; la segunda “produce muerte”. Ningún hombre jamás se ha arrepentido genuinamente de cualquier pecado sin sentir una profunda tristeza. La persona que se arrepiente verdaderamente siente esta tristeza por haber pecado contra Dios y no porque fue descubierto su pecado.

3. Hay confesión

Una sensación de vergüenza y humillación acompaña el verdadero arrepentimiento por el pecado, pero eso no impide que el pecador confiese sus pecados. Más bien, el que está verdaderamente arrepentido *quiere* confesar sus pecados para librarse de ellos (Proverbios 28.13). Los que se arrepienten de corazón obedecen este mandamiento: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros” (Santiago 5.16). Por lo general, cuanto menos deseo sienta la persona de confesar sus pecados, tanto menos arrepentido está su corazón. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1.9).

4. Se deja el pecado

Balaam, Saúl y otros confesaron sus pecados, pero siguieron en los mismos tal y como si nunca los hubieran confesado. David, el hijo pródigo y otros también hicieron la misma confesión; pero ellos *dejaron* sus pecados y se volvieron al camino de la justicia. Los que realmente se arrepienten de corazón, no solamente confiesan sus pecados, sino que también los *dejan*. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6.2).

5. Hay restitución

¿Acaso es posible estar verdaderamente arrepentido por algún pecado sin querer hacer restitución? No. La restitución acompaña al verdadero arrepentimiento. *La restitución* quiere decir enmendar nuestras malas acciones para con los hombres. Zaqueo tuvo una actitud correcta cuando dijo: “Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado” (Lucas 19.8). Esta actitud de Zaqueo hizo que Cristo dijera: “Hoy ha venido la salvación a esta casa” (Lucas 19.9).

6. Hay un cambio de corazón

Un hombre puede cambiar algunas cosas en su vida, abandonar sus malos hábitos y todavía ser un pecador sin perdón. Incluso, él puede sentirse muy triste por lo que ha hecho, pero la Biblia dice que “la tristeza del mundo produce *muerte*” (2 Corintios 7.10). Quizá él también haga restitución de su mal y viva una vida “buena”, pero su propia justicia es “como trapo de inmundicia” para Dios (Isaías 64.6). Aunque todas las cosas ya mencionadas son elementos esenciales del arrepentimiento, es necesario tener un *cambio de corazón* para que la persona experimente el arrepentimiento verdadero. Cada vez que alguien se arrepiente verdaderamente va a experimentar un cambio de voluntad, un cambio de sentimientos y un cambio de actitud hacia el pecado y la justicia. En verdad, es un cambio de corazón.

Lo que no es el arrepentimiento

El arrepentimiento verdadero:

1. No es solamente un cambio de mentalidad

Un borracho que deja su vicio porque le está perjudicando la salud continúa siendo un pecador. Es un pecador porque dejó su vicio por motivos personales y no porque se sintió condenado ante Dios. Él dejará de ser un pecador sólo si siente tristeza por su pecado según la voluntad de Dios y se arrepiente de corazón. Esta verdad se aplica a cualquier pecado. La pregunta más importante no es: ¿Ha cambiado usted de mentalidad? Sino, ¿por qué ha cambiado usted de mentalidad?

2. No es solamente estar triste por los pecados que han sido cometidos

Judas y Pedro ambos se sintieron tristes por lo que habían hecho, pero sólo Pedro volvió al Señor para recibir perdón. La única tristeza por el pecado que pertenece al arrepentimiento verdadero es la que trae al pecador arrepentido a Dios para recibir perdón, dejar sus pecados y enmendar sus malas acciones.

3. No es afiliarse a una iglesia

Algunos se afilian a una iglesia para poder seguir más fácil en el pecado sin ser juzgados por la gente. Afiliarse a una iglesia es bueno, si el candidato es justo ante Dios, pero no es un sustituto del arrepentimiento.

4. No es solamente confesar el pecado

Miles de personas, como Balaam, Saúl y Judas Iscariote, han confesado: “Yo he pecado...”, y han seguido pecando como antes. No hay virtud alguna en confesar los pecados, a menos que la confesión sea impulsada por una tristeza que es según Dios (2 Corintios 7.10).

5. No es meramente reformarse

Un hombre puede dejar todos sus malos hábitos y todavía apreciarlos en su corazón. Por eso decimos que el pecador necesita ser *transformado*.

Cosas que nos impulsan a arrepentirnos

1. La bondad de Dios

En primer lugar, el arrepentimiento mismo es un don de Dios (2 Timoteo 2.25). En el plan de Dios para la salvación, el arrepentimiento es la parte que le corresponde al hombre. Sin embargo, nadie puede demandar ningún mérito para sí por haberse arrepentido, porque es la bondad de Dios la que nos guía al arrepentimiento (Romanos 2.4). Fue la bondad de Dios la que trajo a Cristo nuestro Salvador al alcance del

hombre. Fue la bondad de Dios la que preservó intacta la Biblia después de siglos de esfuerzo por destruirla. Fue la bondad de Dios la que preservó nuestras propias vidas hasta que, por la gracia de Dios, entregamos nuestros corazones a él. Sí, es la bondad de Dios la que nos guía al arrepentimiento.

2. Oír la verdad

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10.17). ¿Cómo puede un hombre arrepentirse del pecado sin antes saber que es pecador? La predicación de la palabra de Dios en su plenitud es una obra muy necesaria para traer a los pecadores al arrepentimiento. Fue Natán quien le trajo a David el mensaje: “Tú eres aquel hombre” (2 Samuel 12.7) antes que David se arrepintiera. Fue por la predicación de Jonás que la gente de Nínive se arrepintió. Porque escucharon, se arrepintieron. En el día de Pentecostés tres mil personas fueron convertidas como resultado de la predicación de Pedro y los otros discípulos.

3. El poder convincente del Espíritu Santo

Una de las misiones principales del Espíritu Santo es convencer al mundo de pecado (Juan 16.8). El sentimiento de tristeza y el peso en el corazón del pecador antes de arrepentirse es el resultado de la obra del Espíritu Santo en su corazón y en su conciencia.

4. Un conocimiento del pecado

No puede haber arrepentimiento de pecado hasta que el pecador esté consciente de su condición pecaminosa. Como resultado de la obra del Espíritu Santo, todo humano siente un vacío, un sentido de confusión de que *algo* le hace falta. Pero el pecador no puede arrepentirse sin saber qué es lo que está mal en su vida. Tiene que tener conocimiento del pecado antes de poder arrepentirse.

5. El aborrecimiento del pecado

Una persona no se aparta del pecado mientras que el mismo le guste. El borracho a quien le encanta el licor, el hombre que se deleita en sus placeres pecaminosos, el fumador que está empedernido con su cigarro, el que sigue las modas y ama las atracciones de este mundo; todos son víctimas sin esperanza hasta que llegan hasta el punto de aborrecer los pecados que están cometiendo. El pecador que siente que no tiene esperanza, y como Job se aborrece a sí mismo y se arrepiente “en polvo y ceniza” (Job 42.6), se puede convencer fácilmente de su condición pecaminosa. Este pecador es más fácil de alcanzar para Dios que el que está ciego en cuanto a su condición pecaminosa a causa de su amor o deleite en su pecado. Es cuando uno está dispuesto a “aborreced lo

malo” (Romanos 12.9) que está listo para seguir “lo bueno” (Romanos 12.9).

6. Una fe verdadera en Dios

Esta es la fe que nos convence de que Dios es nuestro mejor amigo y que él desea lo mejor para nosotros. Es la fe que nos hace ver nuestra condición pecaminosa y nos enseña los resultados terribles del pecado. Es una fe que nos ayuda a conocer el error de nuestro pecado por medio de la convicción personal, y esta convicción trae contrición a nuestra alma y espíritu. Es la fe que toca nuestros corazones y los quebranta, y hace que nuestras almas clamen a Dios por liberación. Esto sucede solamente cuando la persona cree en Dios, pues nadie se arrepiente si no cree que lo que dice Dios es cierto.

7. Recompensas y castigos

Nuestro motivo principal al servir a Dios no debe ser ni nuestro miedo ni nuestras ganancias personales. Sin embargo, no se puede negar que el temor al castigo de Dios muchas veces convence a los pecadores. Sin embargo, muchos pecadores mueren en sus pecados porque los pastores tienen miedo enseñarles a huir de la ira terrible que ha de venir.

Verdades fundamentales

1. El arrepentimiento es un mandato

Dios (Hechos 17.30), Cristo (Mateo 4.17), Juan el Bautista (Mateo 3.2) y los apóstoles (Marcos 6.12; Hechos 2.38; 20.21), todos predicaron acerca del arrepentimiento y lo ordenaron como un mandamiento esencial en la fe cristiana. Dios mandó a que se enseñara acerca de esto “en todas las naciones” (Lucas 24.47).

2. Es esencial para la salvación

“Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13.3). Vale la pena destacar que unas de las primeras y últimas palabras dichas públicamente por Cristo mientras estuvo en la tierra fueron acerca del arrepentimiento (Mateo 4.17; Lucas 24.47). Siendo que “el alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18.4), sabemos que un pecado en el alma significa muerte eterna. “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3.19).

3. Es la condición para la remisión de pecados

Cristo murió y resucitó a fin de “que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lucas 24.47). Una vez que nos arrepentimos de nuestros pecados entonces

Dios estará dispuesto a borrarlos (1 Juan 1.9). Pero no hay promesa de remisión de pecados a menos que nos arrepintamos de los mismos.

4. Precede toda acción de gracia divina y toda ordenanza cristiana

Analice las siguientes citas de la Biblia: “El arrepentimiento y el perdón de pecados” (Lucas 24.47). “Arrepentíos (...) para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3.19). El arrepentimiento precede a las demás ordenanzas, como se hace evidente en las palabras de Pedro: “Arrepentíos, y bautícese cada uno” (Hechos 2.38). En vano se escudriñan las escrituras en busca de una cita bíblica que permita bautizar a los pecadores no arrepentidos, así como tampoco se encontrará alguna que apoye que se puede recibir perdón de pecados de los cuales no nos hayamos arrepentido.

5. Más allá de poder arrepentirse

Los versículos más claros sobre este punto se encuentran en Hebreos 6.4–6: “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio”. Mientras que la blasfemia contra el Espíritu Santo es el único pecado que no puede ser perdonado (Mateo 12.31–32), estos versículos en Hebreos nos advierten que es peligroso jugar con la gracia de Dios.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 28

La justificación

“Estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5.9).

La justificación es la obra de Dios por la cual cada persona que cree en Jesucristo ya es *justo* delante de él, el juez supremo. Mientras que el “acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12.10) ejecuta sus artimañas satánicas para condenarlos ante Dios, el gran Juez dice: “Estos son míos. Ellos antes eran culpables, condenados, ajenos a los pactos de la promesa (Efesios 2.12), pero las cosas han cambiado. El precio de su redención ha sido pagado; ellos han aceptado las condiciones ofrecidas de misericordia, han sido limpiados por la sangre

del Cordero de Dios y ahora son justos delante de mí.” Cristo ha sido “resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4.25).

Cómo somos justificados

1. Somos justificados por la gracia de Dios

Ya que somos “justificados gratuitamente por su gracia” (Romanos 3.24) no pretendemos que hayamos sido justificados por nuestros propios méritos, sino que le damos toda la gloria a Dios. La justificación es el don gratuito de Dios al hombre. “Dios es el que justifica” (Romanos 8.33). El hombre no la ha ganado ni merecido. La justificación de Dios nos hace estar eternamente obligados y agradecidos a él a causa de la deuda impagable que él pagó por nosotros.

2. Somos justificados por la fe

Dios exige algo de nuestra parte para ponernos en contacto con su gracia. Dios “no hace acepción de personas” (Hechos 10.34); sin embargo, algunos son justificados delante de él mientras que otros no lo son. Por esto sabemos que tiene que haber algo que forme la base de tal división. Ese *algo* es la fe. La Biblia dice que “es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13.39); que “el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3.28) y que el Dios justo es “el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3.26). La fe traza la línea que divide entre los que están justificados y los que no están justificados. Según estas citas bíblicas resulta evidente que Dios, sin esperar a que la persona haga buenas obras, justifica a la persona tan pronto la misma reconoce su condición pecaminosa y cree en Cristo.

3. La fe que justifica es perfeccionada por las obras

“¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham, nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo” (Santiago 2.20–22).

Es cierto que cuando creemos en Cristo somos justificados gratuitamente por su gracia (Romanos 3.24) y nuestra fe es contada por justicia (Romanos 3.20–25). Pero esta fe que justifica también abre la puerta del corazón para que Cristo entre. Cristo mora en el corazón de cada persona justificada y allí obra una justicia que se ve en la vida de la persona. Estas obras justas son las que perfeccionan la fe. Si una persona profesa tener fe, pero no rinde buenas obras entonces su fe es incompleta y sin valor para justificarle.

Las obras de la persona justificada no son perfectas porque la persona es siempre humana. No debemos juzgar de repente a nadie si vemos una falta o un pecado en su vida. ¿Acaso la misma busca crecer en Cristo? ¿Recibe la corrección de Dios y de los hermanos? Estas también son obras que perfeccionan la fe.

Algunos piensan que las enseñanzas de Pablo y de Santiago relacionado con el tema de la fe y las obras se contradicen. Pero las escrituras no apoyan tal conclusión. La idea principal de los escritos de Pablo es que el que cree es justificado, mientras que la idea principal de Santiago es que si no hacemos las obras de Dios esto prueba que la fe que profesamos no es genuina. La fe que justifica ante Dios es la “fe que obra” (Gálatas 5.6). Las obras producidas por la fe viva pueden ser vistas por los hombres.

4. Somos justificados por la sangre de Cristo

Todos los sacrificios ofrecidos bajo la ley eran figuras y sombras que señalaban a Cristo (Hebreos 7–10). Dios declara que “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado” (Romanos 3.20) y que nosotros somos “justificados en su sangre” (Romanos 5.9). Comparando estas declaraciones con otros versículos que enseñan la justificación por fe, concluimos que todos los que tienen fe en la sangre de Jesucristo son justificados delante de Dios.

Lo que la justificación significa para nosotros

1. Significa obediencia a Dios

Sólo los que acuden a Dios en obediencia son justificados (Romanos 2.13). Con relación a la actitud de Dios hacia la obediencia, lea 1 Samuel 15.22–23 y Hebreos 2.1–3. El evangelio de Cristo no da ninguna seguridad de justificación a los desobedientes. (Lea Efesios 5.5–7.)

2. Significa libertad de la condenación

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica” (Romanos 8.33). Aun “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12.10) no puede prevalecer contra el cuidado de Dios para con los suyos. (Lea Romanos 8.1–2.)

3. Significa paz con Dios

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5.1). (Lea también Efesios 2.14.)

4. Significa salvación eterna

“Pues muchos más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5.9). Podemos tratar de justificarnos a nosotros mismos o nuestros amigos pueden tratar de justificarnos, pero sólo los que son justificados por la sangre y la fe de nuestro Señor Jesucristo pueden tener derecho a la salvación eterna que solamente Jesucristo puede dar.

5. Significa una herencia eterna

“Para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3.7). Ser coheredero con Cristo es el privilegio más grande del cristiano.

6. Significa ser glorificado

“Y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Romanos 8.30). Él ya sabe quiénes resucitarán justificados y por esto se puede decir que ya los glorificó. La salvación, la herencia y ser glorificados... todo esto pertenece a los hijos de Dios, los que han cumplido con las condiciones para ser justificados por él.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 29

La conversión

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Salmo 19.7).

La doctrina de la conversión es un tema prominente en las enseñanzas de Cristo y de sus discípulos. Cuando una persona se convierte quiere decir que la misma ha cambiado. *Convertirse* quiere decir “dejar de ser una cosa para ser otra” (Diccionario de uso del español, María Moliner).

La doctrina de la conversión

Nosotros “éramos por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2.3). Desde la antigüedad se nos casó con nuestros ídolos como el caso de Efraín. Para volver a Dios es necesario que haya una transformación; un cambio en nuestra mentalidad, en los deseos de nuestro corazón y en nuestra actitud hacia Dios y hacia el pecado. A nosotros nos es necesario experimentar un cambio completo en nuestras vidas de manera que agrademos a Dios al estar en armonía con su palabra. Cuando un pecador se arrepiente, Dios hace la obra de convertirlo en un cristiano. Los pecados que el pecador una vez amó ahora aborrece y las cosas buenas de Dios que antes aborreció ahora las ama. La

conversión es una transformación completa: un amor nuevo en el corazón y una vida nueva en el alma.

Si no hay cambio, no hay conversión

Ésta es la conclusión inevitable a la que arriba el que con diligencia estudia este tema en la Biblia. Para ilustrar esto de una manera diferente lo haremos de la siguiente forma: Un bosque pantanoso puede ser *convertido* en un terreno fértil para el cultivo; la arena silícica se *convierte* en un vidrio claro con el cual se fabrican los parabrisas; el agua se *convierte* en vapor. En cada caso hay un cambio esencial que produce entonces la conversión.

También ocurre un cambio esencial que convierte al pecador en un hijo de Dios. Hay un cambio de mentalidad, de los deseos del corazón y de vida en esa persona. Sin tal cambio, aunque el incrédulo se afile a una congregación de creyentes, no será un hijo de Dios. Para estar en Cristo Jesús nada sirve a menos que la persona llegue a ser “una nueva creación” (Gálatas 6.15). Y cuando esa “nueva creación” existe por dentro, la persona manifestará por fuera una “vida nueva” en Cristo Jesús (Romanos 6.4). “Porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12.34). “La fe sin obras está muerta” (Santiago 2.26). “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6.2). Cuando uno se convierte al Señor cambia sus caminos, desecha todos los hábitos pecaminosos y manifiesta los frutos de una vida justa en su andar diario.

Hay personas que dicen que se han convertido al Señor, pero con sus hechos lo niegan. Su lengua no ha sido limpiada de inmundicia y blasfemia, su orgullo sigue siendo parte de su vida diaria, su conducta es la misma de todos los días, sus negocios son tan fraudulentos como antes, su forma de vestir es tan mundana como las modas del mundo y siguen viviendo en los placeres pecaminosos que antes vivían. Concluimos, pues, que como no hay un cambio por fuera, tampoco ha habido un cambio por dentro. Tal persona no se ha convertido al Señor. Donde hay vida adentro hay luz afuera (Mateo 5.14–16).

Ejemplos de la conversión

Podemos formular un concepto correcto de la conversión cuando notamos los cambios en la vida de las personas que se vuelven hacia Dios. Notemos algunos ejemplos:

1. La mujer en la casa de Simón (Lucas 7.36–50)

Esta mujer había sido una vil pecadora, pero habiéndose arrepentido de su iniquidad, aceptó a Cristo como su Salvador y Señor, y fue limpiada de sus pecados. Al comprender la maravillosa gracia de Dios de salvar a

una persona tan miserable como ella, su gratitud y lealtad no conocieron límites. Jesús la alabó por su devoción abnegada.

2. Saulo de Tarso (Hechos 9.1–18)

Este tal vez es el ejemplo más claro que aparece en la Biblia sobre la conversión de un ser humano. Al ser convertido, Saulo dejó de oponerse al cristianismo y llegó a ser un gran defensor de la fe. Un arrepentimiento genuino, la humildad, la entrega completa, la obediencia a Dios, el deseo de aprender y la voluntad de sufrir por causa de Cristo fueron algunas de las cosas que experimentó Saulo en su vida desde el momento que se convirtió.

3. El carcelero (Hechos 16.27–34)

El carcelero era un pecador de un corazón endurecido, y estuvo a punto de suicidarse cuando reconoció el peligro en que se encontraba en aquel momento. Sin embargo, él fue guiado a la luz del evangelio por la gracia de Dios y por medio de Pablo y Silas. Él dejó de ser un perseguidor para convertirse en un amigo de los discípulos. Creyó y fue bautizado. En esta historia breve que tenemos del carcelero nosotros notamos su cambio de actitud, su deseo por abrazar la fe de Cristo y su obediencia a los mandatos del Señor.

Verdades acerca de la conversión

1. La conversión consiste en un cambio de vida y de servicio en lugar de ser un cambio de rasgos personales

Por ejemplo, piense en Saulo de Tarso. Aun después de convertirse se ve su entusiasmo, energía, valor y celo que tenía antes de su conversión. Su cambio consistió en pasar su fe del fariseísmo a Cristo, su lealtad del judaísmo a Cristo y cambiar su propia justicia por la justicia de Dios. Moralmente, la conversión significa un cambio de las normas del mundo a las del evangelio; es un cambio de las normas de Satanás a las de Dios.

2. La conversión viene al hombre por la gracia de Dios

Fue la gracia de Dios la que alcanzó cambiar el corazón de la vil pecadora en la casa de Simón. Fue la misma gracia la que envió la luz resplandeciente al enemigo de la fe cristiana en el camino a Damasco y la que envió el terremoto a la cárcel en Filipo, haciendo posible la conversión del carcelero vil. Sólo la gracia de Dios puede convertir los corazones de los que tienen la voluntad de recibir el poder transformador del Señor. Jesús dice: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6.44).

3. Las personas “buenas” no consiguen la salvación sino por la conversión

Pablo, como cualquier persona “buena”, necesitaba ser convertido por el Señor Jesucristo para obtener la salvación. Sus actividades religiosas, su obediencia cuidadosa de la ley y el celo con que se entregaba al servicio religioso eran nada más que “trapo de inmundicia” (Isaías 64.6) porque nacieron de la carne. Pablo tuvo que estimar todo lo que había logrado por motivos y esfuerzos personales como pérdida para recibir a Cristo. Él tuvo que botar su propia justicia para recibir, por la fe, la justicia de Dios (Filipenses 3.1–9). Es decir, Pablo tuvo que *convertirse* para ser salvo.

Es notable lo dañino y pecaminoso que es el hombre “bueno” cuando se ve a la luz de la verdad. Pablo era un hombre muy bien educado e inteligente, tenía una personalidad dominante, poseía una “buena conciencia” (Hechos 23.1) y era celoso de la ley. Sin embargo, cuando vemos todas estas buenas cualidades absorbidas en su furor contra la iglesia del Señor notamos cuán lejos de Dios andaba. A él le hacía falta una conversión cabal.

Aquel fariseo que oró en el templo y relató una lista de buenas obras que él hacía no fue justificado como lo fue el pobre publicano a su lado. Ni las buenas obras, ni los logros, ni la fama mundana, ni la grandeza pueden traernos nada bueno delante de nuestro Dios santo. Nos queda volvernos “como niños” (Mateo 18.3). Tenemos que convertirnos.

4. El arrepentimiento es parte de la conversión

La experiencia de cada converso prueba esta verdad. “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3.19). En otras palabras, uno será convertido sólo si se arrepiente verdaderamente. Las personas que piensan que no necesitan arrepentirse pueden tener la voluntad de afiliarse a una iglesia, pero con tal pensamiento y corazón nunca serán convertidas a Dios.

5. La palabra de Dios es un elemento esencial en la conversión

Pedro dice: “Y cuando comencé a hablar [la palabra de Dios], cayó el Espíritu Santo sobre ellos” (Hechos 11.15). Pablo dice que el evangelio de Cristo es “poder de Dios para salvación” (Romanos 1.16) y que “en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (1 Corintios 4.15). ¿Qué fue lo que primeramente dirigió hacia Cristo las mentes de las tres mil personas en el día de Pentecostés, al eunuco etíope, a Cornelio, a Lidia y al carcelero? Fue el mensaje de Dios lo que les hizo oír. “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Salmo 19.7).

6. Dios usa a personas para mostrar a otros acerca de la conversión

En el día de Pentecostés los discípulos, llenos del Espíritu Santo, fueron usados por Dios en la conversión de tres mil personas. Toda conversión mencionada en las epístolas habla también de un siervo de Dios que ayudó en ello. “El que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Santiago 5.20).

7. El momento oportuno para convertirse al Señor es cuando uno es joven

Convertirse cuando es joven tiene muchas ventajas: Hay un corazón más tierno, menos pecado de que arrepentirse, menos ofensas para corregir, menos nivel de influencia en extraviar a otras personas y, por lo general, una vida más larga de servicio cristiano. Hay muchas personas que escucharon el llamado de Dios en su juventud, pero rehusaron rendirse a él. Después llegaron a estar tan enredados en sus pecados que nunca rindieron sus corazones a Dios y murieron en sus pecados. “Acuérdate de tu Creador *en los días de tu juventud*, antes que vengan los días malos” (Eclesiastés 12.1).

8. Es Dios quien hace la obra de conversión

El hombre hace su papel, pero es Dios quien efectúa el milagro de la gracia en el corazón del mismo. Él hace el cambio maravilloso. “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer” (Filipenses 2.13). “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6.44). Nuestra parte es someternos a él y obedecerlo; Dios hace lo demás. Dios hace el llamado, el hombre se rinde y Dios acaba la obra. “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1.6).

Resultados de la conversión

Como ya se ha declarado, la conversión significa un cambio, una transformación, una “vida nueva”. Esto es lo que la Biblia dice que pasa cuando uno se convierte verdaderamente:

1. No anda “conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”

Todo hombre que se convierte muere al pecado y vive para Dios (Romanos 6.11). Su viejo hombre es crucificado (Romanos 6.6) y se viste del nuevo hombre creado según Dios (Efesios 4.24). Ya no sirve a la carne, sino sirve a Dios. Ahora él anda como Cristo anduvo (Romanos 8.1). Antes de la conversión andaba “siguiendo la corriente de este mundo” (Efesios 2.2), “en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres” (1 Pedro 4.2); pero todo esto cambia cuando la gracia transformadora de Dios convierte al hombre y le da la visión celestial.

2. Es adoptado en la familia feliz de Dios

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. (...) Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8.10, 14–15).

3. Es revestido de humildad

La verdadera norma de grandeza se declara en Mateo 18.1–4. Cuando las personas se convierten a Dios las mismas llegan a ser de un corazón manso, modesto y humilde. Cristo se refiere a sí mismo como “manso y humilde de corazón” (Mateo 11.29). Sus verdaderos discípulos son como él. (Lea Filipenses 2.5–8.)

4. Es revestido de justicia

“Sion será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia” (Isaías 1.27). Cuando una persona se convierte trae su propia justicia a la cruz y en cambio recibe la justicia de Dios. Esta justicia ya no es como “trapo de inmundicia” sobre lo cual escribe Isaías (Isaías 64.6), sino la justicia verdadera de Dios que resplandece en su vida motivando a otros a glorificar a Dios. (Lea Mateo 5.14–16.)

5. Es celoso en la obra del Maestro

“Un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.14). (Lea también 1 Pedro 2.9.) Esta es una descripción propia del pueblo de Dios en todo tiempo. Los ejemplos de la conversión verdadera han sido hombres y mujeres cuyo celo por la justicia y la verdad fue conocido por todos los que los rodeaban.

6. Disfruta del compañerismo cristiano

“Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros” (1 Juan 1.7). Las personas de este mundo tienen compañerismo con los que andan por el camino espacioso de la perdición (Mateo 7.13–14). De la misma manera, las personas convertidas tienen compañerismo con otros que andan en las huellas de Cristo. Como cristianos, nuestro compañerismo aquí es solamente una anticipación de un compañerismo eterno con Dios y con los santos en la gloria.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 30

La regeneración

“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3.7).

El significado literal de *regeneración* es “engendrar de nuevo” (Diccionario de uso del español, María Moliner). Esta palabra se usa raras veces en las escrituras (Mateo 19.28; Tito 3.5). Sin embargo, la *doctrina* de la regeneración se evidencia bastante en la enseñanza bíblica que pertenece a la salvación. Es la doctrina de la vida nueva que Dios engendra en nosotros cuando nos convertimos.

Vida nueva en Cristo resulta de la regeneración como también la redención resulta de la expiación, la justicia de la justificación y la santidad de la santificación. Dios regenera, el hombre es renacido; Dios expía, el hombre es redimido; Dios justifica, el hombre es justificado; Dios santifica, el hombre es hecho santo.

Lo que la regeneración es

1. Nacer de nuevo

“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3.3). “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios” (1 Pedro 1.23). La vida que recibimos al nacer de nuevo es la vida triunfante de Cristo que vence el pecado, el mundo y la muerte. Es una vida incorruptible que verá el reino de Dios.

2. Ser nueva criatura

“De modo que si alguno está en Cristo, *nueva criatura* es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5.17). La vida nueva no resulta de nuestros esfuerzos para reformarnos, sino resulta de una obra creadora de Dios en nosotros. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2.10). Observe que las buenas obras de Dios serán evidentes en la persona regenerada. La vida después que el pecador se arrepiente y se reconcilia con Dios se describe como una “vida nueva” (Romanos 6.4).

“Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3.9–10). El hombre nuevo no nace hasta que el viejo sea crucificado (Romanos 6.6).

3. Ser engendrado por la palabra

“Pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (1 Corintios 4.15). “El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de

verdad” (Santiago 1.18). El tema principal en estos dos versículos es que la nueva creación es engendrada *por la palabra de Dios*.

4. Ser lavado

“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3.5).

5. Recibir la naturaleza divina

“Para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1.4). Pablo ofrece la misma idea cuando habla de “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1.27). Cada persona nacida de Dios tiene la naturaleza divina en sí misma, porque “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8.9).

6. Recibir un corazón nuevo

Ezequiel predijo lo que iba a pasar cuando dio la promesa de Dios: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ezequiel 36.26). Con este corazón nuevo nuestra mirada está puesta en “las cosas de arriba” (Colosenses 3.1). Mientras que cuando uno todavía vive según el corazón de piedra la mirada está puesta en las cosas terrenales (Colosenses 3.5).

Lo que la regeneración no es

1. Sólo reformarse

La regeneración no consiste meramente en rehacer o reformar al hombre viejo de pecado; es una creación completamente nueva, creada “según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4.24).

2. Meramente la convicción de pecado

La convicción es una señal de que el Espíritu Santo está obrando, pero el hombre llega a ser una nueva criatura solamente cuando se rinde a Dios y le permite obrar el milagro de gracia en su corazón.

3. Afiliarse a una iglesia

La maldición de las iglesias modernas es que hay demasiados miembros en quienes todavía reina el hombre viejo. No llegamos a ser hijos de Dios al pertenecer a alguna iglesia o a cierta denominación, sino que nos afiliamos a una iglesia que armoniza con la palabra de Dios *después* que nosotros hemos sido regenerados.

4. Meramente vivir una buena vida moral

Hay personas que se consideran “buena gente” y están tan seguras de que jamás han hecho alguna cosa muy mala. Pero si se examinaran honestamente en el espejo del evangelio (2 Corintios 3.18) se verían como pobres pecadores, engañados por su propia justicia.

5. Meramente un mejoramiento social

El mejoramiento social no tiene nada que ver con el “lavamiento de la regeneración” (Tito 3.5) que vivifica el alma y de esa manera limpia la vida por dentro y por fuera. No hay comunidad que pueda ser salva a menos que sus habitantes se vuelvan al Señor y lleguen a ser “nuevas criaturas” (2 Corintios 5.17) en Cristo.

6. Meramente adherirse a la doctrina bíblica

“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gálatas 6.15). Usted puede seguir una teología correcta y todavía ser un pecador perdido. Una cosa es aceptar el evangelio en la mente como algo correcto y otra cosa es aceptarlo en el corazón como el “poder de Dios para salvación” (Romanos 1.16).

Todas las cosas mencionadas aquí son buenas en su propio lugar, pero no ocupan ningún lugar como sustituto para la salvación.

La obra de la regeneración

1. Es la obra de Dios

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen algo que ver con esta obra (Juan 1.13; 3.6; Tito 3.5; 1 Pedro 1.3; 1 Juan 2.29). Es el “lavamiento de la regeneración” lo que nos trae la salvación; las obras no la pueden traer. Dios nos salvó, “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3.5). No somos nacidos *por obras*, sino nacidos *de Dios*, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2.13).

2. Crece de la palabra de Dios

El evangelio de Cristo, dice la Biblia que “es poder de Dios para salvación” (Romanos 1.16). En otras palabras, somos engendrados por el evangelio. En el nuevo nacimiento la palabra de Dios es la semilla; el corazón humano es la tierra; el predicador es el sembrador que siembra la semilla en la tierra (Hechos 16.14); el Espíritu da vida a la semilla en el corazón que la recibe; la nueva naturaleza nace de la divina palabra; el creyente es nacido de nuevo, creado de nuevo y ha pasado de muerte a vida.

3. No se efectúa sin la cooperación de los hombres

La salvación es completamente la obra de Dios. Pero Dios usa a hombres para traer las buenas nuevas de salvación a otros hombres. Además, Dios no salva a nadie en contra de su propia voluntad. De cierto, Dios toca a los hombres con el poder de la convicción del Espíritu Santo, pero el hombre no recibe la nueva creación hasta que responda de corazón: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9.6). El hombre tiene que tener fe para recibir la regeneración (Juan 1.12; Gálatas 3.26).

4. No es necesaria para el niño inocente

Cuando aquellas madres trajeron a sus niños a Jesús, él bendijo a los niños, diciendo: “...de los tales es el reino de los cielos” (Mateo 19.14). Los infantes que aún no son responsables por sus actos están bajo la sangre del Señor y son candidatos aptos para el cielo hasta que lleguen a la edad cuando el pecado revive y entonces ellos mueren (Romanos 7.9). De manera que cuando esto sucede ellos deben experimentar el nuevo nacimiento para entrar al reino de Dios.

5. Es esencial para la salvación

Para probar esto, nos referimos a las escrituras ya citadas de las cuales las más directas son Juan 3.3, 5, 7.

Evidencias de la regeneración

La Biblia ofrece evidencias por las cuales podemos saber si somos regenerados o no. A continuación presentamos algunas:

1. La justicia

“Todo el que hace justicia es nacido de él” (1 Juan 2.29). “Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10.34–35). La justicia de Cristo, dada a los hombres, se manifiesta en una vida justa, porque “los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6.2). Es imposible ser justo por dentro sin manifestarlo por fuera (Mateo 5.14–16).

2. La victoria sobre el pecado

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Juan 3.9). La Biblia habla acerca de las flaquezas de la carne, pero no ofrece excusas en cuanto a pecar voluntariamente. (Lea Romanos 8.1; Efesios 2.1–12; Tito 3.3–7; 1 Juan 1.4–7; Hebreos 10.26–27.) “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5.24). Los que son nacidos de Dios no practican pecado, no porque

nunca yerran, sino porque no pecan *voluntariamente*. Si un hijo de Dios yerra y cae en pecado, en cuanto se da cuenta que ha pecado, él se arrepiente y confiesa ese pecado. Por eso no se le inculpa el pecado (Salmo 32.2; Romanos 4.8).

“Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo” (1 Juan 5.4). Los hijos de Dios aman las cosas que Dios ama y aborrecen las cosas que él aborrece. Este amor y ese odio son evidencias de la regeneración en la vida del cristiano. Por tanto, “si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2.15). Todo aquel que de todo corazón ama lo que es bueno entonces aborrece en absoluto lo que es malo. Esta es una de las evidencias fundamentales que demuestra que alguien es hijo de Dios.

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Juan 5.18). Para el que es nacido de Dios el mandamiento “aborreced lo malo” le es tan importante como “seguid lo bueno” (Romanos 12.9). El hijo de Dios, que está lleno del Espíritu Santo, puede decir como dijo el salmista: “He aborrecido todo camino de mentira” (Salmo 119.104).

3. La vida guiada por el Espíritu Santo

La diferencia entre la carnalidad y la espiritualidad es muy notable en Gálatas 5.19–23. Podemos saber si andamos según la carne o según el Espíritu Santo (Romanos 8.1) al determinar si nuestra vida diaria manifiesta las obras de la carne o el fruto del Espíritu Santo. Cuando usted ve a una persona cuya vida diaria muestra claramente que está dirigida por el Espíritu de Dios, puede estar seguro de que tal persona ha sido renacida.

4. La obediencia

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos” (1 Juan 2.3). Cristo les pone una prueba a sus discípulos cuando les dice: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15.14). También Santiago nos amonesta diciendo: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1.22).

5. El amor

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1 Juan 3.14). Por esta misma razón Dios dice que “el que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1 Juan 3.14). “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios” (1 Juan 4.7–8).

6. La fe

“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (1 Juan 5.1). La prueba verdadera de la fe, como la del amor, se halla al creer toda la palabra de Dios y obedecerla. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1.12).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 31

La adopción

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8.14–15).

Dios recibe en su familia sólo a las personas que han sido regeneradas. La regeneración y la adopción son dos temas muy parecidos. Pero la regeneración enfoca la *vida* espiritual, mientras que la adopción enfoca la *relación* espiritual.

La adopción es el acto amoroso de Dios de recibir en su familia espiritual a sus hijos en este mundo que cumplen con ciertas condiciones para pertenecer a la misma. De la manera que Moisés fue adoptado como hijo de la hija de Faraón (Éxodo 2.1–10) y Mefi-boset fue acogido por David (2 Samuel 9.1–10) así también Dios recibe en su familia, como hijos e hijas, a los que han llegado a ser herederos de la gloria al ser hechos nuevas criaturas en Cristo Jesús.

La adopción presupone:

1. Que no todos pertenecen a la familia de Dios

Cristo les dijo a algunos fariseos que se le oponían: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Juan 8.44). En la parábola de la buena semilla y la cizaña, Cristo explica que “la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo” (Mateo 13.38). Elimas persistió en trastornar “los caminos rectos del Señor” (Hechos 13.10). Por eso Pablo le dijo que era “hijo del diablo”.

Cuando el hombre pecó en el Huerto de Edén, él perdió su relación con la familia de Dios. La única manera de restaurar esa relación es por medio de la regeneración y la adopción. Las teorías de la hermandad

universal del hombre y la paternidad de Dios han sido antibíblicas desde la caída del hombre.

2. Que Dios está dispuesto a adoptar como suyos a los que no son miembros de su familia

Efesios 1.4–5 dice: “...según nos escogió en él antes de la fundación del mundo (...) habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”. En esto se manifiesta el amor maravilloso de Dios en que él proveyó la adopción para los hijos pródigos de la tierra miles de años antes que muchos de ellos hubieran nacido.

3. Que algunos desean ser adoptados

Dios nunca obliga a nadie a convertirse en su hijo. Nosotros tenemos la facultad de elegir. La adopción obligatoria no tiene lugar en la relación de Dios con los hombres. Aun la predestinación, por la cual algunos tropiezan, tiene su base en la *presciencia* de Dios (Romanos 8.29). Dios ha provisto para la adopción de todas las almas, pero él abre el hogar divino solamente a los que voluntariamente vienen a él. (Lea Isaías 55.1; Juan 1.12; 3.16; Apocalipsis 22.17.)

Condiciones bíblicas para la adopción

1. Fe

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1.12). “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3.26).

2. Regeneración

Juan dice que los que creen en el nombre de Cristo son nacidos de Dios (1 Juan 5.1). La declaración de Cristo que nadie podrá ir al cielo sin “nacer de nuevo” (Juan 3.3, 5, 7) confirma que la regeneración es esencial para la adopción.

3. La gracia de Dios

La adopción, como la justificación, es algo que no tiene como fundamento el mérito humano. No hay nada en nosotros que conmueve al Padre amado a recibirnos en su familia: ni inteligencia, ni buenas obras, ni bondad innata, ni nada atractivo. Únicamente su gracia admirable, su benevolencia infinita, sus misericordias tiernas y su bondad amorosa lo conmueven a desearnos como sus propios hijos. Tal y como ningún hijo de otro puede llegar a ser de una familia sin ser adoptado por la cabeza de la familia, así también ningún hijo del diablo puede entrar en la familia de Dios a menos que sea por la gracia

perdonadora de Dios. Nuestra parte es aceptar sus condiciones. Él hace lo demás.

Las bendiciones de la adopción

Las bendiciones de la adopción son muchas. Primeramente, nos da todos los privilegios de quienes son hijos de Dios. El hijo pródigo pensó que sería como uno de los jornaleros de su padre, pero su padre amorosamente lo restauró a su posición anterior como un hijo. Así es la gracia de Dios. Perdona al pecador penitente y lo adopta en su amada familia. Esto quiere decir que somos hechos hijos por la invitación y la acción de Dios. Así somos coherederos con Cristo porque ahora tenemos en abundancia la herencia eternal de los santos en luz. He aquí algunas de las bendiciones de la adopción: la presencia y dirección del Espíritu Santo; la comunión de Dios y de los santos; el privilegio de brillar a la imagen de nuestro Padre celestial; la oportunidad de servir a Dios; el consuelo de saber que hemos hecho firme nuestra vocación y elección, y finalmente, la bendita esperanza de estar en la mera presencia de Cristo.

Evidencias de la adopción

1. Seguir en pos del Espíritu Santo

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8.14). Según Romanos 8.1, ser guiados por el Espíritu Santo es lo opuesto de andar “conforme a la carne”. “El Espíritu es el que da vida” (Juan 6.63). Los hijos de este mundo son dominados por la carne, mientras que los hijos de Dios son dominados por el Espíritu Santo. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8.16).

2. Obedecer

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos” (1 Juan 2.3). (Lea también 1 Juan 5.1–3.) Los que voluntariamente desobedecen a Dios confiesan por sus hechos que no conocen a Dios y, por tanto, no pueden ser sus hijos (1 Juan 2.4; Romanos 6.16–22).

3. Ser como niños

Hay una semejanza notable entre los hijos de Dios y los niños en nuestros hogares (Mateo 18.1–3). Ellos confían en sus padres, son sencillos, humildes, puros y incapaces de guardar rencor. Contemple el rostro de un pequeño, indefenso, confiado e inocente niño y entonces verá la imagen del verdadero hijo de Dios. “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4.6).

4. Amar a los hermanos

“Todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él” (1 Juan 5.1). Una de las evidencias más claras de que somos hijos de Dios es cuando nuestros corazones se conmueven con ternura y amor por la familia espiritual de Dios. Nosotros le mostramos a Dios nuestro amor al amarnos los unos a los otros cuando seguimos unidos en la fe en Jesucristo.

5. Ser pacificadores

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5.9). (Lea Romanos 12.17–21; Santiago 3.17–18.)

6. Imitar a Dios

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Efesios 5.1). Tal y como los hijos se parecen a sus padres, asimismo los hijos de Dios se parecen a él.

7. Amar a los enemigos

(Lea Mateo 5.43–48.) Cristo dijo que debemos amar a nuestros enemigos “para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5.45).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 32

La santificación

“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2 Timoteo 2.21).

Su significado

El significado principal de la palabra *santificar* en la Biblia es “apartarse o consagrarse a alguna causa, propósito u obra especial”. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se emplean con frecuencia varias formas de esa palabra. En casi todos los casos, el significado de la frase no cambiaría si la palabra “santificar” fuera sustituida por las palabras “separar” o “apartar”. Dios aparta (santifica) a su pueblo para un propósito santo. Así que el significado de *santificar* incluye también la pureza, la santidad y la consagración a Dios. La santificación indica:

1. Consagrarse

“Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó” (Génesis 2.3); o sea, lo apartó como un día consagrado a él. Los israelitas no se acercaron al Monte Sinaí porque Dios había puesto límites alrededor del mismo y lo había santificado (Éxodo 19.23). Este monte estaba apartado para un propósito santo. (Lea también Levítico 8.10–11; Juan 17.17; 1 Tesalonicenses 4.3; Hebreos 9.3.)

2. Limpiarse, purificarse

(Lea 1 Tesalonicenses 5.23; Hebreos 10.10, 14.) Para servir a Dios tenemos que ser puros, santos y limpios por medio de la sangre de Cristo. “Seguid (...) la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12.14).

Qué efectúa nuestra santificación

Debemos considerar no solamente lo que Dios hace para santificarnos, sino también lo que él pide que nosotros hagamos para cooperar con él en esta obra. Dios y el hombre tienen cada uno su parte. Reconocemos que la santificación es la obra de Dios, porque aunque el hombre tratara de santificarse a sí mismo por mil años no sería santo. Pero Dios jamás santifica a nadie a la fuerza. Esto quiere decir que Dios santifica a los que cumplen sus requisitos. Veamos de forma breve lo que contribuye a nuestra santificación:

1. Dios, el Padre

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo” (1 Tesalonicenses 5.23). “Santificados en Dios Padre” (Judas 1). Esta obra fue profetizada en Ezequiel 37.28.

2. Dios, el Hijo

“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13.12). Somos “santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo” (Hebreos 10.10). Además, Pablo escribió a los efesios que Cristo santifica a la iglesia “en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5.25–27).

3. Dios, el Espíritu Santo

Pablo afirma a los tesalonicenses que la salvación es “mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tesalonicenses 2.13). Pedro se refiere a la iglesia como los “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu” (1 Pedro 1.2). (Lea también Romanos 15.16; 1 Corintios 6.11.)

4. La palabra de Dios

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17.17). Dios nos da su palabra, la aceptamos, y así somos santificados mediante “el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5.26). Además, nosotros somos hechos “limpios por la palabra” (Juan 15.3). Es por medio de la Biblia que conocemos nuestros pecados. Somos santificados cuando obedecemos a Dios después de recibir ese conocimiento.

5. La fe

Cristo, el sacrificio por nuestros pecados, “nos ha sido hecho (...) santificación” (1 Corintios 1.30). ¿Cómo puede ser? Cuando acudimos a él y nos aferramos a sus promesas por fe, él llega a ser nuestro santificador. Recibimos herencia entre los santificados por medio de la fe en Cristo (Hechos 26.18).

¿Cuándo somos santificados?

Veamos dos verdades bíblicas:

1. La santificación es una obra instantánea que sucede en el tiempo de la conversión

“Y estos erais algunos; más ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús” (1 Corintios 6.11). “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. (...) Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10.10, 14).

Hay personas que piensan que cuando alguien se convierte sólo recibe la *justificación*. Estas personas piensan que después de un tiempo indefinido de ser un “cristiano carnal” entonces se recibe una manifestación del Espíritu Santo con la cual Dios *santifica* a la persona. Pablo nos asegura que “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8.9), que sin la santidad (la santificación), nadie verá al Señor (Hebreos 12.14) y que “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5.24). Juan también dice así: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Juan 3.9). Estos versículos contradicen la teoría que enseña que el nuevo convertido no es santificado.

Concluimos, pues, que cuando una persona se convierte al Señor es santificada. Dios la aparta del pecado para sus propósitos santos. Pero el Espíritu Santo sigue vivificándole (Hechos 4.31), por lo cual la misma vive con más gozo, mayores logros espirituales, más fortalecimiento, más celo y más santidad. El hecho de que la santificación es

instantánea y completa no contradice la realidad de que hay un crecimiento espiritual en dicha persona.

La santificación es una obra progresiva que continúa durante la vida del cristiano

Después que hemos entrado en la gracia es entonces que vemos que estamos creciendo “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor” (2 Pedro 3.18). Como hijos de Dios crecemos espiritualmente (1 Tesalonicenses 3.12), abundamos “más y más” (1 Tesalonicenses 4.1, 10), vamos “adelante a la perfección” (Hebreos 6.1) y nos perfeccionamos en “la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7.1). El hijo natural no sería normal si no continuara desarrollándose desde su niñez. Asimismo, el hijo de Dios no es normal si no continúa creciendo espiritualmente.

Por ejemplo, piense en un niño que tiene dos años. Usted quedará impresionado con su listeza, sus charlas inocentes y su inteligencia prometedor. “¡Qué hijo más inteligente y prometedor!”, usted dirá. Pero luego el niño adquiere una enfermedad que impide su desarrollo. Diez años después usted ve al mismo niño otra vez. “¡Qué muchacho más atrasado!”, sería su expresión aunque éste pueda hacer mucho más que la primera vez que usted lo vio.

Asimismo pasa con el niño en Cristo que se ha convertido en un recién nacido en el reino. “¡Bueno en gran manera!” dice el Creador. Pero, ¿qué pasa si ese mismo hijo de Dios, por no aprovecharse de la abundante gracia de Dios, no se desarrolla espiritualmente? Lo que sucede es que uno puede ver a esa persona unos años después de su conversión sin notar ninguna evidencia del crecimiento en la obra del Señor. “¡Atrasado espiritualmente!”, diría usted. El que no crece, física o espiritualmente, no es normal.

Usted comienza en su vida cristiana, se arrepienta de todo el pecado que Dios le muestra en su vida y en su corazón y Dios está contento de su condición. Así es como usted llega a tener una conciencia limpia delante de Dios y los hombres. Su comunión con Dios y con los santos lo mantiene bien nutrido y, ¿qué sucede entonces? Usted crece espiritualmente.

Al crecer usted espiritualmente su entendimiento se desarrolla de tal manera que ahora usted no puede seguir haciendo algunas cosas que antes hizo. Usted se arrepiente de las mismas y deja de hacerlas. Esto continúa por muchos años. Por fin, al usted compararse con lo que fue en los años anteriores ahora le asombra que no notó esas cosas en aquel tiempo. Esto quiere decir que usted ha crecido espiritualmente. Durante todos estos años la luz ha brillado más y más, y por la gracia de Dios, si continúa creciendo, brillará aun más. “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día

es perfecto” (Proverbios 4.18). A esto es a lo que llamamos la santificación progresiva.

La santificación perfecta y completa será la herencia gozosa de cada santo en la venida de nuestro Señor; pues entonces ningún manto mortal oscurecerá la vida y la luz de Dios dentro del alma. De manera que nuestro estado allí será perfecto.

Resultados de la santificación

1. La unión con Cristo

“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (Hebreos 2.11). Cuando Dios nos aparta para servirle a él, significa dos cosas: (1) Estamos separados del pecado (Romanos 6.1–2; 12.1–2; 2 Corintios 6.14–18) y (2) estamos unidos con Cristo mismo (Juan 17.21–23).

2. La perfección cristiana

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10.14). (Lea también Mateo 5.48.) ¿Cómo es posible que un humano imperfecto alcance la perfección cristiana? Sólo mediante la purificación por medio de la sangre de Cristo y el poder de Dios para guardarnos sin mancha. La perfección por medio de la sangre es la perfección llevada a cabo por el único sacrificio en la cruz.

3. La separación del mundo

“Jehová ha escogido al piadoso para sí” (Salmos 4.3). (Lea también Romanos 12.1–2; 2 Corintios 6.14–7.1.) La conclusión es: “Apartaos, dice el Señor (...) y yo os recibiré” (2 Corintios 6.17). La santificación nos aparta del mundo para que podamos estar unidos con nuestro Padre santísimo.

4. La herencia eterna

Es evidente que todos los santificados en Cristo son coherederos con Cristo: (1) Dios les ha prometido a todos los fieles una “herencia con todos los santificados” (Hechos 20.32). (2) La santidad (santificación) se menciona entre los requisitos para ver “al Señor”. (3) “Todas las cosas” de Apocalipsis 21.7 son prometidas a *los vencedores*, y los únicos vencedores son los que son santificados.

5. La preparación para el servicio

“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2 Timoteo 2.21). El poder del Espíritu Santo está disponible sólo a los que

son santificados. Y el poder del Espíritu Santo es necesario para el servicio eficaz. La consagración (una parte de la santificación) significa rendirse del todo a Dios, lo cual significa que todos los poderes humanos están en el altar para que Dios los use como a él le parezca bueno. Por esto algunas personas que poseen talentos muy comunes cumplen más para el Señor que muchos que son bendecidos con más talentos, pero no son consagrados al Señor.

6. Un crecimiento constante en la gracia

(Lea Efesios 4.11–16; 1 Tesalonicenses 4.1–10; 2 Pedro 3.17–18.) No hay condición más favorable para un crecimiento espiritual rápido y constante que una vida consagrada y santa. Una vida así tiene el poder del Espíritu Santo para cumplir con la obra de Dios. Esto llena al alma con las riquezas de la gracia de Dios, impulsa la actividad espiritual que es tan esencial para el desarrollo espiritual, y es una tierra fértil y favorable que abunda en el fruto del Espíritu Santo. De la misma manera que la vegetación crece tan rápido al disfrutar en abundancia del calor del sol, así también el hijo de Dios crece al gozar la claridad del cielo en su vida santificada.

“El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5.23).